

Comedia romántica

# CUANDO DESPIERTES

*Una novela de*

**DENA RUZ**

**CUANDO DESPIERTES**

**DENA RUZ**

## Capítulo I

La noche apenas comenzaba, no teníamos mucho tiempo de haber llegado a la celebración, cuando de pronto llamaron a Alberto para informarle que unos delincuentes habían entrado a casa de su madre para robar y la habían dejado muy mal herida. No tuvimos la oportunidad para despedirnos de Andrea que estaba cumpliendo años, salimos de ahí con mucha rapidez y la preocupación nos embargaba por conocer el estado en que se encontraba la señora Lucía.

Alberto lloraba de la desesperación y quería comerse el camino con el coche, aceleraba tanto que yo sentía mucho temor porque todo estaba muy oscuro y apenas podíamos divisar la vía.

La fiesta era bastante alejada de la ciudad y había un mal tiempo por lo que la ruta se encontraba mojada y todo estaba nublado.

—Mi vida, si sigues conduciendo así, nos vamos a matar —le dije entre preocupada y molesta.

Podía entender la desesperación de Alberto, pero era muy peligroso que continuara manejando de esa manera tan imprudente. Traté de que entrara en razón, pero estaba sordo y ciego por las lágrimas. Su silencio me ahogaba y hacía que me llenara de malos pensamientos. De pronto, una fuerte luz en la curva se acercó rápidamente a nosotros y nos envistió. El coche, giró y giró y no podía detener los golpes que me daba con la puerta. Aunque trataba de cubrir mi rostro con mis manos, todo era en vano, había perdido el control de mi cuerpo. Si salía con vida de esto, iba a ser un verdadero milagro, aunque gracias al cinturón de seguridad no podía salir disparada por la ventana. Cuando el coche logró detenerse al chocar con un gran árbol, pude darme cuenta de que estaba viva. Todo sucedió muy rápido, comencé a llamar a Alberto al no verlo en su asiento. Entre tanta desesperación, miré hacia los lados y lo que me causó más dolor, fue ver que estaba con su cuerpo bañado en sangre y tirado en el suelo.

Comencé a gritar para pedir auxilio, pero no había nadie a nuestro alrededor más que el caos del accidente que nos acaba de ocurrir. Yo no podía sentir mi cuerpo, me sentía impotente al ver al hombre que amaba inmóvil y yo sin poder ayudarlo. El camión que nos sacó del camino no se detuvo, nos dejó a

la buena de Dios.

Alberto no se movió ni por un segundo y yo sentía tanta confusión que no supe más de mí. Ni tan solo pude medir cuánto tiempo transcurrió hasta que llegaron a auxiliarnos. Cuando desperté estaba en la cama de un hospital con el monitor del corazón conectado, traté de mover mis brazos y pude hacerlo, pero con mucho dolor. Al instante, mi madre se levantó de la silla y se acercó a mí.

—Victoria, que bueno verte despertar. No sabes la alegría que siento hija — me dijo mientras besaba mi frente y salía corriendo de la habitación — ¡Doctor, doctor, venga pronto! —gritaba mi madre desesperada se escuchaba por los pasillos —¡Mi hija Victoria ha despertado! —y de pronto entró con el doctor y algunas enfermeras.

—Victoria, quiero que mires fijamente la luz y que respondas si está a tu alcance a todas las preguntas que te voy a hacer —me decía el doctor mientras abría mis ojos y me apuntaba directamente con la luz.

Aun me sentía aturdida, recordaba el accidente como si fuera ayer. No podía pensar en nada más que en la imagen que se quedó grabada en mi mente.

—Alberto, ayuden a Alberto, por favor —apenas si podía pronunciar las palabras. Sentía la cara algo adormecía y mi garganta estaba muy seca.

Comencé a inquietarme, pero el doctor estaba tratando de controlarme para poder continuar con la exploración.

—¿Recuerdas cómo te llamas? —me preguntaba mientras tocaba y movía cada parte de mi cuerpo.

Podía entender que era un examen médico de rutina en estos casos, pero a mí solo me podía preocupar Alberto.

—Sí, me llamo Victoria. Por favor doctor ¿Dígame dónde está Alberto? ¿Por qué no está en esta habitación si esa cama está vacía? —le preguntaba inquietamente y señalaba con la mirada la cama que estaba frente a mí — Doctor, me preocupa mucho Alberto, anoche no se podía mover, lo último que puedo recordar es que estaba tirado en el piso y estaba perdiendo mucha sangre —le insistía al doctor, pero él solo estaba concentrado en mí.

El doctor continuaba con la evaluación y las enfermeras iban tomando nota de las indicaciones que él les daba. A lo lejos, podía escuchar a mi madre sollozando, pero con una sonrisa dibujada en su rostro. Después de que la evaluación terminó, una de las enfermas salió de la habitación y a los pocos minutos entró con una doctora, bastante joven y su rostro reflejaba la dureza de su carácter. Ambos doctores se saludaron y se apartaron para conversar en secreto, mientras una de las enfermeras me coloca un sedante.

Los doctores se acercaron a mi cama, pero es ella fue la que toma la palabra.

—Victoria, soy la doctora López, necesito que estés calmada para conversar. Soy la neuropsiquiatra de este hospital —me dijo y yo me relajé para escucharla muy atenta, mientras ella continuó —Tuviste un accidente muy grave, bastante —se acercó y puso su mano en una de las mías.

—Si doctora, quiero saber de Alberto —le dije casi llorando.

—Victoria, han pasado ocho meses de aquel accidente, estuviste todo este tiempo dormida, en coma y hoy regresaste con nosotros. Pero, Alberto no sobrevivió al accidente. Lamento decirte que esa misma noche, tu esposo murió —me dijo la doctora tratando de mostrar algo de solidaridad con sus palabras.

Traté de gritar, pero me sentía muy débil por lo que me habían colocado en mi vena y comencé a ver borroso y la voz ya no me salía. Solo tenía la imagen de ese episodio fatal que había ocurrido aquella noche y solo podía escuchar las voces de los doctores que le decían a las enfermeras que me mantuvieran sedada porque había sido mucha emoción para el día de hoy.

Traté de luchar por mantenerme despierta, necesitaba saber qué había ocurrido en todo este tiempo que estuve dormida, porque para mí, el tiempo se había detenido por completo. La noticia de la muerte de Alberto fue algo que no podía superar, quería saber más, pero el sueño logró vencerme.

Al quedarme dormida, conseguí ver a Alberto a través de mis sueños. Estaba muy guapo, vestido de blanco y rodeado de muchas flores. Cuando quise acercarme a él, su imagen se iba desvaneciendo junto con la brisa que hacía en aquel jardín y mientras se alejaba, se sonreía. Me sentí complacida de verlo feliz, pero me dolía mucho que no lo pudiera tener nunca más a mi lado. Esa sería la última imagen de él y la quería conservar en mi mente y así

traté de mantenerla siempre.

Después de tantos meses en coma, no sabía qué día de la semana y de qué mes había despertado. Al día siguiente, tenía tantas preguntas, eran tantas las dudas por la confusión, que no estaba segura por dónde comenzar a preguntar.

—¡Madre! —me sentí muy agitada al despertar y grité para llamar a mi madre.

—Aquí estoy hija —se acercó mi madre inmediatamente con un vaso con agua.

Tomé algunos sorbos y le pedí ayuda para sentarme. La espalda me dolía y mis piernas y brazos estaban entumecidos por todo el tiempo que permanecí inmóvil.

Comencé a preguntar a mi madre sobre aquel día que nos hallaron, el día del accidente y se sentó a mi lado a contarme todo lo sucedido. Fue desgarrador enterarme que Alberto murió esa misma noche, sin tener la posibilidad de despedirse, de decirnos lo mucho que nos amábamos. El destino había cambiado todo mi mundo. Hace tan solo dos años, me había dado la oportunidad de construir una familia al lado de un hombre maravillo para quitármelo de pronto de la más dura y cruel manera.

Lloré sin consuelo, mientras seguía preguntando a mi madre, la doctora entró a la habitación y al verme agitada, ordenó a las enfermeras que me volvieran a sedar, pero prometí calmarme para no recibir más medicamentos. Solo esperaba salir pronto de ahí y retomar mi maltratada vida que se había detenido por ocho meses.

Pasaron algunas semanas en las que permanecí internada en el hospital. Algunas de mis compañeras del trabajo anterior iban constantemente a visitarme y también me apoyaban con la terapia. Con ellas, había surgido una bonita amistad en aquel trabajo y nos compartíamos a cada paciente para que todas pudiéramos ejercer la profesión de fisioterapeutas.

Mientras hacía la terapia, yo me sentía un poco torpe al caminar, pero era normal que los músculos estuvieran un poco atrofiados por el tiempo que permanecieron inmóviles. Cada una de ellas, me hacían reír para que de

alguna manera me alejara un poco de la tristeza. Se burlaban al ver mis piernas y otras partes de mi cuerpo con tantos vellos, porque el tiempo se había detenido, pero mi cuerpo seguía su curso normal. Al final de esas semanas, ya mis pasos estaban más rápidos y mi evolución era bastante notoria. Los exámenes finales, no arrojaron ningún tipo de daño cerebral que pudiera afectar mi desenvolvimiento, así que los médicos decidieron dejarme ir a casa.

Mi casa, no había comprendido que tenía una casa, un hogar con Alberto donde día a día hacíamos crecer nuestros sueños de consolidarnos y poder llegar a tener hijos, pero eso no pasó.

—Llegó el día, hija —me dijo mi madre, mientras me abrazaba —¿Estás preparada para ir a casa e iniciar una nueva vida? —me preguntó y me colocó su mano en el hombro.

—Sí, llegó el día madre y no me siento preparada. No sé que me espera allá afuera. Me siento como si volviera a nacer, ya no tengo historia, mi historia murió con Alberto, no sé cómo iniciar otra vez —le dije a mi madre con un gesto de desilusión y miedo.

Me despedí de las enfermeras y doctores sintiendo un nudo en la garganta. Todos habían sido muy amables y pacientes conmigo y se conmovían con mi triste historia. Si hubiese tenido la oportunidad de levantarme del asiento aquella noche, hubiese podido salvarle la vida a mi Alberto y quizás hoy lo estuviera ayudando con fisioterapia, pero la vida quiso que no fuera así y por más dolor que pudiera sentir, tenía que soportarlo hasta que lograra desaparecer por completo.

Ayudé a mi madre con mi equipaje y cuando salimos al estacionamiento pude recibir la luz del sol, tan cálido como lo recordaba sobre mi piel. El cielo azul resplandeciente me daba la bienvenida a un reto, el regreso a una nueva vida. Mi madre se fue hasta el coche y me pidió que la esperara, mientras yo seguí disfrutando del hermoso paisaje que me brindaba ese gran día. Dejé que la brisa jugara con mi cabello y respiré hasta llenar mis pulmones de naturaleza para que mis órganos internos pudieran sentir y disfrutar lo que afuera la vida nos estaba ofreciendo.

—Ven, sube al coche, Victoria —me dijo mi madre, logrando sacarme del

momento de distracción.

Me subí al coche y tuve una sensación extraña al ver el largo camino. Traté de mantener la cordura porque era parte del proceso de recuperación mental y debía controlarme para no asustar a mi madre.

—Madre, por favor, no aceleres tanto —le pedí con un tono de voz suave para que no pudiera notar que estaba entrando en pánico.

—Pero, hija si apenas vamos en la mínima —me dijo mi madre al notar mi temor.

En ese momento, tomé mis lentes de sol y me los coloqué, tratando de camuflar mi vista. La ruta se hizo corta, quizás la conversación que mantuvimos mi madre y yo en todo el trayecto ayudó un poco a disipar mi temor. Al llegar, se estacionó frente a la casa y me quedé mirando por unos minutos, en silencio, buscando en mi memoria tantos recuerdos de esa entrada que hoy me esperaba para ingresar a mi casa.

—¿Quieres que te acompañe hija? —me preguntó mi madre, mientras me colocaba su mano en mi brazo cuando me estaba bajando del coche.

—Estaré bien, madre. Esto es algo que debo afrontar sola, necesito estar a solas con mis recuerdos para poder continuar —le dije a mi madre e hice un gesto de aceptación para que entendiera que iba a estar bien.

Mi madre y yo nos despedimos con un gran abrazo, abrí la reja y tomé algunas rosas del jardín. Sentía mucha nostalgia, más allá de la tristeza que me embargaba, tenía una sensación de vacío que se incrementó más al entrar a la casa. Había mucho frío, entré a la cocina y busqué uno de mis floreros más lindos y ahí coloqué las flores para mi esposo. En mi sala había retratos de Alberto por todos lados, él amaba las fotografías, en cambio yo no las soportaba por eso habían más de él que de nosotros juntos.

Todo estaba como la última vez, aquella noche en que salimos a la fiesta de Andrea, el trágico día en que perdí a Alberto. Mientras estuve en el hospital, pensé tantas cosas y entre ellas llegué a la conclusión que debía mudarme, vender la casa y darle un giro a mi vida. Juré olvidarme de mi profesión, porque pude haberla utilizado con mi esposo y así darle la ayuda que necesitaba, Dios no me lo permitió y sé que fue por alguna razón.



Tenía que poner distancia a mis recuerdos y ocuparme en otra cosa, así que puse la casa en venta. No todos en mi familia estuvieron de acuerdo porque después de haber estado tanto tiempo en estado de coma, ellos querían disfrutar nuevamente de mi compañía. Quizás mi egoísmo no me permitía entenderlo, pero ya no había vuelta atrás y logré vender la casa en muy corto tiempo.

Empaqué tan solo algunas cosas personales, todo lo demás lo doné a una fundación de caridad, ellos sabrían como distribuir las entre las personas más necesitadas y eso me hacía sentir como si mi Alberto seguía colaborando con las nobles causas como él siempre lo hacía en su trabajo como rescatista.

Me mudé a las afueras de la ciudad, donde todo quedaba muy cerca, panaderías, farmacias, librerías, todo. Así me evitaría el estar en transporte para trasladarme a todos lados, aun me había costado superar un poco el temor de subirme a un coche. La nueva casa era bastante pequeña, pero lo suficientemente cómoda para ejercer la que sería mi nueva profesión, una que exploré hace muchos años, cuando tan solo era niña y antes de graduarme de fisioterapeuta.

Siempre sentí la necesidad de escribir, de dejar plasmada en unas hojas la historia de mi vida, de cómo fue mi amor por Alberto y del gran hombre que fue y sobre todo de cómo volví a vivir después de ocho meses que estuve dormida. Quería que el mundo conociera lo fue ese hombre que me enamoró y que, gracias a su dedicación y compromiso, pudo salvar muchas vidas, pero hoy, ya no se encontraba entre nosotros. Ése, era mi nuevo reto y me sentía feliz por llevarlo a cabo.

Me encerré en mi nueva casa, con mi laptop como fiel compañera de vida. Pocas veces salía a comprar porque trataba de abastecerme con lo necesario. No conocía ni a mis vecinos, salía pensando y llegaba escribiendo para no perder la secuencia de mi novela. Pasaba horas escribiendo, pero lo disfrutaba al máximo.

En una tarde lluviosa, decidí irme a un café para distraerme un poco. Llegó un hombre muy galante que llamó mi atención, pero inmediatamente me concentré en el párrafo que estaba escribiendo a mano. Al rato, levanté la mirada para buscar si se había ido y él notó que lo miraba y sonrió. Sentí

mucha vergüenza, así que pagué el café y me retiré a mi casa.

Cuando llegué, busqué dentro del bolsillo de mi abrigo mi escrito y recordé que, de tonta, lo había dejé tirado sobre la mesa. Cualquiera pudo haberlo tomado, pensé, así que traté de retomar la idea, pero no fue igual, algo le faltaba. Dos días después, necesité salir para comprar alimentos, ya la despensa se estaba quedando vacía y fui al supermercado. Para sorpresa mía, el apuesto hombre del café estaba pagando su compra y esa vez, fue él que no dejaba de verme y al parecer se dio cuenta que había sido yo quien no le quitaba la mirada de encima en aquel café. Continué hacia los pasillos como si nada y terminé mi compra.

Cuando iba saliendo del establecimiento, se acercó hasta mí ¡Qué hombre tan interesante! Era difícil no expresarlo.

—Hola ¿Eras tú la que estaba en el café hace dos días? —me preguntó con su voz muy varonil.

—Sí, soy yo —le respondí con mucha seriedad, pero con cortesía.

En ese momento, él sacó un papel de su chaqueta y cuando me di cuenta, era el escrito que había hecho y que dejé en aquella mesa. Sentí mis mejillas enrojecer y mis manos comenzaron a sudar de los nervios porque en ese párrafo estaba escrito una escena de amor que había tenido junto a Alberto y estaba bastante subida que hasta sexo había. Ese hombre iba a pensar que yo era una perversa, pero solo pensaba en tomar el papel e irme inmediatamente.

—Creo que esto es tuyo, lo recogí de la mesa a los minutos que te fuiste. Traté de alcanzarte, pero veo que tienes unas piernas largas y das pasos muy grandes, porque en poco tiempo te desapareciste de mi vista —me dijo aquel hombre y reía como si se estuviera burlando de mí.

Su comentario no me pareció nada gracioso, así que no quise entablar ninguna conversación.

—Ah, sí, es mío. Muchas gracias, es usted muy amable —le dije al recibir el papel y para que se diera cuenta que su comentario sobre mis piernas largas había estado fuera de lugar —Que tenga usted feliz tarde —finalicé y me marché sin esperar su respuesta.

Me fui pensando que había sido bastante grosera, pero no podía perder mi enfoque y siempre me alejaba de tener algún tipo de distracción. Pero en el camino, me iba riendo y me preguntaba si en verdad tenía las piernas tan largas como él me lo había dicho. Sin perder tiempo, llegué a la casa, preparé algo de cena y me dediqué a escribir.

Así pasaban mis días, a cada sitio que iba por alguna compra o café, me lo encontraba a él y me sonreía, me parecía gracioso porque él trataba de tener un acercamiento, pero yo no lo permitía.

## Capítulo II

Semanas después, me extrañaba no verlo, a veces me tardaba en mis compras o en el café para ver si llegaba un poco más tarde, pero no sucedía. Hasta que un día le pregunté a la mesera por el hombre elegante que llevaba su chaqueta o abrigo siempre y me dijo que era un piloto y que en temporadas tenía largas horas de vuelo y no regresaba al pueblo.

Me agradaba verlo, de alguna manera me sentía atraída por esa mirada penetrante que ponía cuando se daba cuenta que yo lo estaba mirando y su sonrisa era muy cautivadora.

Regresé a la casa y me senté a tomar un café frente al televisor y después de varias noticias, anunciaron que se aproximaba una fuerte tormenta que, según el pronóstico, podía convertirse en huracán en cualquier momento. Pensé inmediatamente en que debían suspender los vuelos por los fuertes vientos que se podían registrar y me fui a escribir.

En la mañana siguiente, fui a la farmacia por un analgésico, llevaba algunas noches que no podía conciliar el sueño y ya me estaba preocupando. Cuando llegué ahí, había un anuncio pegado en la entrada. Me detuve a leer y solicitaban voluntarios de todas las áreas médicas para colaborar con las víctimas del accidente aéreo que había ocurrido durante esa madrugada. No me había enterado, pero según el anuncio, el pequeño hospital estaba colapsado.

Recordé cuando estuve en los últimos años de fisioterapia, cuando nos llevaron de la universidad como voluntarias para atender a los heridos de un suceso similar y colaboramos con terapias corporales que ayudaron a muchos de ellos a recobrar sus movimientos de manera satisfactoria. Pensé que podía ayudar, pero el juramento que había hecho después de la muerte de Alberto, me limitaba a hacerlo.

Compré el medicamento y salí del lugar bastante pensativa. Cuando llegué a la casa, no podía sacar de mi mente la labor social que antes hacía al lado de Alberto, pero me sentía impotente al no poder hacer nada. Busqué dentro de mi cofre, una de las fotos de aquellos tiempos y en una de ellas podía ver a Alberto feliz en uno de los rescates. Así que me armé de valor y me fui hasta

el hospital para ponerme a la orden como voluntaria.

El ambiente era bastante conmovedor, había muchas camas improvisadas en el piso. Pude ver que algunas víctimas tenían quemaduras muy graves y otros apenas se podían mover. Fue bastante desgarrador, esa necesidad que tenía de colaborar me hacía sentir útil. Busqué al director entre tanta gente para conversar y ver dónde podía iniciar.

—¡Doctor! —grité apenas lo vi —¿Es usted el director o encargado del hospital? —le pregunté alzando mucho la voz para que me pudiera escuchar.

—Sí, soy el director, pero como verá no puedo atenderle —me dijo cuando trataba de alejarse con una jeringa en sus manos.

—Doctor, mi nombre es Victoria, soy fisioterapeuta y tengo experiencia como voluntaria ante estos desastres. Vine para colaborar —le dije mientras colocaba mis manos en forma de oración.

—Bienvenida al equipo, Victoria. Colóquese este lazo sobre la blusa para que las enfermeras puedan identificarla y suministrarle todo lo que necesite. Hay muchos pacientes que faltan por ingresar, esté atenta —me dijo el doctor mientras me entregaba el lazo que me coloqué en la blusa y me dejó ahí parada en medio de todo el caos que se estaba viviendo.

Caminé hasta una de las habitaciones del pequeño hospital, tratando de buscar algún paciente con lesiones leves donde pudiera poner en práctica mis conocimientos, pero una enfermera me detuvo para que la ayudara a detener una hemorragia en uno de los sobrevivientes. Después de colaborarle, me llamó la atención que, en una de las camas, yacía un hombre que solo estaba conectado a los monitores que vigilaban sus funciones vitales y pregunté por su caso.

—Es un piloto, pero por mala suerte venía con su esposa como pasajeros. Ella murió y él, se encuentra delicado, está en coma y no se sabe si sobreviva a eso —me comentó la enfermera sin ningún tipo de esperanzas para ese hombre.

Mientras caminaba hacia su cama, recordaba mi historia. Había perdido a mi esposo en un trágico accidente y yo había quedado en coma durante ocho largos meses y al igual que él, con un pronóstico médico bastante reservado.

Pobre, pensaba al mirar desde lejos a ese hombre. Cuando estaba cerca de él, me quedé sorprendida, no creía en las casualidades, para mí todas las situaciones tenían una causa y éste producía algún efecto ¡No puede ser! Grité internamente y me cubrí la boca con mis manos para no levantar la voz por mi asombro.

¡Era él! Santiago era el hombre del café, el guapo del abrigo y la chaqueta, el que me entregó mi escrito aquella tarde en el supermercado, el que llamaba mi atención en todo momento. Ahora estaba ahí, tendido en una cama como si estuviera profundamente dormido. Lo miré y no había lesiones físicas pero el accidente le había dejado un daño que lo mantenía en esa condición.

No podía hacer nada por él en esas condiciones, sentí mucha pena por no poder ayudarlo y quise buscar a la enfermera para que me diera algunas instrucciones. Cuando estaba de espaldas a Santiago, sentí que de pronto una brisa que me tocó los hombros, como si se tratara de alguien que me pedía que me quedara con él. Me di vueltas y pude notar que estaba moviendo su mano y llamé inmediatamente a la enfermera. Ella se quedó unos minutos para ver con sus ojos que en verdad había sucedido.

—Lo siento, Victoria, pero creo que te lo imaginaste —me dijo la joven enfermera y se retiró de la habitación.

Me quedé mirando a Santiago y le toqué su mano, mientras le hablaba y le pedía que luchara por su vida. En ese momento, volvió a hacerlo, había movido su mano y no quise llamar a la enfermera nuevamente.

Algo pasaba con ese hombre que solo reaccionaba a mi presencia o es que de tanto estar encerrada escribiendo, ya me estaba afectando el cerebro y me estaba imaginando las cosas. Quise leer su historia médica para ver si podía entender algo y no había nada, solo llamó mi atención que decía que su único familiar era su esposa y había fallecido en el accidente.

Me puse la mano en el corazón y me llené de tristeza al ver que Santiago, se encontraba solo en el mundo. En ese momento, el doctor se acercó a mí de manera muy silenciosa y me puso la mano en el hombro.

—Es un buen hombre, ahora se ha quedado solo, pero confío en sus ganas de vivir y sé que saldrá adelante —me dijo con una voz de esperanzas y de algún modo me dio mucha alegría.

—¿Doctor, puedo hacerme cargo de este paciente? —le pregunté y él me miro con un gesto de asombro —Es que yo viví algo similar, pero al menos tenía a mi madre que me hablaba todos los días y no sé si era mi subconsciente, pero yo podía sentir que me hablaba y esa compañía e insistencia a que regresara me devolvió la vida —le dije con lágrimas en los ojos al recordar esos duros momentos.

—Sería muy noble de tu parte, Victoria y sí, puedes venir con frecuencia para ayudarlo como puedas —me dijo el doctor.

Le agradecí y sentí la necesidad de dedicarme a Santiago. Lo observé por unos minutos y se veía tan indefenso, tan vulnerable como si estuviera viendo a un niño. Me dejé llevar por el recuerdo y lágrimas comenzaron a salir solas, en ese momento una de las enfermeras entró solicitando mi ayuda con los pacientes que estaban ingresando e inmediatamente salí a colaborar.

La noche se hizo muy larga, ya me sentía agotada, pero al ver que tantas personas estaban sufriendo, me daban fuerzas para continuar. Hubo algunas personas que fallecieron por complicaciones y fueron instantes muy duros para mí, hasta las enfermeras y médicos estaban conmovidos por la difícil situación.

No sé cuántas horas transcurrieron hasta que se pudo controlar el entorno y los pacientes que habían sobrevivido ya estaban estables, menos uno, Santiago. Mientras nos sentábamos un rato a descansar, llegó el director.

—Gracias a todos los voluntarios, sin su colaboración no se hubiera podido lograr estabilizar a los pacientes, pueden retirarse a sus casas y volver cuando quieran, serán bienvenidos —fueron las palabras de agradecimiento del director de hospital.

Todos aplaudieron en la sala de juntas y nos abrazamos como muestra de solidaridad. Yo, aproveché el momento para ir a ver a Santiago y le toqué su mano. Pude sentir que movió su mano y noté que le agradaba que estuviera con él o quizás lo estaba imaginando.

—Hasta mañana, Santiago. Espero que duermas bien —le dije, luego pensé que había sido algo irónica —Discúlpame, quise decir que tengas un bonito sueño y que ahí puedas ver a tu esposa y despedirte de ella —le acaricie su rostro y me fui a la casa.

Me sentía agitada y muy cansada. Fueron muchos los cafés que tomé para mantenerme alerta y poder ayudar al máximo. Me duché y no pude retomar mi novela, caí literalmente en mi cama como si hubiesen lanzado un saco de patatas, así de pesada me sentía.

Cuando desperté, me levanté rápidamente. Comí algo ligero y salí apresuradamente para el hospital. Entré a la habitación donde estaba Santiago y presencié una disputa muy desagradable entre dos enfermeras que se negaban a asear al paciente.

—No se preocupen, yo me voy a encargar de asear a Santiago —me planté firme delante de ellas, como si se tratase de una regla militar.

Para ellas fue como si hubieran visto al mismo Dios. Se les notaba en la cara el asco que le producía limpiar a Santiago. Me dio mucha vergüenza ver como esas jóvenes que apenas eran estudiantes de enfermería, sentían repulsión por atender a un paciente, pero no quise entrar en más polémicas y les pedí que me explicaran y me trajeran todo lo que iba a necesitar a diario para yo hacerlo.

Logré que se disculparan por su actitud poco profesional y fueron a traerme lo que les había pedido y en pocos minutos me explicaron la técnica que aplicaban en estos casos. Con mucho cuidado comencé a quitarle la bata que cubría su cuerpo inmóvil y pude ver que tenía algunas marcas del accidente. Tomé la esponja y la humedecí con el agua tibia para limpiar cada parte de él, así imaginaba que mi madre lo hacía. No sabía si le estaba haciendo daño, así que trataba de dar pequeños toques para no llegar a lastimarlo.

Me llevó un poco más de una hora, por ser mi primera vez, además Santiago era un hombre tan alto que ameritaba cambiar el agua varias veces. Pero logré asearlo y le coloqué una bata limpia. Hasta podía imaginar que sonreía y me daba las gracias.

—No me des las gracias, lo hice con mucho cariño, mira que estoy agradecida porque me devolviste mi escrito y de no haber sido así, hubiera tenido que iniciar desde cero ese capítulo —le iba diciendo a Santiago mientras lo cubría con la cobija.

Las jóvenes enfermeras entraron y al parecer me había escuchado hablando con Santiago.



—Creo que se está volviendo loca, Victoria —dijo una de ellas mientras se miraban y se reían burlándose de mí.

—Tengan un poco de respeto —les dije muy molesta —Mírenme, yo estuve en coma por ocho meses y podía escuchar cada palabra que mi madre me decía y aquí estoy —les grité para que sintieran pena.

Un doctor estaba pasando y escuchó todo el alboroto, pero me excusé y le expliqué el motivo de mi ira y el descontento ante el trato inhumano de esas dos estudiantes. Al escucharme, el galeno me dio la razón y les pidió a las jóvenes que se fueran con él a su despacho.

Después de ese desagradable momento, me senté al lado de Santiago y saqué de mi bolso mi súper cuaderno, como le decía a mi blog de apuntes. Al verlo ahí, tan tranquilo, tan literalmente paciente, me inspiré para adelantar un nuevo capítulo de la novela. Pasaron algunas horas y ya era momento de comer, mis vísceras rugían como si tuviera un par de leopardos peleándose ahí dentro.

—Santiago, tengo que irme, es un poco tarde y necesito comer. Espero que me entiendas, pero mañana vendré a visitarte nuevamente —le dije mientras le retiraba algunos de sus lindos rulos que le caían sobre sus párpados — Gracias por inspirarme, pude adelantar un capítulo más —le agradecí y cuando me iba a retirar, me regresé. Lo miré y le di un beso en la mejilla — No estás solo, en adelante me tienes a mí —le sonreí y salí de la habitación.

Así pasaron muchos días, semanas y meses y Santiago no tenía ninguna evolución. Los doctores decían que sus reflejos aun no daban señales de recuperación, pero yo les insistía en que movía su mano cuando yo estaba junto a él. Sentía mucha preocupación porque iban a analizar su caso, al ver que en tantos meses Santiago seguía con su cuerpo paralizado, estaban pensando desconectar la máquina.

Me fui llorando hasta la habitación y me senté en la cama, a su lado y le tomé la mano.

—Santiago, tienes que reaccionar, sé que me estas escuchando. Solo depende de ti, quieren desconectar la máquina —le decía y no podía dejar de llorar.

Me sentía devastada, era como si me quitaran nuevamente un pedazo de mí.

Estuve con Santiago por estos seis meses y siempre estuve segura de que él me escuchaba. No podía aceptar que le quitaran la oportunidad de vivir una nueva vida, solo debían esperar un poco, pero sin un avance de que se estaba recuperando no lo iba a lograr.

Cuando solté su mano para secarme las lágrimas, Santiago movió su mano, me quedé mirando para ver si no era mi imaginación que jugaba con mis ilusiones y lo volvió a hacer, una y otra vez. Salí corriendo y entré a la sala de juntas donde estaban los doctores, me miraron muy feo, pero mi alegría se desbordaba y la imprudencia me daba la fuerza necesaria para interrumpir.

—¡Doctor, Santiago está reaccionando! —grité a todo pulmón.

Los doctores inmediatamente se levantaron y me siguieron. Cuando entramos, Santiago estaba nuevamente inmóvil. Le tomé su mano y nada. Le hablé y le pedí que, por favor, moviera su mano si me podía escuchar y lo hizo, la movió. Fue el momento más emocionante en mucho tiempo. Los doctores comenzaron a murmurar y el especialista me pidió que saliera de la habitación para poderlo examinar a profundidad.

No cabía de tanta emoción, le daba gracias a Dios por ese momento de alegría. Me senté en el asiento detrás de la puerta y traté de escuchar.

—No veo mucho avance, el reflejo no tiene mucha fuerza. Esto se puede tomar más tiempo —dijo el doctor con un tono de voz de preocupación.

En ese momento, entré para ver de cerca lo que estaba pasando e interrumpí una vez más.

—¿Cómo ven a Santiago? Se está recuperando, ¿verdad? —le pregunté bastante angustiada por conocer el nuevo pronóstico médico.

Ya sentía a Santiago parte de mí, solo quería verlo levantarse de esa cama y volver a recuperar su vida, como logré hacerlo yo.

—Bueno, tengo que aceptar que sí hay avances y una respuesta neurológica, pero va a requerir más tiempo. Hay algo que lo mantiene aun luchando y eso es bueno, pero no podemos esperar muchos meses, el protocolo del hospital no lo permite —dijo el doctor.

—Puedo entender doctor, yo tardé ocho meses en despertar de un coma —le

dije para que vea que solo se necesita esperanza y creer en los milagros — Permite que Santiago se quede un tiempo más y yo le garantizo que valdrá la pena —le hice ver que él podía levantarse de esa cama.

El doctor salió con toda la comitiva y me dio una palmadita en la espalda, dándome a entender que aprobaba que se Santiago se quedara por más tiempo en el hospital.

Cuando ellos salieron, tomé de la mano a Santiago y comencé a hablar con él.

—Santiago, necesito que vuelvas, eres muy importante para mí y no quiero perderte —Lo abracé y me recosté por un momento sobre su pecho y dejé que las lágrimas corrieran.

Después de algunos minutos, sentí como Santiago movía no una, si no ambas manos y con mucha fuerza. Le iba diciendo que continuara, que él podía salir de ese estado. Comencé a hablarle y a pedirle que hiciera algunos movimientos, para saber que me estaba escuchando.

—Santiago, quiero que pongas atención a lo que te voy a pedir. Mueve tu mano izquierda para decir sí y la derecha para decir no —le pedí tratando de pronunciar lentamente mis palabras —¿Me puedes escuchar? —le pregunté.

En segundos, Santiago movió su mano izquierda indicándome que si me estaba escuchando. Comencé a saltar de la emoción. No quise decirle nada al doctor para hacer la terapia y que ellos se sorprendieran al notar algunos avances. Así se me fue la noche sin notarlo, me detuve para no forzarlo más. Ya se me había hecho muy tarde para irme a casa, así que decidí quedarme en el hospital.

En todo este tiempo al lado de Santiago, no abandoné mi novela, tan solo faltaban unas líneas para mi capítulo final y aproveché el momento de descanso para culminarla.

—Duerme Santiago, yo me quedaré aquí y terminaré mi novela, ya me falta muy poco. Espero tener la dicha de que la leas conmigo —le dije mientras le daba un beso en la frente como esperando que él abriera los ojos en cualquier momento.

Terminé de escribir y me quedé dormida con la cabeza sobre la camilla, cuando desperté, me llevé una grata sorpresa. Al despertar, Santiago había

puesto una de sus manos encima de la mía y cuando me levanté, pude ver sus grandes ojos azules que me miraban.

—¡Santiago! —le grité mientras lo abrazaba.

La enfermera que estaba de turno en la mañana se quedó pasmada y fue inmediatamente a buscar al doctor. Me pidieron que saliera de la habitación, como siempre; lo hice y me quedé tranquila esperando que me ordenaran pasar. Mi corazón saltaba con rapidez por tanta alegría. Las enfermeras pasaban y murmuraban que había despertado el muñeco de cera como le decían para burlarse de él. Aun faltaba mucho por progresar, pero Santiago había logrado que, con eso, no lo sacaran del hospital.

Los doctores salieron con una sonrisa y me dieron todo el crédito por el avance.

—Este avance es gracias a ti Victoria, eres una excelente profesional —me dijo el doctor —Debemos planificar su recuperación, sabemos que contamos contigo para la terapia. Eres la única familia que tiene Santiago y estoy seguro de que te lo va a agradecer —me dijo muy complacido.

Entré rápidamente y Santiago seguía ahí, con sus ojos abiertos, pero quizás frustrado por no poder hablar, sabía que se sentía encerrado dentro de su cuerpo y traté de calmarlo.

## Capítulo III

—¡Hola! Reconoces mi voz, ¿verdad? —le sonreí y pregunté a la vez.

Santiago fijó su mirada en mí y levantó su brazo izquierdo y lo dejó caer como si aun no pudiera controlar sus músculos.

—No te esfuerces, juntos vamos a superar esto. Te pido un poco de paciencia para que los días se hagan muy cortos y cuando menos lo pienses, ya estarás caminando —le dije mientras le besaba su mano.

Observé que la tensión en Santiago aumentaba al ver las lágrimas en sus ojos. Levantaba sus brazos y los dejaba caer como símbolo de ira ante la impotencia que sentía de no poder moverse, eso me puso muy nerviosa y cuando iba saliendo a llamar al doctor, entró una enfermera con un sedante que le había indicado el doctor.

Era muy normal esa reacción, Santiago necesitaba respuestas, recordaba el accidente y quería saber sobre su esposa, pero no me sentía preparada para darle esa noticia, dejé eso para que la especialista lo abordara. El efecto del sedante no tardó en llegar, se quedó profundamente dormido. Aproveché para ir a la casa a dormir porque sabía que con eso él no iba a despertar hasta mañana, así lo iban a tener hasta que su cuerpo aceptó la condición momentánea que estaba pasando.

En la mañana, antes de salir nuevamente de la casa, envié a una editorial mi novela ya terminada, con la esperanza de que pudieran publicarla y así dar a conocer tan bonita historia. Salí con el abrigo en la mano y pensando en ver a Santiago y contarle que había podido enviar ese escrito que día a día iba alimentando a su lado.

En el camino, compre unos lindos lirios, para alegrar a Santiago, no sabía nada más de él que lo que decía su historia médica. Me sentía bastante emocionada, le había tomado un cariño muy especial que le demostraba con cada una de mis atenciones.

Cuando llegué al hospital, me detuve frente a la puerta y traté de calmar un poco mi ansiedad. Trataba de entender cuál era realmente el motivo de mi

emoción, pero hasta ese día no lo entendía. Cuando entré a la habitación, me sorprendí.

—¡Enfermera! —salí corriendo por pasillo, gritando, al ver que la habitación de Santiago estaba vacía.

Un sentimiento de preocupación me embargó al momento, creí por un momento que había perdido a ese hombre que se había convertido en todo para mí.

—¡Cálmese Victoria! —me dijo una de las enfermeras al acercarse a mí.

—El muñeco de cera está bien, se lo llevaron para hacerle una tomografía, quédate tranquila —me dijo la otra y se fue riendo.

No me causó nada de gracia la manera como se burlaban de él, pero si me sentí más calmada al saber que no le había ocurrido nada malo. Me fui a la habitación a arreglar las flores y a esperar que lo regresaran.

Me mantuve algo inquieta, esas ganas de verlo me hacían sentir una emoción que desde hace un buen tiempo se había alejado de mí. Nuevamente mi corazón palpitaba de emoción por un hombre, como cuando me enamoré de mi Alberto la primera vez. Pero, tenía muy presente que solo yo me estaba enamorando de un hombre que hasta ayer estaba dormido y que solo en su mente estaba el recuerdo de su esposa. Aun así, lo consideraba parte de mí y era la única persona que él tenía en este momento de su vida.

Al fin, llegaron los camilleros con Santiago y pude ver que su mirada estaba más serena. Cuando lo instalaron en su cama, me acerqué a él y le sonreí.

—¡Hola! Te ves muy bien, hoy tu mirada está más brillante —le dije y no podía dejar de mirarlo —¿Cómo te sientes? —le pregunté, mientras me sentaba a su lado.

Pensé que quizás no le agradaba escuchar que una extraña le hablara de esa manera tan cercana, pero Santiago estiró su mano como si quisiera tocar la mía. En ese instante, puse mi mano sobre la de él y lo que menos esperé fue que me apretara como aceptando mi compañía. En mi rostro se dibujó una sonrisa y pude ver que él trataba de hacer una mueca, pero no pudo.

—Con calma, Santiago. Te voy a ayudar con la terapia y pronto vas a salir

caminando de aquí, pero te pido que confíes en mí —al decirle esas palabras, Santiago me miraba como tratando de reconocirme.

—Sí, soy yo ¿Me reconoces? —le pregunté y movió su mano izquierda.

Con gran emoción lo abracé y le dije nuevamente que no estaba solo. Nos habíamos inventado un idioma para entendernos y mientras conversábamos a nuestra manera, entró un guapo doctor, debía ser nuevo en el hospital, pensé, porque no lo había visto en todo el tiempo que había estado ahí.

—Buenas, soy el doctor Carlos. Me estaré encargando de Santiago a partir de hoy. He estado analizando su caso y está progresando muy rápido, necesitamos iniciar el nuevo tratamiento para que continúe con la pronta recuperación —dijo el doctor.

Me quedé mirándolo mientras daba la explicación, estaba atontada por su elegancia y seguridad al hablar. Me distraje un poco y el doctor se dio cuenta al verme y pude notar su sonrisa.

—Mucho gusto, doctor Carlos. Mi nombre es Victoria —me presenté ante él.

—El gusto es mío, ya el director me había hablado de usted —me dijo mientras me extendía su mano.

Hubo una especie de coqueteo entre el doctor y yo. Me pareció interesante, pero creo que a Santiago no le agradó porque levantó sus brazos y los dejó caer con fuerza. Su entrecejo estaba fruncido, como cuando uno se molesta, me acerqué y le dije que todo estaba bien.

Pasaban los días y Santiago se iba recuperando rápidamente. Me esforzaba mucho con su terapia y él también. Me dolía ver como terminaba agotado, pero aun así quería continuar. Sus movimientos eran más coordinados y estaba apenas recuperando el habla. Yo seguía sintiendo emociones fuertes por él y en ocasiones me hacía ver que a él también le sucedía lo mismo, pero en otras, se comportaba de una manera muy distante que me alejaban un poco de lo sentimental. Ya no sabía qué estaba sucediendo entre nosotros, lo consideraba más que un amigo. A veces se ponía con una actitud no adecuada, pero podía entenderlo, la situación que estaba pasando no era nada agradable y yo lo había vivido en carne propia.

El día con Santiago había sido muy difícil, estaba malhumorado y por más

que traté de consentirlo, pero me hizo sentir que todo era en vano.

—Ya me voy a la casa, Santiago —le dije mientras recogía mis cosas.

En ese momento, Carlos entró a la habitación. Me pareció extraño verlo sin su bata blanca. Miré a Santiago y él levantó una ceja, dando a entender que también se había sorprendido.

—Santiago, te ves muy bien —le dijo mientras le daba una palmada en su hombro.

Después se me acercó y con un tono de voz muy suave, me dijo al oído que si me podía invitar a un café y luego me acompañaba hasta mi casa. Habíamos hecho una amistad, pero no pensé que se iba a atrever a invitarme algún día. No supe que responder, las palabras no me salían. Nos olvidamos por un momento que Santiago estaba ahí y nuestras miradas se quedaron fijas, esperando una respuesta, la mía.

Cuando estaba a punto de aceptar, Santiago reaccionó.

—¡Vic...toria! —Santiago estaba pronunciando sus primeras palabras después de haber despertado del coma.

Salté de la alegría y lo abracé. Fue uno de los momentos que recordaré con más emoción. Carlos salió de la habitación para buscar a su equipo y así poder evaluar a Santiago.

—Santi... dijiste mi nombre, fue hermoso escucharte —me puse cerca, muy cerca de él y estuve a punto de besarlo, cuando entró Carlos y nos interrumpió.

—Necesito que salgas, Victoria. Tengo que examinar al paciente —me dijo Carlos de una manera muy grosera que denotaba lo celoso que había puesto al verla escena que había formado con Santiago a punto de besarnos.

Me quede pensativa a la reacción de esos dos hombres. Primero Santiago me hace ver que está solo agradecido, al día siguiente tiene gestos de afecto y luego se vuelve muy frío y por el otro lado, Carlos que trataba de que me sintiera atraída por él, a veces pensaba que se me iba a declarar y luego todo se enfriaba, no sabía en qué momento había terminado por complicarme mis sentimientos, si solo quería reencontrarme conmigo misma, ahora me



encontraba en un conflicto interno y lo peor es que ambos hombres se estaban ganado un lugar especial en mi corazón.

Miré el reloj y estaban tardando demasiado con esa evaluación, hasta que Carlos salió y mientras me explicaba el progreso de Santiago, una de las enfermeras se acercó.

—Doctor, su esposa está en la línea. Dice que lo ha estado llamando a su móvil y la envía a buzón —le dijo la enfermera, mientras señalaba hacia la recepción.

Carlos me miró como un perro que ha hecho algo malo y esperaba que sus amos no lo castigaran. Fue un momento bastante bochornoso y yo, casi caigo al piso al escuchar la palabra esposa.

—Vaya a atender a su esposa doctor, debe ser importante —le dije con un tono bastante irónico.

Sacudí mi cabeza como si estuviera tratando de sacar de ella el mal rato y entré a la habitación a ver a Santiago.

—¡Vic...toria! —volvió a pronunciar mi nombre.

A pesar de la dificultad, mi nombre es su boca se escuchaba muy tierno, porque entre su voz tan masculina y su tarareo de palabras, inspiraba ternura.

—No... te... vayas —me pidió Santiago

Pude sentir que se desesperaba por no poder continuar y quería que no se sintiera frustrado.

—No te esfuerces, Santiago. Vas muy bien y no te preocupes, no me voy a ninguna parte, me quedaré contigo —le dije y lo abracé para tranquilizarlo un poco.

Fue un momento de mucha presión para Santiago, era como si necesitaba decirme muchas cosas. Ya le faltaba muy poco para volver a ser el hombre que llegué a ver por primera vez en aquel café. Me levanté de la cama para buscar a la enfermera, cuando volví a escuchar a Santiago.

—Vic... toria, yo... te... amo... —Santiago pronunció con mucho sentimiento cada una de las sílabas.

Yo, me detuve en medio de la habitación, permanecí de espalda a Santiago por un instante. Comencé a sonreír y coloqué mis manos sobre el pecho, mientras me giré muy lentamente y pude ver cómo Santiago continuaba repitiendo la misma frase.

Me coloqué frente a él y me quedé mirándolo. Mientras acariciaba su rostro, dejé que las lágrimas corrieran libremente por mi rostro. Santiago hacia un esfuerzo por levantar su mano y lo ayudé para que pudiera tocar mi cabello. Dejé que mi mirada hablara y que mis manos le transmitieran lo que estaba sintiendo, pero no quise estallar de emoción, aunque moría de ganar por gritar, me contuve, pero también me pude expresar.

—Yo también te amo, Santiago. Pensé que solo yo, lo estaba sintiendo y quise alejarme sentimentalmente de ti. Te convertiste en todo lo que tengo, en mi inspiración de vida, eres mi propio reflejo —le decía, sin poder detener mis lágrimas.

El amor que sentía por Santiago iba más allá de la carne. Aprendí a amarlo en su sueño, en su silencio, en sus malos momentos, en su dolor. Él se había convertido en mi compañero de vida, esa razón por la cual te levantas día a día, ese motivo de querer salir de la casa y sentirme útil.

Él me había devuelto mi vida, esa que pretendí dejar atrás, huyendo de mi verdad y mi vocación. Mi vida estaba marcada por una tragedia y pensaba que el amor se había marchado desde el día en que perdí a Alberto, pero lo que la vida me quitó un día en trágico accidente, me lo estaba devolviendo de la misma manera. Yo, regresé de la muerte y por alguna razón que hasta hoy no comprendía, me aferré y luché internamente para vivir y Santiago tenía la misma historia.

La enfermera había llegado y se conmovió al ver nuestras lágrimas, pero no pudo saltarse la orden de Carlos y tuvo que suministrarle un sedante a Santiago y mientras él se dormía, yo velaba de algún modo su sueño sin dejar de mirarlo. Me quedé dormida a su lado, como si buscara protegerlo.

En la mañana, desperté con un fuerte dolor en el cuello por haber dormido en una posición bastante incómoda. Pero al ver a Santiago casi recuperado del todo, ese dolor pasaba a un segundo plano a pesar de sentirme como una muñeca a punto de perder su cabeza.

—Carlos, buenos días —dije sorprendidamente al ver al doctor entrar.

Pude ver que él también se había sorprendido al darse cuenta de que me había quedado con Santiago. No me faltaban ganas de preguntar por su esposa para hacerlo sentir mal, pero me contuve para que no se confundiera con una escena de celos. Al escucharme hablar, Santiago despertó.

—Buenos días, vengo a traerles una buena noticia —nos dijo Carlos y nos miró a los dos al mismo tiempo —Tengo en mis manos tu boleta de salida, en vista de toda tu evolución. Las indicaciones que debes seguir están detalladas aquí —y solo miró a Santiago, pero la carpeta me la entregó a mí.

Carlos no podía ocultar la vergüenza después el comportamiento de anoche. Salió inmediatamente de la habitación. Santiago y yo nos abrazamos de la alegría, pero la emoción se acortó. No habíamos hablado sobre este día en que llegaba el momento para abandonar el hospital. Santiago solo me tenía a mí, pero quería saber lo que él estaba pensando. Para Santiago también era muy difícil la situación, él no quería presionarme, pero estaba consciente de que no podía estar solo en lo que quedaba de su recuperación. Al verlo, su mirada se entristeció y su rostro reflejaba preocupación. Inmediatamente me di cuenta y decidí hacerle una propuesta.

—Santi, mi vida ¿quieres irte a mi casa? —le pregunté —Ahí podemos continuar con la terapia y nos hacemos compañía —le propuse.

Inmediatamente en su rostro se dibujó una sonrisa y asintió con su cabeza para afirmar que estaba de acuerdo.

Las enfermeras, al enterarse que el muñeco de cera, como ellas despectivamente le decían, entraron a despedirse y una de ellas casi se le insinuó, diciéndole que estaba a la orden para cualquier otra cosa y no era de esperarse porque Santiago es un hombre muy guapo. Ahora solo quedaba comenzar con la nueva vida que nos deparaba el destino.

Todo había sido sin planificar, al llegar a la casa Santiago se sentía extraño. Las fotos de Alberto se podían ver en casi todas partes, aun era parte de mí.

—Bienvenido a casa, Santiago —le dije mientras lo ayudaba a sentar en el sofá.

Santiago comenzó a mirar a su alrededor, observaba cada detalle y en cada

rincón, había un pedazo de mi pasado. Teníamos mucho de qué hablar, mi historia y la de él coincidían en la parte más trágica, pero no sabíamos nada más.

—Sé que tienes muchas preguntas, mi vida. Yo también las tengo, quiero que nos demos la oportunidad de conocernos —le iba diciendo a Santiago, mientras tomaba uno de los retratos de Alberto.

Me senté a su lado y comencé desde el día en que conocí a Alberto, hasta cuando desperté después de ocho meses en coma. Santiago me escuchaba detenidamente, cuando lo necesitaba me interrumpía con alguna pregunta y a veces no lograba dar con esa respuesta a lo que él quería escuchar, pero trataba de ser lo más sincera posible.

Mi historia conmovió mucho a Santiago, sabía que se podía identificar con algunos sucesos, pero el remover tantos recuerdos alegres y dolorosos, me hicieron llorar y no me pude detener.

—Ya, mi... vida, ya... pasó... todo —me dijo Santiago mientras extendía sus brazos para que me cobijara en él.

Lo abracé y me dejé sentir protegida, cuando me vio un poco más calmada, me pidió que lo dejara hablar, que ahora le correspondía contar su historia. Por supuesto que debía tener un poco de paciencia porque su dificultad al hablar no le dejaba conversar tan fluido.

Me senté muy cómoda en el sofá, a su lado y me dispuse a escucharlo como él había hecho conmigo. Fueron unas cuantas horas, tratando de entender a Santiago. En momentos, le pedía que se detuviera a descansar, no quería que se sintiera agobiado, al recordar su vida, se sensibilizó mucho. Fueron muy duros los momentos que había vivido al lado de su esposa, quien se había curado de esa terrible enfermedad y por eso iba a regresar a su casa, cuando fueron sorprendidos por ese accidente.

—La vida nos cambió en tan solo minutos, mi vida ¿Crees que el destino haya querido que nos conociéramos? —le pregunté a Santiago.

El me afirmaba con su cabeza, indicándome que sí, que también creía que el destino nos había juntado. Santiago no paraba de darme las gracias por toda la dedicación que le había otorgado. Para él, lo que yo hice en todos estos

meses fue un sacrificio que solo el amor lo permitía y solo con amor se pagaba. No dejaba de abrazarme, aunque sus movimientos seguían siendo un poco torpes, sus caricias me devolvían esas ganas de amar que pensaba que no volvería a sentir por alguien más.

Mientras Santiago estuvo en el hospital en su recuperación, el amor que sentía hacia él comenzó como un sentimiento de solidaridad, aunque desde la primera vez que lo vi, me sentí muy atraída hacia él. A medida que pasaban los días y meses, ese sentimiento fue cambiando, lo veía tan dependiente de mí, tan frágil que lo cuidaba como si no quisiera que se alejara nunca de mí y así fue. Santiago se convirtió en ese hombre que llenó el vacío que mi corazón tenía al haber perdido a mi esposo aquella noche fatal.



## Capítulo IV

Las semanas pasaban y cada día Santiago me correspondía más. En ocasiones podía verlo asomado en la ventana, con la mirada vacía, quizás recordando a su esposa. Me armé de paciencia para esperar llenar ese espacio, como yo lo había hecho con él.

Sus caricias eran más suaves, ya coordinaba mejor sus movimientos y su forma de hablar tan varonil había regresado. A pesar de que nos amábamos, Santiago y yo dormíamos en habitaciones separadas. A pesar de que lo ayudaba con su terapia, no sabía si ya tenía respuesta en su parte íntima, por eso no me atrevía a que pasara algo más que unos besos. En las noches, cuando nos sentíamos más cerca, en la cama mientras leíamos alguna novela, juntos, el calor de nuestros cuerpos nos atraía como imanes, pero yo no permitía que sucediera algo más, por miedo a su respuesta física.

Para los dos era muy difícil, porque la confianza que habíamos logrado entre nosotros nos compenetraba demasiado. Quizás él pensaba que no lo amaba lo suficiente, podía notar su inconformidad cuando me levantaba de la cama inmediatamente después de un largo beso, pero yo solo cuidaba de su salud emocional.

Esa situación nos estaba distanciando un poco, pero no me sentía capaz de explicar el por qué de mi actitud, sentía mucha pena y tampoco me atrevía a tocarlo, aunque con el roce de mi pierna podía sentir algo duro, pero no me era suficiente.

Esperé que en algún momento se diera el instante perfecto, donde ambos nos pudiéramos sentir cómodos y en el que yo no quisiera levantarme y así poder darle riendas sueltas a este deseo que me embargaba. Ya había pasado mucho tiempo de mi accidente y desde entonces, no había estado íntimamente con ningún otro hombre. Quizás ya tendría telarañas allá abajo, como cuando se cierra una casa y no se abre hasta dentro de algunos años, pero sí, podía sentir y con cada beso de Santiago, vibraba con cada sensación, pero debía contenerme y todo porque él no saliera lastimado.

Mientras yo quería cuidar su estado emocional, Santiago pensaba que no lo amaba suficiente. Una noche, entré a su cuarto y vi su maleta sobre la cama,

miré a los lados y Santiago estaba sacando su ropa del closet.

—¿Qué estás haciendo, mi vida? —le pregunté muy conmovida —¿Me dejas? —continúe preguntando ante mi asombro.

—Sí, Victoria. Creo que llegó mi momento de partir. Me he dado cuenta de que el amor que sientes por mí era más bien lastima, no amor —me dijo y su voz se notaba bastante depresiva.

¡Claro, Santiago pensaba eso porque yo nunca quise que llegáramos a hacer el amor! Pero ¿si yo pensaba que él no podía responderme? Que confusión había con todo este tema, yo queriendo ayudar y lo que gané fue que se alejara de mí.

¿Ahora, cómo podía reparar este malentendido? Santiago estaba tan decidido, que no sabía qué palabras usar. Rápidamente pensé en decirle mi verdad, pero no estaba segura de que era lo correcto, pero igual quise arriesgarme. Habíamos prometido no tener secretos y yo estaba rompiendo ese juramento.

—Mi vida, antes de que tomes cualquier decisión definitiva, quiero que nos sentemos —le quité el pantalón que iba a meter en la maleta y lo tomé de la mano.

¿Por dónde comenzar? Era mi gran pregunta con muchas respuestas, pero sin saber cuál sería la más acertada.

—Victoria, por favor dime lo que me tienes que decir, estoy cansado de tu distancia —me dijo mientras se levantaba para irse al cuarto.

—No, espera mi vida. Está bien, voy a hablar —le dije y lo volví a tomar de la mano para que se sentara a mi lado.

Tan solo respiré y dejé que en nombre del amor que sentía por él, salieran las palabras adecuadas para no herirlo.

—Quiero que sepas que cuando estoy contigo, cuando me tocas, cuando me besas, cuando estamos leyendo en la cama... —hice una pausa para no equivocarme en lo que quería expresar —Me haces vibrar de emociones, me excitas y mucho —sentía un poco de pena porque en todo este tiempo juntos, no habíamos entrado en intimidad.

Mientras hablaba, veía a Santiago para notar cómo estaba reaccionando y su



rostro reflejaba confusión.

—Lo que pasa mi vida, es que me daba temor que no pudieras responderme como hombre a causa del accidente, no sabía si ya tu parte íntima podía funcionar y no quería que sufrieras. Por eso, siempre me detenía —continúe hablando muy rápido para no dar tiempo a que me arrepintiera de lo que pensaba.

Santiago se me quedó mirando y luego soltó una carcajada que me dejó pasmada. No sabía si se estaba burlando o qué le estaba pasando por su mente. Esperé que de alguna manera dejara de reír para que me explicara que estaba sucediendo con mi comentario.

—Mi vida, era eso lo que pasaba por tu cabecita —me dijo —Y yo pensando que no te gustaba lo que te hacía sentir —continúo mientras se seguía riendo.

Se levantó y me abrazó, me sentí como una tonta. Entonces sí, le funcionaba su parte íntima y yo me había perdido de disfrutar del sexo con mi hombre en todo este tiempo.

Comencé a llorar porque me invadía la impotencia, por no haber hablado con Santiago estuve a punto de perderlo. A pesar de que nunca habíamos hecho el amor sexual, todos los días alimentábamos esa semillita dentro de nuestros corazones y descubrimos que hay muchas maneras de hacer el amor.

Santiago no me respondió si le funcionaba o no, pero con su risa me hacía entender que no le fallaba. A pesar de haber llegado cansado de su nuevo trabajo, me tomó entre sus brazos y me llevó hasta mi habitación. Fue bastante conmovedor el momento porque estaba conociendo a un Santiago diferente, fuerte, como aquel que había conocido en ese café.

Tenía aun la imagen de un Santiago frágil, en la cama de un hospital y luego aquí en casa, tras su recuperación, aun lo seguía viendo frágil, hasta hoy.

Cuando estábamos en mi habitación, Santiago comenzó a quitarse la ropa, y yo lo observaba, me conocía su cuerpo en detalles, con cada aseo que le daba mientras estaba en su recuperación. Era perfecto para mí, lo amaba demasiado, pero no veía la parte romántica que trataba de ponerle al momento desnudándose delante de mí. Traté de seguir el juego y me senté en la cama a observar.

—Mi vida, no te quedes ahí sentada, te espero en la ducha —me dijo y me dejó sentada.

Comencé a reír, Santiago había perdido la razón, pensé por un momento, pero me agradaba la sensación era muy emocionante. Me quité la ropa y me fui hasta la ducha. Cuando Santiago notó que yo había entrado, abrió la puerta y me extendió la mano para que entrara. Él ya estaba todo mojado, se secó un poco el agua con sus manos y me recostó contra la pared.

—Eres tal cual te imagine, mi vida —me decía Santiago, mientras recorría mi cuerpo con sus manos.

Jugueteamos debajo del agua y en uno de esos besos, no aguantamos más las ganas acumuladas. Aquellos juegos cariñosos, donde solo hacíamos el amor con palabras, se habían quedado atrás. Los besos debajo de la ducha hicieron volar la mente de Santiago. Me levantó y me llevó hasta su pecho, yo rodeé su cintura con mis piernas y mis brazos los coloqué sobre su cuello y ahí iniciamos esa otra manera de hacer el amor que aún no habíamos explorado.

La ducha se convirtió en testigo de cómo nos uníamos en un solo cuerpo. Fue mágico el momento, después de quedar saciados por el éxtasis, Santiago me consintió con los geles de baño y yo se lo retribuí.

—Salgamos a cenar —le propuse, mientras me colocaba una toalla en el cabello —O podemos ir a un café, sería nuestra primera salida como pareja, mi vida —continué

Santiago se quedó pensativo y en silencio por unos segundos, pero de igual manera aceptó. Me sentí feliz, cómo nos cambia la imagen cuando nos satisfacemos sexualmente. Habían pasado años y ya casi no podía recordar esa sensación de tener orgasmos tan placenteros. Mientras me vestía frente al espejo, no podía dejar de sonreír, como si estuviera frente a una amiga a la que estaba demostrando que estaba complacida.

Desde la otra habitación, podía escuchar a Santiago tararear una linda canción. Parecía un ruiseñor, me gritaba como si no lo estuviera escuchando, era muy graciosa su actitud. Para él, esto que vivíamos era algo nuevo al igual que para mí, por eso nos sentíamos como unos niños con juguete nuevo.

Después de mi recuperación de aquel accidente, hubo un tiempo en que tenía

algunas lagunas mentales, que con el tiempo se fueron dispersando. Santiago me decía que le estaba sucediendo con frecuencia, pero se calmaba al escuchar que me había sucedido igual.

—¿Estás lista, preciosa? —me preguntó Santiago, mientras se terminaba de arreglar la camisa.

—¡Qué guapo estás?

—le dije e inmediatamente me acerqué para arreglar el cuello de la camisa.

Santiago comenzó a halagarme y me hacía sentir como a una verdadera princesa. Esa compenetración que surgió después que logramos intimar sexualmente, lo podía sentir como una complicidad, era muy gratificante.

En el camino, decidíamos a qué lugar ir a pasar el rato, nos debatíamos si ir al nuevo café al lado de la farmacia o al café donde nos vimos por primera vez, así nos íbamos riendo y jugueteando como un par de adolescentes hasta que nos vimos frente a nuestro café de siempre.

Todos se alegraron al ver entrar a Santiago, me extrañó mucho esa reacción porque pensaba que, si en verdad lo apreciaban, por qué nunca fueron a visitarlo al hospital, al menos mientras estuve con él. Santiago nunca me había comentado sobre el cariño que le tenían en ese café, pero no tuve descontento al ver que les estaba haciendo falta en ese lugar, como decían los y las meseras.

Me senté en una de las mesas a esperar que Santiago terminara de saludar a los presentes, cuando de pronto entró una preciosa mujer. Todos voltearon a mirarla, era evidente que había logrado llamar la atención, pero para mi sorpresa, Santiago se acercó a ella, se saludaron y se abrazaron.

Fue un momento de mucho coraje, internamente estaba sintiendo celos. En todo este tiempo que había permanecido a su lado, no había aparecido ni un solo amigo o amiga, ni un solo familiar y hoy, de repente habían aparecido más que eso.

Me quedé mirando la escena, como un arquero esperando para darle a su blanco. Santiago ni volteó a mirarme, mientras ella lo invitaba a que tomaran una mesa para conversar. Yo, crucé mis brazos, esperando su reacción porque ya no podía seguir soportando tanto descaro.

¿Quién era esa mujer? ¿Qué papel estaba haciendo yo, en este momento? ¿Por qué Santiago no me habló de esa mujer? Tenía muchas dudas, y por la ira estuve a punto de levantarme e irme del lugar, en ese momento, Santiago se acerca con la mujer y le pide que se siente en la mesa, con nosotros. Santiago se sentó a su lado y ella comenzó a llorar y lo abrazó.

Yo le hice un gesto con mis manos para que me explicara qué estaba sucediendo. Pero el solo me pedía que me calmara y que ya me iba a explicar.

—¡Victoria, mi vida! Ella es Raquel, trabajaba conmigo en la aerolínea. No es de por estos lados, pero tuvo una fuerte discusión con el capitán y no permitió que abordara el avión donde venía —me dijo Santiago mientras continuaba abrazándola.

Ella se reacomodó en su hombro y con un tono de voz de asombro, hizo un comentario algo fuera de lugar.

—¿Mi vida? ¿Ella ahora es tu vida, Santiago? —fue bastante despectiva al decir eso.

Yo no emití ninguna palabra, solo esperé que Santiago reaccionara ante lo que estaba viendo y escuchando.

—Si Raquel, ella es mi gran amor. Después del accidente, Victoria dedicó su vida a mí —le dijo mientras extendía su mano para que le diera la mía.

Ella, quitó su cabeza del hombro de Santiago y por más que quiso disimular, se le notaba que la noticia no había sido de su agrado. Santiago se levantó y fue por unos cafés y nosotras quedamos en la mesa.

—Santiago no me había hablado de ti —le dije mientras arreglaba mi cabello con mis manos —En todo este tiempo él no recibió ninguna visita en el hospital —le hice ver que no me había separado ni un segundo de su vida.

Ella se quitó el abrigo y sus grandes senos se asomaron por el escote de su blusa. Sin duda, Raquel era una mujer muy atractiva, exuberante. Llegué a

creer que ella y Santiago habían sido más que compañeros de trabajo.

—La verdad es que si me enteré del accidente. Quise venir a verlo, pero los vuelos no coincidían —me dijo con molestia.

Santiago llegó rápidamente con las bebidas y sentó a mi lado. Tenía muchas preguntas para él y en mi rostro se dibujaba un gran signo de interrogación y él lo notaba.

Pasamos dos horas, las más incómodas que había tenido en mucho tiempo. Las indirectas de Raquel para con Santiago era muy evidente y no respetaba, mientras él hacía ver que no se daba cuenta.

Raquel comenzó a llorar nuevamente, según ella no tenía dónde pasar la noche y Santiago inmediatamente me miró. Yo me levanté y disimulé que iba al tocador, pero en mi rostro no podía ocultar la molestia que me estaba ocasionando la presencia de esa mujer.

Duré algunos minutos después de hacer varias respiraciones profundas para lograr recuperar la calma. Cuando regresé a la mesa, Santiago y Raquel estaban riendo a carcajadas, recordando viejos tiempos como él mismo lo dijo. Tomé mi bolso y sin pensarlo dos veces, dejé escapar de alguna manera mi incomodidad.

—Vamos a casa, Santiago, es tarde —le dije sin mirarla a ella.

Santiago le levantó y seguidamente ella hizo lo mismo.

—Sí, mi vida, es tarde —me dijo mientras me daba un beso —Raquel se va con nosotros a la casa, le ofrecí que pasara la noche con nosotros y en la mañana se va en el vuelo que llegue —me dijo sin esperar ninguna respuesta.

No podía con tanto descaro de esa mujer y Santiago. Se notaba que ella se moría por estar con él y mi mayor molestia fue que Santiago no me había tomado en cuenta para esa decisión. Meter a otra mujer en mi casa no estaba en mis planes y menos a una loba que pretendía comerse mi presa.

Me había quedado como el tronco de un árbol, totalmente inmóvil. Ahora que Santiago y yo habíamos intimado después de mucho tiempo, en mi mente tenía planificada una noche espectacular, pero para dos nada más.

No podía comportarme de manera grosera con la ahora invitada de Santiago,

así que decidí hacerme la que no me importaba y le seguí la corriente a Santiago.

Salimos de ahí como si fuéramos los mejores amigos, dónde yo los hacía sentir como si tuviera audífonos puestos en mis orejas, a cada comentario que me hacían yo no respondía, era como si no los estuviera escuchando.

Cuando llegamos a la casa, ella se quitó el abrigo y su bufanda. Le pedí que se alojara en la habitación de Santiago porque en mi casa solo había dos. Entré con ella para garantizar que todo estaba en orden.

—Es raro ver que aquí duerme Santi y solo están sus cosas, las tuyas no — me dijo con ironía la muy zorra.

—Es que tenemos mucha ropa entre los dos por eso cada uno usa un cuarto para eso, pero lo que más me importa es que duerma a mi lado —le dije groseramente para que se sintiera incómoda —Quedas en tu casa — puntualicé y la dejé sola en la habitación.

Salí de ahí queriendo matar a Santiago. Cuando lo vi en la cocina le reclamé el por qué había tomado esa decisión sin consultarlo conmigo y le pedí que me explicara quién era Raquel o si habían tenido alguna relación.

—Disculpa mi vida, no sabía que te ibas a molestar, pero si quieres le puedo pedir que se hospede en algún hotel —me dijo y al parecer estaba muy apenado —Ella es solo una amiga y ex compañera de trabajo.

Santiago todavía no había notado mis celos, hasta que Raquel salió del cuarto con un camisón bien corto y transparente. No llevaba sujetador y sus senos se podían mirar fácilmente al igual que su ropa interior.

—¡Qué falta de respeto, mujer! —le grité con todas mis fuerzas.

Ya no podía seguir callando mi incomodidad, esa mujer pretendía dañar mi velada y lo estaba logrando. Santiago terminó por darse cuenta de la desfachatez que había hecho al aceptar meter a Raquel en nuestra casa.

—¡Perdón, no sabía que estaban en la cocina! ¡Solo vine por un vaso de agua! —dijo mientras trataba de cubrirse con sus manos, algo que era imposible.

A Santiago casi se le salieron los ojos, viendo a ese monumento de mujer casi

desnuda. La muy descarada se fue a la habitación contoneándose. Sabía que buscaba crear una discusión entre Santiago y yo, lo había logrado, pero no del todo. Así que fui más inteligente que ella.

—Disculpa mi vida, pero creo que tu amiga hizo mal. Vamos a dormir por primera vez juntos, así que te voy a consentir —le dije mientras le daba un beso y le hacía cariñitos.

Santiago me correspondía y eso realmente me mantuvo un poco relajada. Cuando estábamos en la habitación, le pedí que me hablara realmente quién era Raquel y resultó ser la amante de casi todos los capitanes y pilotos. Eso me causó mucha suspicacia, quizás en la mente de Santiago había lagunas sobre ella, pero por la forma en que ella se comportaba, estaba segura de que también había tenido un enredo con Santiago.

—Es solo una noche mi vida, ten un poco de paciencia. Te prometo que mañana al amanecer ya ella no estará aquí, debe prepararse para regresar —me dijo mientras me pedía que me acostara a su lado.

Santiago no quiso asumir ni aceptar lo que yo estaba pensando y prefirió dejarme con la duda. No quise insistir, al final de todo su pasado había quedado atrás y lo que realmente me importaba es que siguiéramos tan unidos y que todos se dieran cuenta. Él terminó por aceptar que había sido un error haberla traído a nuestra casa, no le dejé más opciones que asumir su descaro.





## Capítulo V

Al parecer, Santiago sentía mucha pena por Raquel, en su historia, me comentaba que siempre quiso ayudarla a que fuera una buena mujer y que, dentro de todo, él la veía como a esa hermana que nunca tuvo, pero por lo visto, ella no lo miraba de la misma manera. Pero él trató de hacerme ver que esa era la forma de ser de la joven y traté de entender.

—Bueno mi vida, dejemos el tema de Raquel hasta aquí. Solo te pido que sea una sola noche, por favor —le dije mientras me sentaba en sus piernas.

—Lo que tú digas, preciosa —fueron las palabras de Santiago al verse abordado por mis besos.

La noche no iba a ser tan perfecta como la había planificado, después de ese momento tan pasional en la ducha, me imaginaba culminar con una cena perfecta, romántica, con fresa y crema para el final. La llegada de Raquel había entorpecido esa ilusión, pero ya dentro de la habitación, podíamos dar riendas sueltas a nuestra pasión.

Hicimos el amor de una manera diferente, en la cama donde las caricias y besos nos incitaban a entregarnos más. Santiago me hacía vibrar con cada movimiento que daba en forma pausada y después los aceleraba, su mirada penetrante se clavaba como una aguja de cristal, transmitiéndome la fuerza con la que me estaba amando y obligándome a cerrar los ojos para evocar que llegaba hasta tocar las estrellas.

Un gemido mío, marcó el instante para que Santiago llegara al éxtasis encima de mí, quedando agotado, goteando de sudor y dejándose caer en mi cuerpo, mientras con un tierno beso, sellaba tan intenso momento.

—Eres perfecta, Victoria. Tienes todo lo que un hombre quiere de una mujer —me susurró Santiago.

Le di un tierno beso y nos reacomodamos en la cama que hasta ayer había permanecido sola conmigo. Era nuestra primera noche, de las muchas que tendríamos. La vida nos había puesto a prueba y la superamos, regresamos de un coma por meses y aquí estábamos, amándonos.

Entre recuerdos de la manera cómo nos conocimos, y de cómo llegué hasta él en el hospital, nos reíamos sin parar. Pero, el sueño nos venció y nos quedamos profundamente dormidos, abrazados como dos gemelos inseparables.

—Mi vida —le dije a Santiago tratando de despertarlo en la madrugada — Despierta mi vida —insistí.

—¿Qué pasó Victoria, te pasa algo mi vida? —me dijo exaltado al despertar.

Me había despertado muy asustada al sentir la fuerte brisa que entraba por la ventana y los relámpagos y truenos tan fuertes que antelaban la llegada de una gran tormenta.

—¿Estás asustada por el mal tiempo, mi vida? Yo estoy aquí contigo — Santiago se levantó y cerró la ventana y se metió rápidamente en la cama para abrazarme.

No me dejó responder con su tierno beso, no me disgustaba que me callara de esa manera, era el lenguaje más acertado para generar calor y quitar los miedos, para luego terminar con la mejor conexión, haciendo el amor.

A pesar de lo extasiada que me dejaba Santiago, no pude conciliar el sueño. El viento hacía vibrar los vidrios de la ventana y me sentía muy nerviosa. Era realmente una tormenta que nos estaba acechando. Lograba dormir por unos minutos y luego despertaba, no era inusual ese mal tiempo, al menos en los meses que llevaba viviendo aquí, habíamos tenido mucha lluvia.

En la mañana, Santiago abrió los ojos y al mirarme, se dio cuenta que estaba despierta y me dio un beso de buenos días. Esperaba que, en nuestro primer amanecer juntos, el sol nos despertaría al entrar por la ventana, pero no fue así. De igual manera, fue el mejor despertar en mucho tiempo.

—Buenos días, preciosa —me dijo Santiago mientras no dejaba de abrazarme.

—Buenos días mi guapo Santiago —le dije con una ligera sonrisa.

Nos saludamos como dos enamorados que recién iniciaban una relación. De pronto, recordé a Raquel. Miré el reloj y eran las siete, ella debía irse, pero cómo con esta tormenta.

Le pedí a Santiago que saliera a hablar con su amiga y le rogué que la sacara de la casa, no la quería ver más, aunque después de la historia que me había comentado Santiago, no podía dejar de pensar en que si se había acostado con casi todos los pilotos, también Santiago pudo haber caído en su telaraña.

Santiago me dio un beso y salió de la habitación, mientras se iba colocando una camisa. Yo me quedé en la cama, cruzando los dedos para que la tormenta no fuera impedimento para que Raquel saliera de nuestras vidas.

Me recosté un rato en la cama y tomé el móvil para escribirle a mi madre, después me quedé dormida. Minutos después me desperté y aun Santiago no había entrado a la habitación. Cuando me senté en la cama, escucho que Raquel está llorando y decido levantarme para saber qué estaba ocurriendo.

Otra escena de lágrima con esa mujer manipuladora y Santiago abrazándola para consolarla.

—¿Qué está sucediendo ahora? —les pregunté esperando que uno de los dos me respondiera.

Raquel me miró y las lágrimas no le permitieron hablar, Santiago se levantó y me pidió que fuera con él a la cocina para hablar, en voz baja.

—Mi vida, sé que habíamos hablado de que Raquel debía irse, pero mientras siga la tormenta los vuelos seguirán suspendidos. No podemos echarla así a la calle, Victoria —me dijo Santiago, esperando un poco de compasión de mi parte.

Él tenía razón, pero por mi mente no pasaba compadecerme de una loba que pretendía deshuesar a mi Santiago en cualquier descuido que yo tuviera.

—¿Y por qué no se va a un hotel? —le dije para que se diera cuenta que había otras opciones menos la casa.

En el pueblo había solo dos hoteles y estaba segura de que había habitaciones disponibles, este no era un lugar muy concurrido, así que le propuse a Santiago que, si no conseguía una habitación para ella en alguno de esos sitios, se podía quedar en la casa. Estaba confiada de que así sería y por eso me sentía tranquila.

Preparé el desayuno de lo más relajada, como cualquier anfitriona que

ameniza a su invitada. Compartimos en la mesa y me sentía muy confiada que hasta hoy iba a ver a esa mujerzuela. Al rato, Santiago y ella salieron con su equipaje y yo ya estaba planificando mi largo fin de semana romántico con Santiago a su regreso.

Habían pasado horas, pero no quise marcarle a su móvil para que no se sintiera presionado, me senté en el sofá a esperar, pero ya me estaba poniendo nerviosa.

Tan solo en minutos, Santiago abrió la puerta. Me levanté para abrazarlo, pero me detuve al ver que Raquel estaba tras de él y Santiago traía nuevamente su equipaje.

—¿No me digas que es lo que estoy pensando, mi vida? —le dije a Santiago casi a punto de llorar.

—Preciosa, no conseguimos hospedaje en ninguno de los hoteles, fuimos hasta a las pensiones, pero por el mal tiempo, todo está lleno, mi vida —me dijo Santiago mientras metía el equipaje a la casa.

La cara de perversa de Raquel era de satisfacción. No me podía quitar la idea de la cabeza de que ellos habían tenido algo, ahora me correspondía asumir una promesa, la que le había hecho a Santiago si en verdad no conseguían hospedaje. Otra noche más arruinada, pensé, pero era demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Bueno, te quedarás otro día aquí, Raquel —le dije —Pero te voy a pedir que apenas reanuden los vuelos, tome uno de ellos, supongo que en tu casa estarán preocupados y no deberías demorar en marcharte —continúe irónicamente, mientras me retiraba al cuarto.

Ya no podía seguir aparentando ser la perfecta anfitriona, como lo hice en la mañana durante el desayuno, todo fue planificado porque pensé que no la iba a ver más. Pero Raquel se había tomado muy en serio mi buen trato y ahora pretendía que fuéramos las mejores amigas.

—No te preocupes Victoria, apenas pase el mal tiempo, me iré en el primer vuelo. Pero, mientras esté aquí, prometo que la pasaremos de lo más divertido —me dijo la descarada.

Santiago me miró y sonrió, pensando que yo estaba aprobando su estadía con

mucha satisfacción. Se acercó a mí y me abrazó y besó delante de Raquel y ella de lo más hipócrita nos halagó.

—Pero que pareja tan linda hacen ustedes, los envidio del amor que se tienen —nos dijo Raquel y sonrió tan falso como sus senos, pero ya que podía hacer.

Nuevamente, la huésped indeseada, se hospedó en la habitación de Santiago. Después del almuerzo, Santiago y yo decidimos salir a pasear, la lluvia se había calmado un poco, pero el mal tiempo continuaba, nos colocamos nuestros abrigos y nos fuimos, dejando a Raquel en casa.

Se nos había hecho tarde por algunas compras que no habíamos planificado y la lluvia se adelantó en el horario. Cuando logramos llegar a casa, notamos que había silencio y pensamos que Raquel había salido. De pronto me voy hasta el patio a llevar las botas mojadas y en eso escucho gemidos. Me asomo silenciosamente y veo a Raquel encima de un hombre que estaba sentado en una silla y ella con la falda levantada se dejaba manosear y besar los senos de una manera asquerosa.

No podía creer a quien habíamos metido en la casa, fui inmediatamente a llamar a Santiago y él se sintió muy avergonzado. Tuvimos que esperar que terminara la escena y nos sentamos en la sala a discutir.

—No la quiero más en la casa, mi vida. Que se la lleve ese hombre, el que trabaja en el café. Qué vergüenza —le dije a Santiago mientras me cubría la boca por el asombro.

—Te entiendo, Victoria. Te pido miles de disculpas, esto no debió ocurrir, mi vida. Fue un error de mi parte —me dijo Santiago mientras se acercaba a mí y me abrazaba.

Media hora después, la cínica de Raquel entra toda mojada, con la blusa que dejaba poco a la imaginación, mojada y sus pezones erectos. El hombre que la acompañaba nos miró y bajó la cabeza. Ella sonrió como si nada estuviera sucediendo. Yo me quedé callada y dejé que Santiago resolviera la situación que él había creado.

—Raquel, por favor, recoge tus cosas y vete de nuestra casa —le dijo Santiago, sin ningún titubeo.

Yo solo observaba muy atenta. Raquel se asombró y el hombre que la acompañaba iba a salir apresurado, pero Santiago lo detuvo.

—Richard, ¿verdad? —le preguntó Santiago para confirmar el nombre.

—Sí, trabajo en el café... —dijo el hombre.

—Sí, sé en cuál café trabajas. No creo que después de haberte acostado con una mujer, la vas a dejar sola. Ella no tiene en este momento a donde ir, así que llévatela contigo —le dijo Santiago con su voz aguda y demostrando molestia.

Raquel comenzó a llorar, como siempre sus lágrimas de manipulación. Yo no podía más con tanto espectáculo juntos, ese podía haber sido un capítulo perfecto para una novela dramática y ya no toleraba ver más a esa mujer. Me levanté de sofá para apoyar a Santiago.

—Nosotros presenciamos lo que ustedes dos estaban haciendo en nuestro patio. La falta de respeto a la que tú has llegado es intolerable, así que te pedimos Raquel, que, por favor, abandones nuestra casa —le dije, al mismo tiempo que me acercaba a Santiago para abrazarlo.

—Pero, yo no puedo llevármela a mi casa, soy un hombre casado y mi esposa me mataría. Ella tiene que quedarse aquí —dijo Richard con todo el descaro del mundo.

—O te la llevas a algún lado hasta que pueda tomar un vuelo hasta su casa o le decimos a tu esposa lo que ha sucedido esta noche aquí —le dije con voz amenazante.

Al escuchar esas palabras, Richard no tuvo más opciones que tomar el equipaje de Raquel y marcharse con ella. Alguna excusa se tenía que inventar para buscarle algún hospedaje. Ya al salir de la casa, dejábamos de preocuparnos por ella. Que zorra había resultado, si me hubiera descuidado, pudo haber sido Santiago quien estuviera sentado en esa silla en el patio, pero todo se detuvo a tiempo.

Me fui a la cocina a prepararme un té, me sentía tan molesta que comenzaba a doler la cabeza. Santiago me pidió que me fuera a la habitación.

—Ve a descansar mi vida, yo me encargo de la cena. Por favor olvida este

mal rato que he hecho pasar. Todo ha sido mi culpa por querer ayudar a Raquel a cambiar —Santiago me abrazó y me llevaba así hasta la cama.

Me cambié la ropa mojada y me recosté un rato, tratando de no pensar más en lo que acababa de ocurrir. Cuando casi me estaba quedando dormida, entró Santiago a la habitación con una bandeja.

—Para la mujer de mi vida, mi preciosa Victoria —me dijo Santiago, mientras colocaba la bandeja encima de la cama.

Una rosa roja sobresalía junto a un florero de cristal. Pan tostado, frutas picadas y un rico queso para untar y para complementar dos tazas con chocolate caliente. Mi emoción no se hizo esperar, y mi mirada lo daba por sobreentendido.

—Una rosa roja, que demuestra el amor y pasión que siento por ti, mi vida — fueron las palabras de Santiago mientras tomaba la rosa y me la entregaba al mismo tiempo que me daba un tierno beso.

—Mi vida, que sorpresa más linda. Eres un romántico empedernido y eso me encanta —le dije mientras tomaba la rosa con mi mano y me abrazaba a su cuello.

Con un movimiento de torpeza, casi tiro la bandeja al piso, pero no pasó nada grave, solo un poco de chocolate derramado. Casi arruino el momento, pero nada podía más que nuestro amor, tan sólido e inquebrantable.

Hicimos de esa noche un momento especial y la lluvia se hizo cómplice de tan bonito encuentro en la habitación. Nos dábamos la comida él uno al otro y olvidamos todo, hasta de la lluvia. Nos dejamos llevar por los besos tiernos y las caricias que se iban deslizado a través de nuestras manos por todo nuestro cuerpo.

En la mañana del domingo, me levanto para ir al baño, cuando de pronto escucho un llanto fuera de la puerta, en la entrada. Me detuve para que mis pasos y el fuerte viento no me impidieran seguir escuchando, pero creí haber escuchado mal. Cuando iba nuevamente a la habitación, volví a oír lo mismo y me acerqué con mucho cuidado hasta la puerta y coloqué mi oído lo más cerca que pude y sí, había alguien llorando. Me fui asustada hasta la habitación a buscar a Santiago.

—Mi vida, despierta. Hay alguien en la puerta de la casa, en la entrada. Se oye como si estuviera llorando, levántate por favor —le pedí a Santiago con un tono de voz muy bajo, como si escondiera de alguien.

—¿Estás segura, Victoria? ¿No será que escuchaste el silbido del fuerte viento? A lo mejor quedó alguna ventana abierta, mi vida —me dijo Santiago mientras se levantaba de la cama.

Nos fuimos caminando, yo iba detrás de Santiago. Tomé la escoba y se la entregué, de alguna manera no sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar. Santiago puso el oído para escuchar por la puerta y me confirmó lo que yo había escuchado, pero no se asustó y colocó la escoba cerca de la pared. Cuando abrió la puerta, solo yo me sorprendí, porque la reacción de él era como si esperaba encontrar lo que habíamos visto.

Al abrir, el fuerte viento nos llegaba con gotas de agua que golpeaban como si fueran piedras. El piso estaba todo mojado y debajo del corto techo que sobresalía de la casa y en la pared fría, estaba Raquel sentada, tratando de cubrirse con su abrigo que estaba empapado. Sus lágrimas se confundían con la lluvia, temblaba de frío y sus labios estaban muy oscuros.

Santiago me miró y yo no tuve palabras. Le pedí que me ayudara a levantarla. Sentí mucho dolor al verla ahí, quizás había pasado toda la noche hasta la madrugada. Raquel no podía hablar, solo lloraba y temblaba de frío.

—Mi vida, busca una cobija por favor y por agua para prepararle un té caliente, esta mujer está muy mal —le dije a Santiago bastante preocupada.

Raquel estaba indefensa y mi corazón no podía ser tan duro para no compadecerme ante su terrible situación. Inmediatamente llegó Santiago con la cobija y la abrigué mientras él preparaba rápidamente el té. Estuvimos un rato en la sala, ella se había acostado en el sofá y la temperatura normal le estaba regresando. Cuando ya estaba más calmada, comenzamos a preguntarle.

—¿Qué te pasó, Raquel? Si te habías ido con Richard —le pregunté bastante asombrada por cómo la habíamos encontrado.

—Cuando salimos de aquí, Richard me explicó que no me podía ayudar, que iba a tener problemas con su esposa y yo lo entendí. Ya había causado



demasiadas incomodidades y no quería seguir metiendo la pata —nos comentaba Raquel —me fui con el equipaje hasta la plazoleta sin saber qué hacer y cuando comenzó la lluvia, traté de resguardarme y me vine hasta aquí, pero no quise tocar a la puerta, no estaba bien —continuó con la historia mientras comenzaba a llorar.

## Capítulo VI

A Raquel se le hacía fácil comenzar a llorar, solo tenía que pensarlo y ahí estaba bañada en llanto, pero en esta ocasión le creía. Santiago estaba un poco más escéptico, nos intercambiamos los papeles, ahora era yo la que sentía la necesidad de ayudarla.

Según los reportes, la tormenta se alejaría en tan solo un día, eso iba a permitir que reanudaran los vuelos y ella saldría para siempre de nuestras vidas. Así que hice la siguiente propuesta.

—Te puedes quedar en la casa, Raquel —le dije para sorpresa de ambos.

Santiago me miró y abrió sus ojos como si hubiese dicho algo indebido.

—Las condiciones son que no puedes meter a nadie en la casa, bajo ninguna circunstancia. Por otro lado, quiero que te cubras, no quiero que andes mostrándote, quiero que respetes y que comiences por quererte —le puntalicé a Raquel.

La mujer iba asintiendo con cada una de mis palabras, aceptando con sus gestos. Santiago me miraba, como preguntándose por qué había cambiado de parecer tan rápido, ahora en su rostro podía ver que no estábamos de acuerdo y callaba. Raquel se sentó, sin dejar de abrigarse con la cobija.

—Muchas gracias, Victoria. No pensé que la ayuda iba a venir de tu parte. Necesito de la ayuda de ustedes, Santiago conoce mi historia y es algo que no he podido superar, por eso me comporto de una manera muy inadecuada, pero estoy dispuesta a cambiar y tengan por seguro que ninguno de los dos va a tener alguna queja de mí. Muchas gracias —dijo la joven mujer.

Santiago se colocó las manos en la cara y dijo muy contundentemente:

—Raquel, yo conozco a Victoria y es una mujer con un corazón enorme y muy noble, si ella te está dando una nueva oportunidad, aprovéchala —le dijo Santiago mientras me daba un beso en mi mano.

Pasamos parte de la mañana de ese domingo en la sala, hablando con Raquel y tratando de orientarla. Le permitimos que se quedara en la habitación de Santiago como acordamos y luego nos ayudó a preparar todo en la cocina.

Pasamos un domingo agradable, sin complicaciones y así el día siguiente.

Santiago llegó del trabajo, agotado y molesto. Se quejaba por la falta de responsabilidad de sus compañeros, él nunca había trabajado en un banco, pero desde el accidente, no había querido retomar su trabajo como piloto, a pesar de que la empresa lo había indemnizado.

—No voy a volver más, mi vida. Hay demasiada desorganización en esa oficina y nadie más que yo se ha quejado con el presidente del banco. Tú sabes que soy una persona que le gusta el orden y me siento estresado cada vez que llego ahí, ya no lo puedo tolerar —me dijo Santiago con voz de angustiado.

Me senté con él, a escucharlo y tenía toda la razón. En ese momento, Raquel salió de la habitación con el móvil en la mano.

—Santiago, qué bueno que llegaste. El Sr. Luis quiere hablarte —le dijo Raquel mientras le daba el equipo en sus manos.

Santiago se fue hasta la cocina, para hablar en privacidad y Raquel se sentó a esperar.

—El Sr. Luis es el dueño de la aerolínea donde trabajó Santiago, creo que le tiene una propuesta de trabajo —me dijo Raquel.

Era genial saber que Santiago iba a tener la oportunidad de volver a volar, pero el miedo me invadió al recordar que, en uno de los vuelos, pudo haber perdido la vida. Fueron sentimientos cruzados, el temor a perder nuevamente a mi ser amado y por otro lado la alegría de verlo retomar su vida y su seguridad.

Lo escuchábamos reír a carcajadas, y de vez en cuando se asomaba a la sala y me hacía señas con las manos de que todo estaba bien. Se veía feliz, risueño y mi rostro reflejaba confusión. No me sentía preparada para verlo partir y que regresara a casa cada dos días como solían hacerlo los pilotos por su rutina de trabajo.

Podía decir que se tambaleaba mi relación, ante la inseguridad que se manifestaba en mí. A pesar de que Santiago me había demostrado su lealtad, el haberme enterado que Raquel era una de esas mujeres que se acostaba con casi todos los pilotos, hacía que no dejara de pensar en cuántas de ellas no

habría en la aerolínea.

—¿Te pasa algo, Victoria? —me preguntó Raquel al notar mi cara de preocupación.

—No, estoy bien Raquel —le dije tratando de dibujar una falsa sonrisa en mi rostro.

Esperaba ansiosa que Santiago terminara la llamada y me comentara qué le habían ofrecido, hasta que rápidamente llegó Santiago con el móvil para entregárselo a Raquel. Mientras ella se fue a la habitación para continuar con la conversación que había acordado con su jefe, Santiago se sentó a mi lado y yo solo estaba esperando que me comentara lo que estaba pensando.

—¡Mi vida, me siento feliz! —me dijo Santiago mientras me abrazaba y no dejaba de besarme —El Sr. Luis me ofreció un buen paquete laboral para que regresara como piloto —parecía un niño que no cabía en la emoción.

No sabía si felicitarlo o ponerme a llorar, pero en ese momento aparté mi egoísmo y traté de que su emoción me embargara.

—¡Qué alegría mi vida! Me alegra verte tan feliz, pero ¿y el miedo que sentía de volver a volar, ya pasó? —le pregunté, tratando de buscar en él algo de sensatez en lo que hace algunos meses me había comentado sobre su miedo a volver a volar.

—Sí, ya ese miedo pasó mi vida. He vuelto a ser el Santiago de antes, ese que amaba estar en las alturas y todo ese temor ha quedado atrás, gracias a ti preciosa, gracias a tus cuidados y a todo el amor que me has dado —me dijo con toda sinceridad.

Sus palabras me dejaron desarmada, él tenía razón, era necesario vencer ese temor. Pero, cómo iba a hacer yo para aceptar que Santiago volvería a su anterior trabajo, con el peligro de esa aerolínea en siniestros. Mi mayor preocupación era perderlo, en forma física y emocional. Podía ocurrir un nuevo accidente, donde esta vez si perdiera la vida o pudiera llegar otra mujer a enamorarlo y alejarlo de mí.

Tantas cosas pasaban por mi mente, pero en todas coincidían que lo podía perder. Necesitaba ser sincera con él, buscar el momento adecuado donde pudiera expresarle mi mayor temor, perderlo.

Mientras trataba de escuchar a Santiago, mi voz interna me demandaba más atención y quedé dispersa, hasta que Raquel salió con su equipaje de la habitación.

—Victoria, Santiago, ya estoy preparada para irme. Hay un avión en la pista y me autorizaron para abordarlo. Ya voy a poder estar en mi casa —nos dijo con una voz nostálgica —Voy a cambiar de trabajo, ya he tomado una decisión y voy a hacer terapia para mejorar mi conducta. Quiero ser una buena mujer —nos dijo Raquel mientras me abrazaba.

Me alegré mucho con la noticia, en parte porque ya no estará ella como peligro en la cama de los pilotos, pero si todas eran como ellas, no habría uno si no muchos peligros en cada uno de esos vuelos, pero, por otro lado, me contentó saber que mis palabras habían logrado que cambiara su manera de pensar y que se haya decidido a cambiar.

Nos despedimos de Raquel y la vimos partir desde la ventana. Sabía que, al quedarnos solos, iba a ser mi momento para hablar de mi temor, pero Santiago no paraba de recordar y mencionar sus anécdotas de sus viajes y se veía que se transportaba y en su cara solo podía demostrar felicidad. La costumbre de tener a mi Santiago todos los días a mi lado, me daba la paz y me llenaba de tranquilidad porque ese miedo a perder de nuevo al hombre que amaba me perseguía hasta en los sueños y al parecer, Santiago no lo había notado.

—Mi vida ¿vas a aceptar el trabajo? —le pregunté y antes de esperar que me confirmara a la pregunta, continué —¿Cuándo inicias, mi vida? —se me hacía un nudo en la garganta esperando su respuesta.

Santiago al fin lo notó, al ver que no podía contener más a mis lágrimas. Se hacía evidente que no quería verlo partir, que sentía mucho dolor al pensar que pudiera perderlo.

—¿Qué pasó mi vida, por qué estás triste? —me preguntó, secándome las lágrimas que se asomaban a través de mis ojos.

—En todo este tiempo, no nos hemos separado mi vida, siento miedo a perderte, a la soledad —le dije y no aguanté más el llanto.

Santiago me tomó de la mano y me llevó hasta el patio, ahí nos sentamos al

lado del jardín que juntos habíamos construido. Me desahogué y le expresé mi mayor temor, pero no quise que se diera cuenta que también yo comenzaba a desconfiar de su amor, si con tantos días de ausencia, otra mujer de esas como Raquel, se metería en su cama. Moría con tan solo imaginarlo, Santiago lo era todo para mí.

—Mi vida, te entiendo. Yo también tengo ese mismo temor de perderte, no seas tonta. Nos tenemos, somos uno solo, nada malo tiene por qué pasar — me decía Santiago mientras me tomaba mi rostro con sus manos y me besaba tiernamente para luego abrazarme.

Nuestras miradas se nublaron, al tener esa conversación. Santiago no lo había visto de la manera como yo lo hacía. Le puse el ejemplo de que, si fuera yo la que tendría que hacerlo, entonces él sería el que estuviera triste. Cuando logró identificarse conmigo, sintió de alguna manera el mismo temor, y acordamos en que iba a hablar con el señor Luis para hacer una contrapropuesta.

—¿Qué tienes en mente, mi vida? —le pregunté con mucha expectativa ante lo que estaba pensando Santiago.

—Voy a plantearle llevar la gerencia desde la sede del aeropuerto. Así de alguna manera sigo conectado con la aerolínea y me separo de ti. No creo que se niegue, además hay oficinas vacías que puedo acondicionar —me dijo Santiago sonriendo.

Me había devuelto el alma al cuerpo con esas palabras, pero también me hacía sentir mal que por mi culpa Santiago se vaya a sentir frustrado. No quería que dejara a un lado sus decisiones y que solo hiciera lo que yo le pidiera para solo hacerme sentir bien.

—¿Estás seguro de eso, mi vida? No vas a hacer eso, solo para complacerme a mí —le dije con una mirada que transmitía algo de duda —Porque si vas a decir que sí a todo lo que te pida, me voy a poner creativa —le dije de una manera pícaro para suavizar un poco el momento.

Santiago comenzó a reírse, le pareció gracioso mi comentario y con eso dejamos la conversación a un lado. La lluvia comenzó a caer repentinamente, a pesar del cielo despejado que teníamos. Cuando me iba corriendo a resguardarme dentro de la casa, Santiago me haló por el brazo y me detuvo entre sus brazos para que nos mojáramos. Fue demasiado divertido, vernos

ahí, como dos niños jugando con los charcos que hacían en el suelo mojado.

—¿Quieres imitar la escena que vimos ayer entre Raquel y Richard? —me preguntó Santiago mientras tocaba mis pechos con su lengua tratando de imitar a un hombre sádico.

No podía parar de reír, porque era extraño ver a Santiago que era tan caballero y galante en esa posición, pero estaba logrando desencajarme y sacarme de la mente la conversación que nos había puesto tan triste.

—Déjame quitar el sujetador —le dije mientras lo hacía con la blusa mojada —para que me puedan transparentar los senos —y me lo quité.

Debajo de la lluvia comenzamos a danzar como locos, como si una música de fondo nos estuviera acompañando. Cuando comencé a temblar por el frío, Santiago intervino para tratar de calentarme. Nos faltó la silla para terminar de imitar a Raquel, pero el resto de la escena la terminamos en el baño, debajo de la ducha con una rica agua tibiecita.

Al día siguiente, Raquel nos envió un mensaje para decirnos que ya estaba en su casa, fue una buena noticia. Un rato después, el señor Luis llamó a Santiago. Me inquietaba que, ante la llamada de ese señor, Santiago siempre se alejaba para conversar, como si no quisiera que alguien escuchara la conversación.

¿Y si el señor Luis, le mejoraba la oferta para que Santiago continuara como piloto? Era una de la pregunta que rondaba en mi cabeza, pero debía confiar en lo que habíamos conversado hace poco y esperar.

Aproveché de levantarme y tuve la idea de mudar las cosas del cuarto de Santiago para el mío, así podíamos vernos más como una pareja. Cuando sacaba su ropa de una de las gavetas, me detuve por un momento y luego pensé mejor las cosas y pensé que estaba siendo muy posesiva, por lo que preferí esperar consultarlo con él.

Al instante que regresaba las cosas a su lugar, se cayó una fotografía. Era una hermosa mujer, miré al reverso y tenía una dedicatoria para Santiago, en la que le decía que lo amaría por siempre.

La foto era bastante avejentada y por la descripción que tenía de la esposa de Santiago, supuse que era ella. Me senté a detallarla y la miraba y volvía a

mirar. Me puse a hablar con ella como si estuviera presente y le juré que cuidaría a Santiago, por siempre. Parecía mentira que no había sentido celos de un recuerdo, de un pasado que, al parecer, Santiago no había podido dejar atrás y yo tampoco porque aun las fotos de Alberto estaban en cada rincón de la casa.

Santiago entró a la habitación, justo cuando le hacía el juramento a la foto de Isabel, como ella se llamaba y se sintió asombrado. Quizás se molestó por haber pensado que estaba violando su privacidad, pero no lo hizo, por el contrario, nos sentamos para hablar de ella y aproveché de explicarle cómo había llegado a esa fotografía y mi intención de que tengamos nuestras cosas juntas.

—¡Claro que sí mi vida! Esta habitación podemos dejarla para cuando venga mi suegra. Porque en algún momento la voy a conocer ¿verdad? —me dijo Santiago al mismo tiempo que preguntaba por mi madre —También la podemos tener para cuando llegue nuestro primer hijo, mi vida —esas últimas palabras las dijo muy sentidas.

Santiago había pronunciado una palabra que me afectaba mucho, tener un hijo. Con Alberto nunca pude llegar a concebir, jamás nos cuidamos para que saliera embarazada en cualquier momento y eso nunca pasó. Decidimos en ese entonces, que debía ir al especialista y justo en esas semanas, ocurrió aquel accidente. Yo estaba segura de que la causa era yo, pero no podía quitarle la ilusión a otro hombre de querer traer a un hijo a este mundo. Me puse nostálgica, pero Santiago no lo notó.

Mientras él permanecía de espaldas, tratando de arreglar el desorden que dejé en su ropa, yo me secaba las lágrimas sin que se diera cuenta. Aproveché para cambiar rápidamente el tema, porque me sentía muy afectada.

—Mi vida, cuéntame del señor Luis —le pregunté sonriendo.

—Victoria de mi vida, no sabes lo que me dijo —me hizo el comentario muy emocionado —Aceptó todo lo que le propuse. A partir de la semana entrante, soy el nuevo gerente regional de la aerolínea —Santiago comenzó a bailar como loco mientras me daba la noticia.

Me tomó de las manos y comenzamos a danzar como si estuviéramos en una tribu indígena invocando a la lluvia o al sol. Me sentí como en el jardín de



infancia, me reía a carcajadas porque Santiago me hacía girar y girar hasta que nos dejamos caer en la cama. Logramos quedarnos quietos, pero aun así no parábamos de reír. Me sentía muy bien al conocer la noticia. Ya no lo iba a tener tan lejos de mí, pero el temor que sentía a viajar en coche o en avión tenía en superarlo en algún momento.

—Ya siento que mi vida está completa mi vida, solo faltan algunos detalles que debo solucionar, pero todo a su tiempo —me dijo con una mirada de picardía.

Yo cerré los ojos y agradecía a Dios por la vida y porque cada uno de sus designios tenía una razón de ser. Santiago acomodó su cabeza sobre mi pecho y desde ahí, me preguntaba qué lugar me gustaría conocer y así nos quedamos un buen rato. Mi vida se había convertido en un manantial de amor. Comencé por darme la oportunidad de completar mis sueños de convertirme en escritora y logré culminar mi novela, pero no se puede huir de la realidad y escapar del destino.

—Fíjate, mi vida. Todo lo que tuvimos que vivir para poder conocernos, ahora no te pienso dejar ir —me dijo Santiago, casi que leyendo en mi mente lo que estaba pensando.

—Yo tampoco pienso dejarte ir, Santiago. Eres mi todo —le sonreí y me abracé a él.

Nos abrazamos y nos olvidamos de todos los inconvenientes y malentendidos de las últimas horas. Aprovechamos que la lluvia había cesado y salimos a caminar como un par de enamorados que quieren gritar su amor incondicional al mundo.

Al llegar a la plaza, nos sentamos a ver a las ardillas jugar al bajar y subir de los árboles, mientras los niños correteaban a ver si las podían alcanzar.

—¡Qué bellos son los niños! ¿Cuántos hijos te gustaría que tuviéramos, mi vida? —me preguntó Santiago, mientras sonreía al verlos pasar frente a nosotros.

Lo miré pasmada, no sabía qué respuesta dar. Esas mismas preguntas me las hacía Alberto y con nostalgia le daba la misma respuesta.

—Si es posible, los que Dios me quiera dar mi vida —esa fue mi respuesta, y

había sido la única que había podido dar en mucho tiempo.

Santiago notó que en mi respuesta había algo de melancolía e inmediatamente se agachó frente al asiento y me levantó la cara.

—Mi vida ¿por qué esa nostalgia en tu mirada? —al notar que mi voz cambió, Santiago no dudó en preguntarme eso.

—Son ideas tuyas, mi vida. Nada de nostalgia, tendremos los hijos que Dios nos quiera dar mi vida —y sonreí fingidamente, pero logré que Santiago creyera en mis palabras.

Le tendí la mano para que continuáramos caminando, así se olvidaba un poco de ese tema de los hijos que bastante afectada me tenía desde ayer. Terminamos en la heladería con dos copas con unas porciones exageradas. Dos adultos convertidos en niños, quizás es lo que pensaban los adolescentes que pasaban cerca de la mesa y nos observaban como si fuéramos unos bichos raros. No nos daba vergüenza que nos vieran, era nuestro momento de disfrutar de la vida y sonreíamos como una manera de agradecerle el estar vivos y la nueva oportunidad de conocer el amor.

Se hacía de noche y teníamos que regresar a casa, en el camino, Santiago cogió una rosa y me la entregó y podía sentir esa sensación de frescura que demostraba nuestro amor. A pesar de haber amado tanto a Alberto, con Santiago me sentía como la primera vez. Cada amor en nuestras vidas es distinto y siempre es mejor sentir que lo que se está viviendo, es por primera vez.

## Capítulo VII

—¡Te amo, mi vida! Te amo como el río ama a la lluvia, como las plantas aman al sol. Es esa necesidad de tenerte a mi lado, que cada vez que despierto a tu lado, me siento más viva que nunca —le dije a Santiago, mientras lo detenía para abrazarlo.

—Me encanta escuchar la dulzura de tu voz, mi vida y en cada palabra que pronuncias, me siento ahí, identificado con cada frase —me decía Santiago.

Y así nos fuimos enamorando más en cada palabra, hasta llegar a la casa. Nuestros días pasaban muy rápido, no a la velocidad de un rayo, pero sí sentía que no nos alcanzaban las horas.

A Santiago le iba muy bien en su nuevo cargo, los compañeros lo respetaban y se había ganado la confianza del señor Luis, el dueño. Yo decidí retomar mi escritura, pero ya haciendo libros de autoayuda para las parejas, era un tema que podía dominar muy bien.

Mi madre al fin había logrado venir a la casa y a conocer a Santiago. Para ella, nuestra historia era algo de cuentos y le fascinaba que de vez en cuando le recordara cómo había sucedido todo. Santiago logró ganarse el cariño y admiración de mi madre.

Un año había pasado, desde que Santiago inició en su trabajo. Mi novela no había sido leída por la editorial porque aun no tenía ninguna respuesta. Comencé a escribir una columna en una revista online y me iba súper bien. Raquel, me escribía de vez en cuando un e-mail para pedirme consejos sobre su nueva relación, ya llevaba ocho meses de noviazgo y era todo un éxito, según sus palabras.

Ese viernes, me senté en el sofá con una taza de té, subí las piernas y realmente me sentía muy cómoda. Pensaba en que ya tenía un poco más de un año, haciendo el amor con Santiago, tratando de concebir y nada. Era mi preocupación diaria, pero siempre buscaba una excusa que justificara el no poder quedar embarazada. Hice un silencio interior, dejé pasar los pensamientos y puse mi mente en blanco, hasta que el móvil sonó.

—Mi vida, ya casi salgo de la oficina. No vayas a preparar nada para comer,

yo compro algo por aquí. Nos vemos dentro de un rato —me dijo Santiago, sin esperar mi respuesta y colgó la llamada.

Estaría algo apurado, pensé, no imaginé nada más, era tan especial conmigo que no había ninguna razón para sospechar ni nada.

Me dolía un poco el cuello, así que aproveché la ocasión para consentirme en la ducha. Me coloqué un vestido muy fresco, hacía algunos meses que no lo usaba y sentí que era importante enamorar a la pareja. Me peiné de una manera diferente y me coloqué un suave pero romántico perfume. Cuando ya estaba lista, un tierno y amarillo pájaro se posó sobre mi ventana y comenzó a cantar, decían las ancianas del pueblo que cuando eso ocurría es porque alguna buena nueva estaba por llegar. Justo en ese momento, llegó Santiago.

—¡Eres mi buena nueva, mi vida! —le dije, mientras salía de la habitación a recibirlo, como siempre.

—¿De qué hablas, preciosa? Estas muy hermosa, Victoria —me dijo mientras se reía por mi actitud un poco infantil.

Mientras lo ayudaba con los paquetes que traía, le iba contando lo del pájaro en la ventana y lo que se decía en este pueblo sobre eso.

—Gracias, tú, aunque estés agotado, te sigues viendo muy guapo —le dije a Santiago, mientras le daba un profundo beso.

Lo ayudé a quitarse la chaqueta y mientras se iba al baño a lavarse las manos, busqué los platos y cubiertos para servir la cena. Me sorprendí de que, hasta una botella de vino, había traído Santiago. Esta cena iba para largo, pensé. Todo se veía delicioso, se me hacía agua la boca con esos raviolis en cuatro salsas y sobre todo el pisto.

—Santiago, mi vida, ya todo está listo para cenar —le dije para que se apresurara, ya tenía bastante apetito.

Cuando lo veo salir del cuarto, se había colocado un traje, que compramos para la celebración del año nuevo. Venía con una sonrisa, como si estuviera tramando algo que solo él sabía.

—¡Estás muy guapo y galante, Santiago! —le dije mientras lo recibía con un beso.

Nos sentamos y comenzamos a degustar la deliciosa cena. Conversamos sobre nuestro día y Santiago tocó un tema que no me esperaba, el futuro. Con todo lo que nos había ocurrido en nuestras vidas, habíamos prometido no hablar del futuro. Nuestro lema en la relación era vivir un día a la vez, sin condiciones ni premuras y eso era parte de nuestro secreto para vivir feliz.

Santiago estaba inspirado, no paraba de hablar del futuro de nuestra relación. Yo solo escuchaba, mientras tomaba la tercera copa de vino. A pesar de no estar acostumbrada a beber licor, me agradaba mucho su sabor y más de la compañía.

Era una noche más que perfecta, hasta bailamos esas canciones para enamorados, de pronto, Santiago me dejó parada en la sala y se acercó a detener la música.

—Mi vida, para mí, el amor va más allá de la piel, más allá de una palabra. Es esto, es complicidad, es seguridad, es confianza, es fidelidad —me decía Santiago.

—Para mí también lo es mi vida, pero ya deja de tomar tanto Santiago —le dije, preocupada porque pensaba que su sentimentalismo aumentando se debía a las copas de vino que había tomado demás.

Le quité la copa y las fui a colocar en la mesa y cuando me doy la vuelta, tuve que bajar la mirada. Santiago estaba arrodillado, con una cajita roja en su mano y extendida ofreciéndomela a mí.

—Sé que el futuro no tiene cabida, ya eso lo hemos hablado, pero quiero pedirte que te cases conmigo y pases cada noche y cada amanecer a mi lado. Quiero que me regales la dicha de llevarte al altar y que juntos, formemos una familia con los hijos que tanto deseamos —me dijo Santiago muy conmovido.

Lo estaba viendo ahí, de rodillas como un príncipe. No esperaba eso, nos sentíamos muy felices en nuestra relación, pero qué mujer no quiere casarse y tener un hogar constituido, como Dios manda, con hijos. Sí con hijos, pero eso yo no lo podía cumplir hasta ahora. Comencé a llorar, entre las palabras de Santiago y el vino, me sentía muy sensible. Pensaba en casarme nuevamente, era algo muy duro llegar a eso. Cuando me casé con Alberto, también juré amor eterno, pero hasta que la muerte nos separe y eso hizo.

Ahora sentía algo de temor por hacer nuevamente ese juramento.

—¿No quieres casarte conmigo, mi vida? —me preguntó Santiago al ver que no me salían las palabras.

Yo comencé a llorar y él se levantó y me acompañó a sentarme, para mí era una mezcla de confusión.

—Siento... siento miedo mi vida. Volver a jurar ante el altar, que amaré hasta que la muerte nos separe, me aterra —le dije mientras lo abrazaba fuertemente.

—Eso no va a pasar, Victoria. Esta vez será diferente. Dios me lo reveló —me decía Santiago con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, Santiago, no debí ponerme así. Hay cosas que aun no logro superar. Pero, ahora es a mí, a la que le corresponde hablar —le dije, mientras me colocaba de pie.

Me sequé las lágrimas y le pedí a Santiago que se volviera a colocar de rodillas como si nada hubiera sucedido.

—Sí mi vida, acepto casarme contigo para ser bendecidos ante Dios y que nuestra unión, nos haga felices de por vida —le dije a Santiago, al mismo tiempo que tomaba el cofre para sacar el anillo y colocármelo en el dedo.

Santiago se levantó y me cargó. Me hizo girar con sus vueltas, cuando se detuvo, me miró tiernamente y nos besamos. Fue una noche inolvidable, fantástica, simplemente perfecta. Cada día a su lado era diferente, me hacía reír con cada una de sus locuras, era feliz como antes, como siempre lo quise.

Nos quedamos dormido en el sofá y en la madrugada despertamos con el cuerpo adolorido. Nos reíamos porque las copas de vino habían hecho su efecto. Nos fuimos hasta nuestra cama y nos quedamos dormidos nuevamente hasta que el sol nos despertó al entrar con su luz por la ventana. Santiago fue el primero en abrir los ojos, yo desperté cuando lo escuché quejándose.

—¡Dios mío, que dolor de cabeza tengo! —decía y se colocaba las dos manos en la cabeza.

—¡Ay! Sí, mi vida, yo también tengo mucho dolor de cabeza —le dije mientras me cubría la cara con la cobija.

Comenzamos a reír, invocando a algún doctor que nos trajera una cabeza de repuesto. Ahora nos tocaba jugar para ver quién se levantaba a buscar algún analgésico. Mientras dábamos vueltas debajo de la sábana. Sonó mi móvil y Santiago y yo, nos sentamos de inmediato y gritamos al mismo tiempo.

—¡Mi mamá! —grité asombrada.

—¡Mi suegra! —gritó Santiago.

Nos miramos a los ojos y recordamos que mi madre salía en el primer vuelo de la mañana. El dolor de cabeza lo dejamos en segundo plano y nos metimos en la ducha. Rápidamente nos vestimos con ropa deportiva. Por el agite, casi termino poniéndome los pantalones de Santiago y él los míos.

En el camino, le regresé la llamada a mi madre para decirle que estábamos muy cerca, ya después tendríamos tiempo de comentarle que nos habíamos quedado dormidos por la celebración de anoche.

Mi madre ya estaba impaciente, en las afueras del aeropuerto, pero cuando nos vio llegar, se alegró mucho y se le pasó la molestia.

—¿Y ustedes, de dónde vienes con esas gafas oscuras? No está haciendo mucho sol —nos dijo mi madre a manera de burla.

Aproveché el momento para responderle solo con mostrarle el anillo en mi mano, para que se diera cuenta del por qué de las gafas. Mi madre entendió perfectamente que estábamos celebrando y nos abrazó muy fuerte para felicitarnos.

—Llegué en el momento oportuno para ayudarlos en todo —dijo mi mamá, mientras nos íbamos caminando, arrastrando su pesado equipaje hasta llegar a la casa.

Los días como siempre no duraban veinticuatro horas, eso era lo que siempre pensaba. Con todo lo de la boda, me sentía agradecida por tener a mi madre aquí.

Ya la fecha estaba lista, los amigos y compañero de Santiago no habían confirmado por el tema de los vuelos. Mi familia vendría hasta el pueblo y ya el hospedaje estaba reservado. La iglesia, el salón, pensaba en todo al mismo tiempo.

—Hija, debes calmarte. Recuerda que estoy aquí para ayudarte, no lo olvides —me dijo mi madre, tratando de que entrara en razón.

—Sí, tienes razón madre, gracias por recordármelo —le dije mientras la abrazaba.

Santiago llegaba de la oficina y también se incorporaba con los preparativos, eso nos integraba más como pareja. Una de las noches en que estuve a punto de estallar por la presión del vestido de bodas que aun no estaba listo, Santiago llegó con una noticia.

—Mi vida, esto no lo envía el presidente de la aerolínea. Es nuestro regalo de boda, nada más y nada menos que la luna de miel con los gastos pagados para las playas del Caribe —me dijo Santiago muy emocionado.

Yo me quedé callada y mi madre se me quedó mirando. ¿Boletos? Inmediatamente pensé en un avión y eso me causó un gran temor. Lo comenté y me eché a llorar aterrada.

—Mi vida, ya debes superar ese miedo, no va a suceder nada. Yo regresé para quedarme, preciosa —me decía Santiago, mientras me abrazaba.

Mi madre se levantó y también me abrazo, ambos querían darme valor para afrontar ese miedo a perder a Santiago de esa manera. Luego entré en razón, ambos nos merecíamos ese viaje, algo que por primera vez íbamos a hacer juntos.

Dejé que la tensión del viaje pasara y me concentré en lo único que hacía falta para que todo estuviera listo para la boda, el vestido. Había diseñado algo especial para mí, como lo había visto en mis sueños. Yo lo dibujé y se lo entregué a la modista y ella se comprometió a hacerlo como se lo pedí, pero me falló y el vestido era un desastre. Ya no había tiempo para contratar a otra modista, necesitaba resolver y en el pueblo no tenía muchas opciones.

—Mi vida, por qué no viajas y lo compras en la ciudad, así escoges el más parecido al que diseñaste y lo solucionas —Santiago me daba su idea.

—Santiago tiene razón, Victoria. No tenemos tiempo para lamentarnos —me dijo —Yo te acompaño.

Acepté la idea de ir con mi madre en avión para la ciudad y así compraría un



vestido a mi gusto y con las mismas características del que había diseñado como el vestido de mis sueños.

Me armé de valor y al día siguiente ya estábamos en la ciudad, pero nada me gustaba. Caminamos mucho y recorrimos las principales tiendas de trajes de novias. Cuando me estaba dando por vencida, un vestido me llamó la atención.

—¡Aquí, mamá! —le dije mientras la halaba por el brazo para que entráramos muy rápido.

Mi madre me miró y vio ese brillo de cuando te enamoras y sí, me había enamorado de ese vestido. No era para nada parecido a mi modesto diseño, pero era lo que describía a toda la decoración de mi boda. Lo pedí a la asesora y casualmente era de mi talla, por lo que no iba a necesitar alguna modificación. Todos los ahorros de Santiago y mío, se estaban yendo en esta unión, nos iba a tocar muy duro volver a recuperarnos, pero bien valía la pena.

Regresamos en el último vuelo al pueblo, y me sentía sin ningún tipo de traumas por el viaje. Mi mayor temor es saber que Santiago se encuentra dentro de un avión, pero ya lo superaré.

Santiago nos estaba esperando en su oficina, a pesar de que estaba anocheciendo, pero para aprovechar que el chofer de la empresa nos llevara le pedimos a Santiago que nos esperara. La caja del vestido era enorme, por mi mente se paseaba la imagen de verme dentro del él, nuevamente. Realmente era hermoso, especial para mí.

Santiago en los últimos días se estaba sintiendo un poco estresado. Entre la oficina y los preparativos estaba a punto de estallar, por eso el jefe le concedió algunos días libres adicionales a los del permiso de luna de miel.

Tan solo quedaban un par de días para el gran evento. Mis primas y demás familiares ya habían llegado al pueblo apenas podíamos, Santiago y yo los llevábamos a algunos lugares turísticos para que se llevaran la mejor impresión del hermoso pueblo que había escogido para vivir.

—Hija, despierta que hoy es tu gran día —me dijo mi madre.

Desperté rápidamente con la sensación de tener al lado a Santiago, pero no

era así. Él había pasado la noche en casa de uno de sus compañeros de trabajo y de ahí, se iba directamente a la iglesia.

Mi madre me había traído el desayuno a la cama y nos sentamos a conversar.

—Me siento nostálgica, madre. Me recuerdo tan emocionada el día que me casé con Alberto, jamás podré olvidarlo ni borrarlo de mi corazón, siempre estará conmigo —le decía a mi madre mientras me secaba una lágrima que se estaba asomando.

Mi madre me abrazó, entendía perfectamente lo que estaba pasando. A diferencia de mí, cuando murió mi padre, ella juró en su funeral que jamás dejaría que otro hombre entrara en ella. Fue su decisión, pero yo quise continuar viviendo.

Mientras me duchaba, iban llegando mis primas y la estilista que nos iba a arreglar. La casa se sentía muy alegre al tener a un grupo grande de personas. Santiago y yo no éramos muy concurridos, nos cuidábamos de las amistades, pero hoy era un día muy diferente.

Cuando saqué el vestido, todas murmuraban por el asombro, realmente era una obra de arte y todas se fotografiaban con él. Solo les pedí que no lo publicaran hasta que ya haya dicho el sí.

Mi peinado y maquillaje estaban muy bonitos. Mi madre destellaba de alegría y yo sentía que irradiaba felicidad con mi traje de novia. Sentía la necesidad de ver a Santiago, elegante y guapo como siempre solía estar.

La ambientación de mi boda era muy diferente y alocada. Alquilamos varios carruajes que también fueron decorados, de esa manera me iba a trasladar a la iglesia y también pasaría buscando a todos los invitados. Quería que fuera algo inolvidable y creo que planificamos algo similar.

Cuando llegamos a las afuera de la iglesia, la organizadora detuvo el carruaje. Me asusté porque pensé que algo estaba sucediendo.

—Preciosa, no puedes ingresar todavía, Santiago no ha llegado —me dijo la joven organizadora.

Por mi mente solo podían pasar malos pensamientos. Me imaginaba de todo, desde un accidente hasta haberse arrepentido de casarse conmigo, pero no

había sido así. No habían pasado ni diez minutos, cuando desde lejos, veíamos a Santiago llegar con sus compañeros.

Respiré profundo y esperamos que se organizaran en la iglesia. Cuando la organizadora nos hizo una seña, el carruaje arrancó y nos dejó frente a la iglesia. Mi primo estaba esperándome. Él sería el que me entregaría en las manos de Santiago y así fue. Cuando se abrió la puerta de la iglesia todos se levantaron, pero el momento más maravilloso, fue ver la cara de sorpresa de Santiago, estaba a punto de llorar cuando me vio, mientras yo tenía las lagrimas dañándome el maquillaje desde que me estaba bajando del carruaje.

La ceremonia inició y el padre hacía bromas como si tratara de despertar a los presentes, pero realmente solo él se reía de sus malos chistes y eso iba a ser una crítica de los invitados, como suele pasar.

Santiago y yo no nos quitamos la mirada, salvo cuando padre nos decía que teníamos que hacer algo, el amor estaba presente en cada uno de nuestros movimientos. Hasta que después de casi una hora, el padre daba por terminada la boda, declarándonos unidos en matrimonio y selló con la frase que más odiaba, el hasta que la muerte nos separe.

Salimos de la iglesia bailando, como era típico de Santiago cuando se sentía feliz, bailaba hasta hacerme reír. Los presentes nos seguían el paso al salir de la iglesia y nos lanzaban pétalos de rosas blancas, azúcar y arroz. Según ellos eso nos iba a dar mucha prosperidad y en verdad no me disgustó.

## Capítulo VIII

Ya mi presión había cedido un poco, solo quedaba la celebración y el viaje, pero mi preocupación se notó cuando recordé la luna de miel.

—¿No eres feliz, mi vida? —me preguntó Santiago al ver que estaba un poco preocupada.

Santiago se preocupó al ver que no estaba compartiendo a la salida de la iglesia. Por su mente pasaban algunas cosas como que me había arrepentido de casarme, pero realmente lo que pasaba por mi mente, era algo más superficial.

—¡Claro que soy feliz, mi vida! Eso no lo dudes jamás —le dije mientras le daba un tierno beso delante de todos los presentes —Lo que pasa es que no hice los equipajes para el viaje y hay cosas importantes que seguramente olvidaré llevar por la premura.

Santiago soltó una carcajada al ver que mi preocupación era una tontería. Yo también reí, porque el estrés me estaba llevando al borde la locura y fue en ese momento que caí en cuenta de que no era el momento para preocupaciones. Me solté un poco y decidí disfrutar.

¿Quién iba a pensarlo? A mis veintiséis años ya tenía mi segundo matrimonio. Para los que no sabían mi historia, podrían juzgarme al decir que no he sido una buena mujer o que no duro con nadie, pero realmente era viuda y ahora la vida me premiaba con un nuevo esposo, que también era viudo. Pero ya bastaba de tanto pensar.

—Toma mi mano —me dijo Santiago.

—¿Sólo tu mano? ¿Y el resto del cuerpo? —le pregunté con una sonrisa pícaro.

—Más tarde tendrás todo de mí —me dijo con picardía.

Le di la mano y nos fuimos hasta el carruaje. Nuestros rostros solo reflejaban alegría y eso lo transmitíamos a todos los presentes. Nos fuimos bailando dentro del carruaje y casi nos caemos cuando el chofer frenó de golpe. No paramos de reír, teníamos muchas anécdotas que habían surgido desde los

preparativos hasta lo que estaba sucediendo en el momento.

Cuando llegamos a la entrada del salón, todos estaban afuera esperando, pero ¿no se supone que nosotros los recibiríamos a ellos, en vez de ellos a nosotros? me pregunté.

—No estoy entendiendo, mi vida ¿Qué hacen ellos aquí? —le dije a Santiago riéndome.

—Creo que se han vuelto locos, mi vida, pero no avisaron —Santiago soltó una carcajada con su comentario.

Nos bajamos del carruaje, con la sonrisa a flor de piel. Yo no podía parar y mientras los invitados nos saludaban y continuaban felicitando, nosotros nos mirábamos y nos reíamos de cada tontería que veíamos o que nos pasaba al momento.

La celebración había iniciado y Santiago permanecía a mi lado en cada instante. Sus palabras de agradecimientos habían sido muy emotivas, aunque después que había logrado sacar algunas lágrimas a los invitados, finalizó con una de sus anécdotas jocosas y todos terminaron riéndose.

Tanto familiares como amigos quedaron satisfechos con la fiesta. No hubo ningún tipo de quejas, salvo que el vino estaba un poco caliente, pero obvio que ellos no sabían tomarlo porque la temperatura correcta era la ambiente y así se había servido, solo fueron dos o tres personas, así que matemáticamente no era un número representativo.

Mientras compartía con mis primas en su mesa, veía a Santiago mirar su reloj y decidí acercarme.

—Son las cinco de la mañana, mi vida. Creo que deberíamos fugarnos, para no perder la tradición de los novios —me dijo Santiago mientras me guiñaba un ojo.

—Tienes razón, vamos y así empacamos. El vuelo es a la ocho y tenemos poco tiempo, mi vida —le volví a mencionar lo del equipaje y Santiago se sonrió.

Le hicimos señas a mi madre para que se acercara y así poder despedirnos de ella. La dejamos encargada de la casa y necesitábamos darle algunas

indicaciones. Nos dio su bendición y nos pidió que disfrutáramos de la luna de miel.

—Muchas gracias, mamá Carmen —le dijo cariñosamente Santiago a mi madre —Trataremos de traer concebido a su nieto —continuó diciendo.

—Dios te oiga, hijo. Váyanse pronto —nos dijo mi madre.

Tratamos de irnos clandestinamente, pero siempre hay un invitado que quiere robarse la escena y de pronto:

—¡Se van los novios! —dijo uno de ellos, pero no pude reconocer la voz.

Nos quedamos paralizados, como si nos hubieran descubierto con las manos en la masa ante un robo. En ese momento, todos comenzaron a aplaudir y no tuvimos más opción que saludar y con una sonrisa como si estuviéramos ambos en un concurso de belleza, nos fuimos acercando a la salida, hasta irnos a la casa.

Mientras Santiago se cambiaba el atuendo, yo iba metiendo las cosas en las maletas, tanto la mía como la de él. Cuando apenas estaba listo, me reemplazo mientras yo me colocaba mi prenda para el viaje.

—Parecemos unos recién casado, preciosa. Me dijo Santiago, bromeando como siempre —y se iba riendo mientras arrastraba los equipajes hasta la puerta.

Cuando se regresó, me levantó entre sus brazos y me juró amor eterno, como lo había hecho hace algunas horas en la iglesia delante de toda la gente que apoyaba nuestra unión. Santiago me había sorprendido mucho, aparentaba ser un hombre muy serio y en verdad lo era cuando lo ameritaba el caso, pero casi siempre estaba riendo y me contagiaba con su alegría.

Llegamos al aeropuerto y Santiago se sentía extraño, así lo pude notar. No quise comentarle y preguntar qué le sucedía, pero él se acercó con toda confianza.

—Siento cosas en el estómago mi vida, no he subido a un avión en mucho tiempo —me dijo Santiago con su cara bastante descompuesta por el malestar.

—¿No serán tus vísceras, mi vida? —le dije tratando de hacerlo reír un poco.

Sabía que estaba nervioso, yo también me sentía así, pero necesitaba darle la seguridad de que lo estaba apoyando, así que debía hacerme la fuerte. Saqué mi móvil y comencé a tomarle fotos, tratando de que se olvidara un poco del asunto y lo había logrado, hasta que llamaron a abordar. Cuando nos subimos, Santiago me tomó la mano. Coloqué mi cabeza sobre su hombro hasta que el avión despegó. No voy a negar que, si hubiera tenido la oportunidad de irme caminando, lo hubiera hecho, pero no hay nada como llegar a un destino en avión.

Saqué los audífonos y lo compartí con Santiago. Eso lo ayudó a dispersar la mente a pesar de que estuvo callado durante el vuelo.

—Mi vida, llegamos muy rápido ¡Despierta! —le dije a Santiago mientras le daba un beso.

—Estoy despierto, esposa hermosa. Solo que estaba callado —me dijo sonriendo.

Sabía que estaba despierto, pero quise sacarle una sonrisa para alejarlo de la tensión que tuvo en todo el viaje. Un rato después, nos bajamos del avión y podíamos sentir cómo el sol nos abrazaba, el ambiente tropical era maravilloso, las personas del lugar vestían con muchos colores y daba un toque de alegría.

Llegamos al hotel y la hospitalidad de los empleados fue estupenda, el señor Luis se había ganado el cielo con ese regalo de luna de miel. La habitación era soñada, con una cama gigante y una vista espectacular hacia la playa. Había viajado mucho con Alberto, pero no a la playa, siempre eran zonas montañosas y frías.

—Disfrutemos de todo esto, esposa mía. Lo merecemos —me dijo Santiago mientras se acercaba a mí y me abrazaba por la espalda y me daba unos besos muy suaves en el cuello.

—Este lugar es un paraíso, esposo mío. Me siento como Eva —le dije mientras me giraba a besarlo.

—Si te sientes como Eva, permíteme ser tu Adán —me dijo Santiago mientras me tomaba entre sus brazos y me llevaba hasta la cama —Adán y Eva estaban sin ropa en el paraíso, así que te voy a ayudar a recrear esa

escena mi vida —me decía al mismo tiempo que me iba quitando la ropa — Voy a ponerte un bebé en tu vientre en este viaje, mi vida. Es lo que más deseo —era lo que más anhelaba.

Comenzamos a jugar a quitarnos la ropa y terminamos haciendo el amor en aquella cómoda cama. Inmediatamente nos activamos para ir a tomar el sol. Las palabras de Santiago sobre dejarme embarazada durante el viaje se hicieron muy sentidas. En mi mente no dejaba de pedirle a Dios que me concediera esa oportunidad y mantenía la idea de que así iba a ser.

Nos colocamos nuestras ropas de baño y nos fuimos hasta el malecón.

—Aquí mi vida, tomemos estas sillas debajo de la palmera. La brisa y el sol combinan muy bien con el mar —le dije a Santiago, mientras colocaba la toalla encima de las sillas.

Santiago estaba dedicado a decir que sí a todo lo que yo le planteaba. Me tenía un poco mal acostumbrada con eso, pero me agradaba mucho. Entre eso y todos los besos que me daba, tenía asegurada una excelente luna de miel.

Mientras estábamos tomando el sol, los meseros nos traían unos ricos cocteles, con una base de coco y piña que lo hacía muy exóticos en cuanto al sabor. Un rato después una hermosa pareja se acerca nosotros y nos ofrecen un masaje. No nos pudimos negar a esos placeres, así que nos entregamos a las manos de unos extraños pero que eran muy profesionales y supieron hacer muy bien su trabajo, tanto que nos quedamos dormidos en las sillas de extensión.

Cuando despertamos, parecíamos unos camarones. Quedamos con la espalda y todo lo que se encuentra en nuestra parte de atrás rojo. Nos dio una insolación terrible, tanto así que cuando llegamos a la habitación, no pudimos ni tan solo sentarnos en la cama.

Mucha crema fría, era el consejo de mi madre, tras reírse a carcajadas mientras le comentábamos por el móvil de lo que nos había sucedido. Al final, los culpables habíamos sido nosotros, que por culpa de lo relajado que quedamos con esos masajes y trampa de los cocteles que, a cuenta de ser suaves, terminamos por tomar más de seis.

Solo besos nos pudimos dar esa noche, dormimos boca abajo, pero eso no



impidió que nos riéramos de nuestra locura de bienvenida.

Al día siguiente, tomamos precaución. Compramos un protector solar bastante alto y en vez de seis cocteles, lo bajamos a cuatro. Era difícil resistirse a su sabor y esta vez, pretendíamos disfrutar. A pesar de sentir un poco lastimada la piel por la insolada de ayer, Santiago y yo nos metimos en el agua. Nos fuimos tomados de la mano, aunque yo había soñado con que, en ese momento, él me llevara cargada para sumergirnos, pero en vista del dolor por la quemadura de ayer, eso no iba a pasar, al menos no por unos días.

Pensaba que el señor Luis sabía lo que hacía al haber escogido este destino, era perfecto para las parejas. Por donde mirabas se respiraba amor, pero ninguno como el de nosotros, tan verdadero.

El agua estaba muy tibia, daban ganas de hacer muchas cosas no permitidas, pero todos nos veían o al menos era la sensación que teníamos, lo que no podíamos dejar de hacer, era besarnos. La conexión era única en ese momento, nos adentramos hasta que nuestros cuerpos flotaran y comenzamos a tocarnos debajo sin que se pudiera notar en el exterior. Con un lento acercamiento y la gente observando, hicimos ver que jugábamos mientras en realidad hacíamos el amor, suave, despacio.

Así transcurrieron los días de luna de miel, donde Santiago y yo salíamos a disfrutar del lugar, pero apenas teníamos la oportunidad, nos escapábamos para hacer el amor y de esa manera poder hacer el trabajo de buscar embarazarme. La dicha de la luna de miel en ese hermoso lugar había terminado y el día de regresar a la casa había llegado.

Fueron unos días mágicos que guardaré en mi memoria como un álbum fotográfico que describiré en la columna de la revista o en la próxima novela que decida escribir, será una historia genial, pensé.

Mientras estuvimos en el vuelo de regreso al pueblo, Santiago estaba totalmente relajado, su temor había terminado y eso era un motivo para alegrarme.

Después de un clima tan tropical, regresamos al frío que ya extrañaba. Mi madre se había ido, pero nos había dejado una linda nota de bienvenida. Después de una gran satisfacción, llegaba el momento más fastidioso del

momento, desempacar.

—Anda mi vida, desempaca tú y yo preparo la cena, por favor. En el viaje a todo le decías que sí —le pedía a Santiago, tratando de quitarme la responsabilidad de eso.

—Eso fue en el viaje mi vida —me dijo Santiago sonriendo mientras se iba a la cocina a preparar la cena.

Me senté en la cama y no tuve más opción si no la de desempacar, pero en cada ropa podía sentir el aroma del mar y de lo tropical como el coco y lo exótico de la piña. Cerré los ojos y podía escuchar el sonido de las olas del mar, era maravilloso dormir y despertar con la brisa, asomarse al balcón y observar el vaivén de las olas, pero sobre todo verlo a él, a Santiago dormir a mi lado como mi esposo.

Ya cuando estaba terminando de sacar todo, se acerca Santiago para traerme la cena a la cama.

—Mi vida, creo que ya logramos encargar a nuestro bebé porque tuve este antojo que preparé —y me muestra su sorpresa.

Había preparado unas tostadas francesas con unas fresas picaditas y chocolate caliente. Inmediatamente reaccioné a su comentario un poco incomoda.

—Mi vida, es demasiado pronto para saberlo. Ya deja de pensar en eso y deja que la naturaleza haga de lo suyo. No hagas presión mi vida —le dije haciéndole ver que ya el tema era muy incómodo para mí.

Santiago tampoco notó en mi voz la diferencia, él estaba concentrado en degustar lo que había preparado. Yo también me puse cómoda y olvidé el comentario del bebé. Estaban muy deliciosas las tostadas, algo muy diferente a lo que habíamos comido en la playa. Hacía falta el pueblo, hacía falta la casa.

La noche había llegado tan pronto, que no nos dimos cuenta de que el sol se había ocultado. Nos acostamos muy cansados por el viaje y nos quedamos dormidos rápidamente. En la mañana siguiente, todo había vuelto a la normalidad. Santiago en su oficina, yo escribiendo y el deseo de tener un hijo iba creciendo.

Después de una semana en la casa, salí a comprar un test de embarazo ya que tenía cuatro días de retraso. Eran pocos, pero para mí era una esperanza maravillosa porque nunca se me había retrasado la menstruación, pero cuando tomé la muestra, a pesar de que mis esperanzas estaban a flor de piel, los resultados tristemente dieron negativo y al día siguiente mi periodo bajó. Así pasaron los meses y el bote de la basura se llenaba de cajas de test con resultados que no eran favorables.

Santiago ya se estaba preocupando al ver que hacíamos el amor con más frecuencia y nada, no lográbamos concebir, ese embarazo no llegaba. Pero, él no me juzgaba, no me echaba la culpa, en todo momento me hacía sentir bien y siempre que veíamos los resultados, me abrazaba y me decía que para el próximo mes tal vez. Eso para mí era un alivio, porque sentía mucha presión, pero también me hacía sentir su apoyo.

Algo me decía que la culpable era yo, que algún defecto tenía dentro de mi útero, que no me permitía dar hijos y me entristecía porque sabía cuando Santiago lo anhelaba y para mí como mujer era muy importante lograrlo.

Los meses pasaron y nada, hasta que una decisión que no me fue consultada, casi me deja pasmada.

—Hola mi vida —me dijo Santiago cuando me llamó al móvil —me recomendaron a un especialista y ya pedí una cita para que vayamos juntos, Vitoria. Necesitamos saber qué está sucediendo —con mucha seriedad me hizo el comentario.

Tantas cosas pasaron por mi mente en ese instante que se me nubló todo, pero la insistencia de Santiago preguntando si lo estaba escuchando, me hizo reaccionar.

—Sí mi vida, te estoy escuchando. Qué buena noticia ¿Para cuándo es la cita con el especialista? —le pregunté, mostrando interés en lo que acababa de informar.

—Dentro de dos meses, porque tiene muchos pacientes, mi vida. Pero dentro de un mes pueden suceder muchas cosas y a los mejor Dios nos premie con ese bebé que tanto anhelamos —me dijo muy emocionado.

La conversación terminó en ese momento porque a Santiago se le había

presentado una emergencia en la oficina y yo me quedé muy preocupada. Estaba muy cerca de saber qué pasaba conmigo, si es que era infértil y no podía nunca tener hijos. Llamé a mi madre para desahogarme y hacerle sentir que la preocupación y el desespero que había vivido con Alberto estaba de vueltas con Santiago.

—Ten fe hija, ten mucha fe. Los designios de Dios son incomprensibles, solo él sabe por qué hace las cosas —me decía mi madre, pero sus palabras me llenaban de más frustración porque ella sonaba a que tenía que resignarme a no ser madre.

Traté de hacerle ver que agradecía sus palabras, pero, por el contrario, no era lo que quería escuchar. Después de darme la bendición y dejarle saludos a Santiago, mi madre colgó la llamada. Yo quedé como huérfana, vacía, esperando recibir una palabra de aliento. Si tan solo existiera alguna pócima, pensaba, todo esto se solucionaría pronto.

Santiago y yo, a pesar de estar sólidos en nuestra relación, nos tambaleábamos en la búsqueda de un hijo que consolidara nuestro hogar. Ahora el miedo que tuve de perderlo al subirse en un avión había cambiado por el no poder darle un hijo y eso no me dejaba pensar. Busqué por internet muchas alternativas y comencé a tomar cada brebaje que recomendaban por todo un mes, pensando que iba a tener éxito, pero no logré nada más que descomponer mi estómago por cada mezcla rara que debía preparar. Solo quedaba esperar la consulta de ese especialista y aceptar la realidad que me había marcado la vida, la de no poder tener hijos. Mi mente ya se había resignado a seguir intentando, pero no podía dejar que la llama del amor se fuera apagando y necesitaba refugiarme en Santiago y hacer que cada vez que hacíamos el amor, esa semillita iba a quedar implantada dentro de mí, entonces caí en cuenta que a fe aun seguía en mí.



## Capítulo IX

Una semana después, Santiago tuvo que viajar a la ciudad para entrenar a un nuevo gerente y yo no quise acompañarlo porque estaba muy ocupada con la columna de la revista y la nueva novela que desde hacía un corto tiempo estaba escribiendo. Mientras estuve sentada frente a la laptop, tratando de inspirarme en plasmar en mi novela a cada rincón del lugar donde pasamos la luna de miel, llegó un e-mail a mi cuenta, pero estaba tan concentrada que no le di mayor atención.

Me levanté por un momento y tomé el móvil para saber si ya Santiago estaba de regreso al pueblo. Mientras hablábamos le pedía que me trajera las galletas de chocolate que tanto me gustaban, esas que preparaban en la pastelería de Javier, mi primo.

Santiago aprovechaba cada vez que hablábamos para recordarme lo mucho que me amaba y me recalca la importancia de que tuviéramos un hijo, por lo que me volvía la desesperación por colgar la llamada, cada vez que se ponía intenso con ese tema. Justo cuando me iba a despedir. Me senté nuevamente frente a la laptop y abrí el e-mail que había llegado e inmediatamente reaccioné.

—Mi vida, ya va. Espera, por favor —le decía a Santiago en alta voz, tratando de consentir lo que estaba leyendo —No lo vas a creer, yo no lo puedo creer —le repetía varias veces.

—Pero ¿qué sucede, Victoria? Me estás poniendo nervioso me estas preocupando —me decía Santiago.

Al ver que no reaccionaba, se molestó y comenzó a gritar mi nombre, hasta que logró sacarme del shock en el que me encontraba.

—Discúlpame mi vida, es que... es que me escribieron de la editorial. Me aceptaron la novela —le dije a Santiago mientras comenzaba a llorar.

Santiago no cabía de la alegría, en cambio yo no paraba de llorar, pero cualquiera que me estuviera observando, diría que no me alegraba la noticia, fue una forma extraña de reaccionar.

—¡Qué buena noticia mi vida! Te felicito, preciosa —me dijo Santiago.

Mientras me alababa, yo leía y releía el e-mail. Era difícil creer que después de tanto tiempo, alguien de la editorial logró leer mi novela y lo mejor es que le haya parecido un total éxito, como me lo había hecho sentir en el correo. Uno o dos años, no recuerdo el tiempo, solo sé que esta vez, estaba actuando a mi completo favor

¡Luces, cámara y acción! Es lo que iba a sonar para mí en adelante. Cuando se venda la primera copia, la segunda y así hasta convertirse en un bestseller. Estaba siendo bastante ingenua al pensar que todo iba a ser tan fácil, pero quien dijo que la vida era fácil, nadie. Unos minutos después que había llamado a mi madre para compartir mi felicidad y que ya me había calmado un poco la emoción, decidí responder.

Agradecí por haberse tomado el tiempo necesario para esta respuesta favorable y por supuesto que pedí instrucciones para los próximos pasos a seguir. Inmediatamente llegó la respuesta con las pautas y todo era tan rápido que no aguantaba las ganas que Santiago llegara para que me apoyara con eso.

Al fin una buena noticia en medio de tantas preocupaciones, no cabía de tanta emoción. En esa novela le hacía homenaje a un gran hombre, que había luchado entre la adversidad para salvar muchas vidas en cada rescate y por supuesto hablaba en el capítulo final sobre las ironías de la vida, donde él no tuvo a nadie que lo salvara. Ese gran hombre, era Alberto, mi primer esposo.

Cuando Santiago llegó a la casa me trajo flores, rosas rojas, como ya me tenía acostumbrada y para completar la celebración, una excelente botella de vino y lo que le había pedido, mis galletas de chocolate.

—¿Dónde está mi escritora estrella? —llegó preguntando Santiago mientras me entregaba mis rosas, colocaba las demás cosas en la mesa y me levantó para girarme como lo hacía al sentirse feliz.

—¡Aquí estoy mi vida, estoy feliz! —le dije y dejé escapar algunas lágrimas por la emoción.

Nos sentamos a conversar y le mostré el e-mail que me habían enviado de la editorial. Santiago se sentía muy orgulloso de mí y me lo hacía sentir con

cada palabra y con cada beso. El tema del bebé había pasado a un segundo plano, por lo menos esa noche era lo que pensaba.

Santiago y yo celebramos toda la noche. No me dejó beber más de dos copas de vino, tratando de cuidar mi dieta por si ya había un bebé dentro de mí. Era difícil sacar esa idea de su cabeza hasta que realmente supiéramos lo que estaba sucediendo en mi cuerpo. Pasamos la noche de ese viernes escuchando música y jugueteando a que había llegado el día del bautizo del libro.

Al día siguiente, cuando estábamos a punto de salir a compartir una tarde diferente como solíamos hacer los fines de semana, llaman a la puerta y es Santiago quien va inmediatamente a abrir, mientras yo terminaba de vestirme.

—¡Raquel! —gritó Santiago emocionado.

Raquel se había hecho una buena amiga de la familia. Habíamos logrado con consejos y su buena disposición que se convirtiera en una buena mujer. Pero por un tiempo largo, habíamos perdido la comunicación con ella. Terminé rápido de vestirme y salí rápido para recibirla con Santiago.

Ya la había hecho pasar, y estaba acompañada de un apuesto joven que presentó como su esposo. Me daba mucha alegría que su vida esté completa y limpia, se veía muy diferente, era la imagen de una mujer renovada y celebraba junto a Santiago su nueva vida.

—Amigos, gracias por recibirme. Vine a darles una noticia —nos dijo Raquel mientras tomaba de la mano a su esposo.

—¿Otra sorpresa? —pregunté sonriendo, ya que la primera había sido que se había casado.

—Sí, mi bella Victoria ¡Estoy embarazada! —gritó Raquel.

Santiago se levantó para abrazarla y felicitarla. A mí me entró una tristeza muy grande, que hizo que mi sonrisa se desdibujara sin poder ocultarlo. Sentí envidia y no podía describir si era mala o buena, solo era envidia. Las dos teníamos casi la misma edad y ella apenas se había casado y logró lo que yo he buscado por años. Santiago se dio cuenta de mi tristeza, y se hizo solidario con su mirada. Me levanté y la felicité, pero no con la euforia como quizás lo esperaba.



—¿Y ustedes, para cuando encargan al bebé? —preguntó el esposo de Raquel.

—No hemos podido embarazarnos todavía, pero seguimos haciendo el trabajo —le respondí sonriendo.

Santiago busco unas bebidas en el refrigerador y una taza de chocolate para Raquel, de esa manera brindamos por la buena nueva y yo aproveché de comentar sobre el lanzamiento de mi novela, de esa manera tendríamos un nuevo tema de conversación.

Finalmente decidimos quedarnos en casa para seguir compartiendo con la visita, pero no tardaron mucho porque habían venido al pueblo en coche y el camino era un tanto peligroso en la oscuridad.

Santiago al ver que me sentía muy susceptible, colocó una canción de las que escuchábamos cuando recién nos casamos. Recordando viejos tiempos, nos pusimos a bailar como locos sin parar y esa noche, Santiago me hizo el amor sin mencionar que estábamos buscando un bebé, como desde hace tiempo lo venía haciendo. Fue sin presión, sin esperar nada, solo hicimos el amor como antes y así nos pasó el fin de semana.

—Mi vida, ya me voy a la oficina. Recuerda que mañana es la cita con la especialista —me dijo Santiago, mientras me daba un beso y se marchaba.

El especialista, lo mencionaba y no dejaba de darme vueltas en mi mente. Ya no podía poner excusas, yo también estaba preocupada y era el momento de saber qué pasaba. Decidí despejar mi mente, en lo que sabía hacer siempre, escribir.

Me senté en la laptop y me puse a redactar un artículo de ayuda para las parejas, cuando no han podido lograr embarazarse. Fue bastante largo, realmente plasmé mi historia como un desahogo, no hablaba de ninguna ayuda, solo de mi experiencia. Decidí borrarlo, pero me había servido como una terapia en la que logré sentirme un poco mejor.

Casi al final de la tarde, recibí una llamada del consultorio del especialista, notificando que se había cancelado las citas y por motivos ajenos a su voluntad y que pronto estarían contactándome para reprogramar una nueva fecha.

Era extraño todo, en dos oportunidades la vida me alejaba que fuera a verme con algún médico que me diera razones de mi mal. Y siempre sucedía cercano a la fecha de la consulta, pero como recordé las palabras de mi madre, en las que decía que tenía que confiar en los designios de Dios.

Apenas llegó Santiago, le comenté de la llamada que me hicieron, lo sentí triste con la noticia y nos sentamos a conversar.

—Lo lamento mucho mi vida. No he podido darte un hijo y eso me tiene frustrada. No sabes todo lo que he sufrido en este tiempo. Todos los meses me hacía un test de embarazo sin que lo notaras y cada vez que miraba los resultados negativos me lanzaba en el piso a llorar. Estoy seca mi vida, estoy seca —le decía a Santiago mientras me abrazaba a su cuello y lloraba.

—No digas eso mi vida, no estás seca. Tú estás llena de amor. Si no podemos concebir un bebé, entonces vamos a adoptar, pero no quiero verte triste jamás. Nuestras vidas nunca se habían llenado de tristeza. No quiero que llores nunca, mi vida —me dijo Santiago, mientras lloraba a mi lado y me abrazaba y me besaba demostrándome su apoyo y solidaridad.

Decidimos ese día que ya no íbamos a tocar ese tema. Que cuando lo consideráramos necesario, buscábamos ayuda para una adopción y con eso completaríamos a nuestra familia soñada. Lo vi como una solución que no estaba en mi mente, pero me alegraba que haya sido Santiago el que lo propusiera.

El tema del bebé se había calmado, ya no le hacíamos ninguna mención. Lo que estaba vigente era el lanzamiento y bautizo de mi novela. Faltaban pocas semanas, la elección de la portada me había limitado un poco, todos los diseños eran realmente buenos y entre Santiago y yo tomamos la decisión que creímos que se identificaba con el título de la novela.

—Mañana es el gran día mi vida —le dije a Santiago ese domingo mientras preparaba el desayuno.

—Sí, preciosa. Lo tengo presente cada segundo Tienes todo listo, ¿verdad?  
—me preguntó Santiago.

—Sí, mi vida. El vestido, los zapatos, el discurso... todo está listo para mañana —le dije a Santiago.

Sentía mariposas en el estómago, los nervios comenzaban a apoderarse de mí. Me senté con Santiago para ensayar el discurso y las palabras se me olvidaban. Necesitaba sentirme segura, al final era mi novela y solo yo sabía de qué se trataba todo y cómo llegué a su principio y final.

En la mañana, Santiago me despertó con el desayuno en la cama. Era raro verlo un lunes temprano en la casa, pero había notificado en su oficina el motivo por el cual iba a aceptar, hasta algunos de sus compañeros que casi eran parte de nuestra familia, se habían comprometido a ir al evento.

Mi madre no había podido venir, pero como iba a ser televisado, ella estaría pendiente para verme y grabarme, al igual que mis primas. Ya desde temprano estaba recibiendo bendiciones por mensaje a través de mi móvil, me daban ánimo y valor. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados, entre felicidad y temor a que las cosas no salieran como la editorial lo había planificado.

Llegamos al salón y todo estaba dispuesto como lo había enviado en la maqueta por internet. Rosas rojas, la foto de la portada de la novela en todos los tamaños y mi nombre en una gigantografía. Me sentía grande, como una de esas escritoras con mucho éxito y entré saludando a todos los presentes.

Las cámaras comenzaron a encenderse, uno de los representantes de la editorial me presentó ante los invitados y comenzaron con el resumen de la novela. Después de un largo recorrido por mi vida, me llaman para que diga mi discurso.

Todos comenzaron a aplaudir, era grandioso ver cómo se levantaban de sus asientos. Santiago no dejaba de grabar y estar con una sonrisa que me daba más valor. Cuando recuerdo que había dejado el papel con el discurso que tanto había ensayado sobre la mesa, pero ya no podía hacer más que asumir y hablar desde mi corazón.

Había casi cien personas, todo un éxito había resultado la convocatoria a través de las redes sociales. Cuando todos tomaron asiento, decidí comenzar.

—Buenas noches a todos los presentes —así comencé, con esa oración.

Cuando pronuncié esas palabras, se me nubló la mente. De tanto haber ensayado, las palabras las tenía todas desordenadas en mi cabeza. Pensé en

que todo había llegado hasta ahí. Tenía la presión de las cámaras y de los organizadores de la editorial encima de mí. Pero algo me salvó de caer en el ridículo. Tomé una copia de la novela y estaba la foto de Alberto, como lo había solicitado y gracia a él, las palabras llegaron a mí.

Después del saludo inicial, les conté parte de la historia que me inspiró a hacer la novela. Para todos, mis palabras eran muy conmovedoras, podía ver lágrimas en los rostros de algunos presentes. Continué sin improvisar, con mi verdad, con mi corazón hasta llegar al final, siempre resaltando el nombre de Alberto y su labor. Todos me aplaudieron y me felicitaban por lo que le estaba entregando al mundo. Puntalicé con la invitación para que todos compararan una copia y le llevaran a sus familiares con mi firma y pasamos casi todo el día ahí, compartiendo firmando y tomando las fotos.

Las cien copias se lograron vender, el representante de la editorial me felicitaba y no se extrañaba de la receptividad de los invitados. Conversamos y me habló de solicitar con mi autorización cien copias más para los pedidos que tenían por la página web y por supuesto que acepté.

El señor Luis me sorprendió al enviarme un gran ramo de flores al evento, felicitándome por la novela y solicitando una copia firmada por mí. Santiago le había comentado, pero nunca pensamos que iba a tener ese detalle tan bonito.

Todo había terminado ese día, llegamos a la casa muy cansados. Ya no podía con más entrevistas y la mano me dolía de tanto escribir dedicatorias y firmar, pero fue un momento único e inolvidable del que me tenía que acostumbrar.

Santiago no dejaba de abrazarme y decirme lo orgulloso que se sentía de mí. Mi madre llamaba como loca, pero estaba atendiendo varias llamadas a la vez, hasta que decidí poner orden y por atender por orden de preferencia, mi madre en primer lugar por supuesto.

Al día siguiente, Santiago me llevó la prensa a la cama antes de irse y en primera página estaba la reseña del evento de mi novela. No sabía cómo describir la emoción que estaba viviendo, pero era verdad y era mía esta realidad, pero no podía permitir que el ego se me subiera a la cabeza, así que continué mis días normalmente.

Seguí escribiendo capítulos de mi nueva novela, pero esta vez la historia era sobre mí y Santiago, de cómo habíamos regresado de la muerte y de cómo el amor había logrado el milagro de unirnos. Esa iba a ser mi sorpresa para él, se lo merecía.

Mi novela había recorrido el mundo, la editorial imprimió copias en diferentes idiomas y se había roto un nuevo record. Me llamaron para hacer una rueda de prensa con medios internacionales. Inmediatamente llamé a Santiago para darle la buena nueva, no podía dejar de compartir mi felicidad con el hombre que amo.

Tan solo en una semana se dio el otro gran evento, mi vida había cambiado en tan solo dos meses. Pasé de ser una escritora clandestina a ser una gran revelación. Le estaba dedicando demasiado tiempo a la editorial que me había distanciado un poco de mis labores del hogar.

Casi no tenía contacto con Santiago, él llegaba como siempre, sonriente y yo le dejaba la cena preparada en la mesa y en eso se habían convertido nuestras últimas semanas. A veces se despedía de mí para acostarse, como tratando de hacerme ver que me necesitaba, pero yo estaba metida de cabeza en a laptop con los ojos como hechizados y la mente en marcha para tratar de encontrar las palabras adecuadas que describieran el capítulo de turno de la reciente novela.

Terminaba muy en la madrugada y me iba en silencio a la habitación tratando de no hacer ruido mientras me metía en la cama y así no despertaba a Santiago. Casi no hacíamos el amor y cuando lográbamos intimar, realmente no lograba disfrutar por tener en mi cabeza algún tema de la editorial.

De vez en cuando, Santiago me llamaba para saber si había comido porque a veces se me olvidaba hacerlo. Quería que la nueva novela expresara todo, sin que se escapara ningún personaje que haya estado involucrado en nuestras vidas y le puse el mil por ciento de mi atención y dedicación.

No sabía hasta qué grado me había descuidado con mi matrimonio. Una de las tantas noches, no he había dado cuenta que era tan tarde y cuando me levanté, vi la comida de Santiago tapada en la mesa y era porque Santiago no había llegado. Me preocupé y tomé el móvil para llamarlo. Cuando lo revisé, tenía tres llamadas perdidas de él y dos mensajes donde me avisaba que se

iba a quedar hasta tarde en la oficina. Sentí mucha rabia conmigo por no haber escuchado cuando llamó. Le devolví la llamada y me respondió un poco molesto.

—Hola Victoria, ya ni estás pendiente del móvil, definitivamente la editorial te está consumiendo —me dijo con un tono de voz irónico, como nunca lo había hecho.

Me disculpé con él, pero no tenía excusas, estaba haciendo mal, pero le pedía un poquito de paciencia, ya estaba por terminar y volvería a ser la misma Victoria de antes, pero Santiago estaba perdiendo la paciencia.

Así pasaban los días y Santiago y yo nos distanciábamos, discutíamos y cada uno estaba por su lado como si el amor se estuviera fracturando y lo peor de todo es que yo debía reconocer que la única culpable era yo.



## Capítulo X

Tres semanas después logré terminar la novela. En ese corto tiempo casi no había conversado con Santiago. Me quedé en el sofá esperando que llegara. Ya eran las once la noche y no me respondía las llamadas ni los mensajes. Me sentía frustrada y preocupada, hasta que al fin apareció.

Casi se caía de la borrachera, alguien debió haberlo traído hasta la casa, fue lo que imaginé porque en esas condiciones, por sus propios medios no pudo haber llegado.

Pasó directo a la habitación, ni si quiera se detuvo a mirar hacia los lados. Se dejó caer en la cama y así se quedó. Cuando fui a verlo, ya estaba profundamente dormido, con su ropa y calzado puesto. Me senté a su lado y comencé a llorar ante el escenario que tenía frente a mis ojos. Había dado lo mejor de mí para que fuéramos un matrimonio feliz, pero también le di mi espalda por el trabajo y él insistió hasta que su paciencia lo abandonó y no me di cuenta de que lo estaba perdiendo.

Lloré toda la noche, había sido uno de los viernes más tristes de mi vida. Con cada pensamiento me seguía lastimando por haber permitido ver al hombre de mi vida en esas condiciones. Santiago seguía siendo un hombre vulnerable y el que haya caído en el alcohol me lo estaba demostrando.

En la mañana, me levanté y me lavé la cara, pero las ojeras revelaban que no había pegado los ojos en toda la noche. Preparé un caldo de gallina y un café fuerte para cuando despertara Santiago. Necesitaba ganarme su perdón, teníamos mucho que hablar.

Mientras estaba en la cocina, vi que Santiago había ido al baño y se regresó a la habitación. Me senté en el sofá a esperar que saliera, pero no fue así, se había vuelto a dormir. Las lágrimas llegaban nuevamente a mí, le había hecho daño a mi esposo, al hombre de mi vida y por lo tanto me dolía a mí también.

Al ver que no salía, fui hasta la habitación y me acosté a su lado abrazándolo. Sabía que estaba despierto porque conocía su respiración cuando estaba dormido. Aproveché para pedirle perdón por haberme distanciado y le juraba que no iba a volver a suceder. Después de oírme, se inclinó y se sentó a la



orilla de la cama.

—Me siento muy mal, Victoria y no se trata de un dolor de cabeza a causa del licor ni de una gripe o cualquier otro malestar —me decía Santiago como si estuviera llorando.

Me rompía el corazón escucharlo así. Me bajé de la cama y me coloqué frente a él. Conversamos y le pedía perdón repetidas veces, hasta que confesó el verdadero motivo de su estado.

—Victoria, anoche estuve en un bar, con mujeres y estuve a punto de caer, de acostarme con una de ellas, pero no pude porque estabas en mi cabeza —me confesó llorando.

No podía reclamarle, sentí que hasta en eso tuve la culpa. Apenas puedo recordar cuando me gritaba desde la habitación que me fuera a acostar que me deseaba y quería hacerme el amor y yo sencillamente le decía que ahora iba. Así lo tuve no sé por cuantas semanas, hasta que se cansó de tanto esperar y yo me olvidé de lo importante que era para nosotros ese contacto, hasta el punto de que Santiago llegara a desear estar con otra mujer que no fuera yo.

Me levanté del suelo y me puse las manos en la cabeza, no sabía que decirle, qué hacer, como asumirlo, pero estaba muy consciente de que yo había sido culpable. Lo único que quería en ese momento, es que todo volviera a la normalidad. Me sequé las lágrimas y le extendí la mano a Santiago.

—Ven, mi vida. Vamos para que comas algo —le dije para no seguir hablando del tema, aunque por dentro me estuviera muriendo de dolor.

Santiago se levantó y nos abrazamos. Lloramos como unos niños.

—No quiero que nos alejemos mi vida, no podría vivir sin ti —le dije.

—Jamás pensé que nos distanciáramos tanto, mi vida —me dijo Santiago dejando que el llanto terminara de hablar por él.

Así nos fuimos a la cocina y le serví primero una taza de café. Cuando quiso retomar el tema del bar, le callaba la boca con un beso, no quería saber más, lo único que me interesaba era recuperar el tiempo perdido con mi esposo.

—Mi vida, la sopa estaba deliciosa, muchas gracias por regresar —me dijo

—Pensé que te habían secuestrado los extraterrestres —continuó alargando una carcajada.

Extrañaba a mi Santiago, ese que me hacía reír, ese que estaba viendo nuevamente. Quiso preguntar por la novela, pero no quise darle importancia, ya la había enviado y seguramente pasarían dos años más para que la editorial la leyera. Parecía mentira que la novela que había escrito de nuestra historia de amor juntos era la que estuvo a punto de separarnos para siempre. Santiago insistía en saber de qué se trataba la novela y se refería despectivamente por el hecho de que, por ella, yo lo había abandonado a él y yo evitaba retomar ese tema.

Nuestro fin de semana transcurría bien, tratábamos de tener más acercamiento y decidimos retomar el pase de los sábados. Se sentía un poco la distancia entre los dos, pero yo trataba de tomar su mano y hacer cosas graciosas de las que estábamos acostumbrados. La plaza, las ardillas, el helado, todo ese recorrido lo hacíamos para que nuestro corazón no dejara atrás los recuerdos de todo lo bonito que habías vivido.

Decidí que era el momento de fortalecer nuestro matrimonio, así que le pedí a Santiago que adoptáramos a un bebé, como lo habíamos conversado hace algún tiempo y le pareció bien. Creíamos que al llegar un niño a la casa todo iba a ser mejor, habría más unión entre nosotros.

Cuando creíamos que habíamos resuelto nuestros problemas en casa, llaman a Santiago a su móvil. Era el señor Luis para informarle que había ocurrido otra tragedia de avión cercano al pueblo, así que el hospital ya estaba activando el plan de contingencia para recibir a los sobrevivientes.

Santiago me contó la noticia y me hizo regresar al pasado, cuando retomé mi profesión de fisioterapeuta y pude así cuidar de él por unos largos meses. Pero esta vez tenía las herramientas para sacarle provecho, ya que el día de mi boda, el grupo de amigas de carrera se habían puesto a la orden ante cualquier caso similar.

Inmediatamente las contacte en llamada en conferencia y Santiago activó un helicóptero de la compañía, bajo la autorización del señor Luis para que las trasladara hasta aquí. Se necesitaban muchas manos para ayudar a las pocas enfermeras que quedaban en el pequeño hospital.

Nos alistamos rápidamente y nos fuimos al hospital, de esa manera podíamos conocer que tanto había sido el impacto y hasta qué punto necesitaba ayuda. El director me reconoció y a Santiago también y nos abrazó por haber ido a colaborar. Cuando le comenté del grupo de fisioterapeutas que estaba por llegar me agradeció mucho, no paraba de hacerlo y ese era el mejor pago que he recibido.

Las enfermeras comenzaron a gritar, alertando a todos que las ambulancias estaban llegando. A Santiago le daba lástima ver cuando se suturaba a un paciente así que decidió colaborar con el traslado desde la entrada hasta la emergencia. El hospital solo contaba con tres enfermeras y dos médicos, todos los demás habían renunciado por irse a la ciudad y mientras llegaba el otro grupo, Santiago y yo éramos los únicos testigos.

Siete u ocho horas, no recuerdo el tiempo que había pasado y hasta ahora los únicos voluntarios éramos nosotros, hasta que al fin entraron las amigas con varias cajas y donativos de medicina y otros de primeros auxilios.

Inmediatamente se integraron y se comenzaron a aliviar a los sobrevivientes. Me pareció curioso, que en la misma habitación donde estuvo Santiago por tanto tiempo, haya un joven sobreviviente que luchaba por su vida y se encontraba en coma. Una de mis compañeras de grado, estaba con él y me hizo recordar cuando encontré a Santiago.

Cuando me acerco, la veo llorando y casi le digo que, si le interesa, sería la segunda historia de un piloto, pero ella lo único que hacía era llorar.

—Belkis ¿estás bien? —le pregunté, mientras le colocaba mi mano en su hombro.

Ella se volteó y me abrazo y las lágrimas no la dejaban hablar de una forma clara que me permitiera entenderla. Hasta que logró calmarse.

—Es mi hermano, mi único hermano —me dijo y se me rompió el corazón por el solo hecho de haberse enterado tan trágicamente.

—Él va a estar bien, tan solo necesita mucho de ti —le dije y no encontraba más palabras que contarle mi propia historia.

Me senté con Belkis a tratar de calmarla. Su hermano presentaba las mismas características de Santiago cuando lo encontré en la misma habitación hace

algunos años. Cuando Santiago entró, la recordó desde la boda y le comenté que el joven, era su hermano. En ese momento, tomó una de las sillas y nos dispusimos a hablarle de qué debía hacer en su caso.

Teníamos mucha fe de que el joven Andrés se iba a recuperar, aunque no estábamos en el deber de dar una falsa esperanza, quisimos esperar que llegara el doctor. Mientras conversábamos, una de las enfermeras entró y notificó que ya el especialista estaba por llegar.

Al poco rato llegó y era Carlos, el especialista que pretendía que saliera con él mientras su esposa estaba en casa y Santiago en plena recuperación.

—¡Victoria, que gusto verte! —me dijo con descortesía ante los demás presentes.

Para ser un poco odiosa, porque realmente se lo merecía el muy pedante, le respondí:

—Carlos, ¿verdad? —le pregunté irónicamente para que se diera cuenta que no estaba seguro de su nombre y continué —¿Recuerdas a Santiago tu paciente? Es ahora mi esposo y ella es Belkis, hermana del paciente que está en esa camilla —le dije para que se ubicara en el tiempo y en el espacio.

Santiago lo miró con rabia, al recordar que estaba tratando de enamorarme y é sin poder hacer nada, moría de la impotencia al no poder hablar, hasta que lo logró gracias a los celos que sentía por mí.

—Ah, caramba, pero que buena noticia. Me alegra que estés bien, Santiago —respondió el descarado doctor, mientras se fue a evaluar al paciente.

Como la enfermera no estaba, me levanté para asistirle, de igual manera, estaba en ese lugar para ayudar como voluntaria, independientemente que sea la persona que sea.

Le preguntaba a Carlos sobre la posibilidad de que el caso de Andrés sea similar al de Santiago, como para saber si se le daba esperanza a su hermana y efectivamente, lo era.

Santiago no le quitaba la mirada de encima a Carlos, confiaba ciegamente en mí, pero no en él, pero lo único que esperábamos es que diera el diagnóstico final.

—Bueno, aunque faltarían algunos análisis químicos, puedo deducir que el caso es similar al de Santiago, por lo tanto, el pronóstico es muy bueno para tu hermano —dijo e inmediatamente abandonó la habitación.

Sentía la necesidad de verlo despertar, no quería que Belkis ni otra persona viviera lo que yo con Santiago, o lo que vivió mi madre conmigo cuando también estuve en coma. Tantos meses de espera, de desilusión. Se necesitaría de un corazón lleno de mucha fe y, sobre todo, de amor por el paciente.

Le dimos las recomendaciones para él se recuperara. De pronto lo que tenía que hacer era hablarle todos los días y hacerle sentir que en verdad le importa.

La diferencia de esta tragedia a la anterior es que hoy se perdieron más vidas, la caja negra del avión había quedado desecha y realmente esas personas, sobrevivientes habían contado con mucha suerte de estar con vida.

Mientras dejábamos a Belkis en la habitación con su hermano, hicimos un recorrido por todas las habitaciones y las que se habían improvisado para la contingencia. El equipo de fisioterapeutas había hecho bien su trabajo, pero al igual que nosotros estábamos muy agotados. Apenas vieron que los pacientes estaban estabilizados y no requerían de terapia por el momento, decidieron volver a la ciudad.

Los acompañamos hasta el helicóptero y le agradecemos por su valiosa colaboración. Fuimos a buscar al director para que nos informara si debíamos continuar en el hospital o si podíamos retirarnos a casa, el día había estado muy difícil para nosotros y el director nos volvió a agradecer y nos puso su hospital a la orden, por nuestro buen corazón.

Cuando salimos del hospital, nos detuvimos y Santiago me abrazó frente a frente.

—Te amo, Victoria. Estoy muy orgulloso de ti —me dijo recordando al joven Andrés en la cama de aquella habitación.

Le respondí con mi te amo. Me hacía falta un beso y Santiago finalizó esas palabras con un tierno beso, de esos que solo recuerdas en tu primera vez con un hombre, romántico. Pero el cansancio me invadía y necesitaba llegar a la

casa.

Al llegar, sentía que la cabeza me iba a estallar del dolor y mi estómago estaba revuelto, pero no había comido nada, solo agua mientras estuvimos en el hospital, quizás sea por eso por lo que me encontraba así de agotada.

—Ven a la cama mi vida, te ves muy mal. Voy a prepararte algo. Ya regreso —me dijo Santiago, mientras me dejaba en la cama con un tierno beso.

Había vuelto a ser el de antes en tan solo unas horas. No podía permitir que nos distanciáramos otra vez, casi pierdo a mi esposo por la ambición del dinero, la fama y el prestigio.

Unos minutos después, todo me daba vueltas en mi cabeza, la sensación extraña en mi estómago me hizo ir al baño y ahí vomite lo poco que tenía en él. El dolor de cabeza cobrara más fuerzas y mi temperatura corporal estaba aumentando. En ese momento, Santiago entra para ayudarme y regresarme a la cama.

—Creo que me contagié con algún virus en el hospital, mi vida porque me siento fatal —le decía a Santiago con mi voz muy débil y mi rostro reflejando lo mal que la estaba pasando.

Pasaron los días y no había logrado reponerme del todo. El malestar iba y venía. No había querido volver al hospital a ver al hermano de Belkis, pero hablaba mucho con ella por el móvil o cuando me venía a visitar y Santiago pasaba frecuentemente para ver qué se les ofrecía.

A la oficina de Santiago le había llegado el rumor de que aerolínea iba a cerrar y como había la confianza suficiente, Santiago se comunicó con el señor Luis para saber qué estaba sucediendo.

—Así es, Santiago. Las autoridades emitieron un comunicado que, si no compraba un nuevo lote de aeronaves, la iban a cerrar y no tengo más dinero para invertir, casi todo lo he dejado en las indemnizaciones de las víctimas de los dos últimos accidentes —le decía el señor Luis a Santiago, con su tono de preocupación.

Santiago hizo una pausa y más allá de ayudarlo por el aprecio que le tenía, le hizo una propuesta que no podía negarse a aceptar.

—Señor Luis, sé cuánto empeño usted le ha puesto a su empresa que también quiero como mía. Si las autoridades cierran las operaciones, muchas familias se quedarían sin empleo y muchas dependen de eso —le explicaba Santiago para que pudiera entender la gravedad de asunto y continuó —Yo tengo dinero ahorrado junto con mi esposa Victoria. Nosotros podemos comprarle la mitad de sus acciones y así le inyectamos ese capital que necesita para comprar una gran flota y las autoridades no se vean en la obligación de cerrar ¿Qué le parece? —Santiago se extendió un poco con la explicación.

Después de casi una hora de conversación, el señor Luis había aceptado que la propuesta era insuperable, pero ya no sentía las mismas ganas de cuando era joven y se había iniciado en ese mundo.

—Hagamos algo mejor. Voy a venderte todas las acciones por ese precio. Quiero que seas tú, quien con tu pasión se encargue de darle una nueva visión a la aerolínea —le decía el señor Luis a Santiago.

Santiago escuchaba cada detalle con suma atención. Él conocía muy bien el negocio y no podía dejar pasar esa oportunidad que la vida le ponía frente a él, así que decidió aceptar.

Esa tarde, Santiago llegó a la casa con flores y el vino. Sabía que era una ocasión especial por el vino, las flores siempre estaban presentes como un detalle romántico que siempre se mantenía entre nosotros.

—A ver, ¿qué vamos a celebrar hoy, querido esposo? —le pregunté, poniéndome coqueta ante él.

Santiago no hablaba, solo sonreía mientras descorchaba la botella. Inmediatamente fui a buscar las copas, pero al brindar por la buena noticia, con tan solo un trago, me fui al baño y vomité. Comencé a sentir la presión en el estómago, pero esa vez, le eché la culpa a un pedazo de pastel que tenía días en la nevera.

Ya se me estaba haciendo costumbre sentirme mal, era como si mi estómago se hubiera vuelto más delicado y solo aceptaba comidas ligeras, por lo que había optado por incluir más vegetales que se habían vuelto mi pasión y los destacaba en cada preparación.

Unos días después, nos enteramos de que Belkis iba a trasladar a su hermano

a la capital, porque se le estaba haciendo muy costosa la estadía, a pesar de que le había ofrecido hospedaje en la casa. Esa tarde, esperaba la respuesta de los helicópteros de la cruz roja y al día siguiente ya se lo habían llevado.

Manteníamos la comunicación con ella sobre la evolución de Andrés y más cuando a los pocos días ya Santiago era el nuevo presidente y dueño de la compañía y, por ende, era él quien se estaba encargando de los gastos médicos del joven, que fue lo único que había dejado por pagar, el señor Luis.

En la aerolínea, todos habían tomado la noticia de Santiago de muy buena manera y festejaron la ocasión. Estaba trabajando ahí desde los dieciocho años y fue ascendiendo poco a poco y por su empeño y dedicación había logrado llegar hasta lo que era, el dueño.



## Capítulo XI

A pesar de que Santiago tenía una nueva posición en la empresa, jamás cambió su forma de ser, seguía siendo el compañero de trabajo, pero ahora velaba porque todo a nivel nacional funcionara bien. Se había reunido con las autoridades y le aprobaron la flota de aviones que había comprado por lo que la amenaza de cerrar la compañía ya estaba disuelta.

La tranquilidad y felicidad había llegado a nuestro hogar. Mi malestar de salud desaparecía y volvía de repente, quizás mi cuerpo estaba somatizando todo el estrés que le había generado cuando me dediqué el cien por ciento a la segunda novela que escribí.

La editorial solo me escribía o alguien de ahí se comunicaba conmigo solo para decirme cuántas copias más se habían vendido de esa maravillosa historia en honor a Alberto.

Unas semanas después, me informan vía e-mail, que la segunda novela había sido aprobada y sentí como mi estomago saltó, todo me afectaba en el estómago, las buenas y malas noticias, pero me contuve y traté de ignorar ese malestar, aunque mi rostro reflejaba cansancio y debilidad.

Santiago y yo no teníamos secretos, pero sentía algo de temor porque el tema de la editorial en nuestras vidas era algo muy delicado, pero por mi culpa, porque no supe cómo equilibrar mi emoción y todo lo llevé al extremo de la ambición. Quise llamarlo para darle la buena noticia, pero preferí tomarme las cosas con calma e iba a esperar que llegara a la casa para conversar.

Me puse en contacto con la editorial y todo estaba listo, el diseño, la edición, todo había sido muy rápido porque ya formaba parte de su platilla de escritores.

La mayor parte de mis días la pasaba acostada, la debilidad iba en aumento y el cansancio se hacía más frecuente. Estaba subiendo de peso y la única razón que consideraba lógica que le daba es el sedentarismo. Mi cuerpo solo me pedía dormir y me levantaba muy desgastada. Llamé a mi madre para comentarle lo que me estaba sucediendo y se sintió muy preocupada que me preguntó que por qué me había descuidado tanto y no había ido al médico.

—Eso es viral, madre. La vecina y su hijo duraron más de un mes así. Y estoy descansando y tomando mucho líquido —le dije a mi madre para tranquilizarla. En verdad no veía que fuera algo para preocuparse, y le pedí que por favor no le dijera nada a Santiago porque tenía muchas preocupaciones encima.

Logré tranquilizar a mi madre, aunque ella insistía mucho en que fuera al médico y le prometí que al terminar con el tema de la editorial y el lanzamiento de la novela lo iba a hacer por mi propio bienestar, no quería seguir descuidándome con eso.

Cuando llegó Santiago, no sabía si dibujarlo o escribirle una nota para darle la noticia. El tema de la editorial había sido un poco álgido entre nosotros por lo que necesitaba tener mucho tacto.

—Hola mi vida —le dije mientras me levantaba del sofá.

—Victoria, mi vida ¿Te ves mal? Vamos al doctor para que te evalúen —me dijo mientras tomaba su chaqueta nuevamente.

Lo halé por el brazo y lo senté conmigo en el sofá.

—Estoy bien, mi vida. Solo que he dormido todo el día y me imagino que me veo un poco hinchada —le dije sonriendo.

Santiago comenzó a bromear con eso de la bella durmiente, que me iba a besar mucho para despertarme porque aun tenía la cara de estar dormida. Aproveché que estaba como siempre de buen humor y le solté todo lo de la nueva novela.

Hizo una larga pausa, de hecho, ni me contestó nada y se levanto para ir a la cocina por un vaso con agua. Se paró frente a la mesa y luego regresó hasta el sofá.

—Tú sabes que esa novela casi nos llega a separar, mi vida, pero nunca le daré la espalda a tus sueños y todo lo que has logrado como escritora te lo mereces —me dijo mientras me abrazaba y me felicitaba con un beso —Por cierto, no me comentaste de qué se trataba esa nueva historia —Santiago se interesó por saber.

—Esa será una sorpresa para el día de la presentación, mi vida. Sé que te va a

gustar —le dije mientras le daba las gracias por ser el mejor esposo del mundo.

En tan solo una semana, todo estaba preparado para el lanzamiento de la novela. Con la primera iba el record de más de dos mil quinientas copias vendidas y habían tenido que habilitar el formato digital para aminorar las impresiones para llegarle a más público.

Ese día había amanecido radiante, ya casi ni había sentido el malestar en el estómago y gracias a los mimos de Santiago al hacerme el amor, podía conciliar el sueño rápidamente y toda la noche.

No quise preparar un discurso escrito porque había recordado que en aquella presentación casi me desmayó por el susto de no saber qué decir, después que me había aprendido letra por letra todo lo que quería expresar ese día.

Mi madre estaba feliz, había llegado la noche anterior y me había traído un vestido muy bonito para el evento, solo que hubo un botón que no pude cerrar por el peso que estaba ganando, así que traté de cubrirlo con mi cabello que era bastante largo.

Santiago se había puesto una corbata azul, como mi vestido y nos veíamos muy elegantes todos. Ellos estaban más nerviosos que yo y se les podía notar.

—¿Cómo se sienten al estar al lado de una celebridad? —les pregunte mientras me reía a carcajadas —Es por eso por lo que están tan nerviosos, ¿verdad? —Y continué riéndome para tratar de liberar un poco de presión.

Santiago me miró, me conocía tan bien que mi risa era por los nervios que tenía, por lo que me abrazó y me dio un beso mientras me decía que todo iba a salir bien y que todo esto que estaba viviendo, me lo había ganado pulso a pulso.

Sus palabras me llenaron de valor y ya cuando estaba montada en la tarima, ante más de quinientas personas, entre el juego de luces y las cámaras, comencé mi discurso.

—En primer lugar, quiero agradecer a todos los presentes por haberse tomado el tiempo para acompañarme en este nuevo camino, con esta nueva novela que hoy pongo en sus manos. A la editorial, gracias por haber confiado en mí, nuevamente y a mi familia, en especial a mi madre y a mi esposo por estar

siempre a mi lado apoyándome en esta aventura —inicié mi discurso con ese agradecimiento, mientras tomé un poco de agua para continuar —Esta novela, es mi historia —inmediatamente miré a Santiago y el puso cara de asombro.

Las luces de las cámaras no dejaban de iluminarme, pero yo solo tenía mi mirada puesta en él, en mi esposo. Así que no me importaba cuantas fotos me tomaban o si mis palabras eran las correctas, sentía que debía hablarle a Santiago, así que continué.

—Aquí podrán leer la historia de una mujer que regreso a la vida y con esa oportunidad de Dios le daba, decidió cumplir uno de sus sueños de niña, ser escritora, pero quiso cambiar su mundo a raíz de su regreso y se mudó a un hermoso pueblo, con un clima romántico que le dio la inspiración que buscaba para comenzar su nuevo reto —le iba dando un resumen y todos estaban muy atentos —La vida premió a esa gran guerrera y le puso en su camino a un hombre excepcional que por coincidencia o causalidad, estaba pasando por lo que ella vivió hace un buen tiempo, debatiéndose entre la vida y la muerte para regresar.

En cada pausa que yo hacía, tomaba un sorbo de agua y podía mirar que Santiago secaba sus lágrimas y abrazaba a mi madre que estaba también muy conmovida.

—La vida los unió en medio de una gran tragedia. Ella dedicó su vida a él, apostando a su recuperación por meses en un hospital, donde nunca se apartó de sus sueños y continuó escribiendo —continué con mi discurso sin poder parar, me sentía tan conmovida que no hizo falta haber escrito nada.

Cristian me miraba y me hacía señas para que no diera muchos detalles, porque la idea era que las personas se interesaran en conocer la historia, así que decidí darle un toque gracioso para finalizar mi discurso.

—Y así fueron ocurriendo muchas cosas en su vida, la cual ustedes se encargarán de descubrir en cada capítulo de la novela ¿Cierto? —les pregunté.

Todos se levantaron para aplaudirme. Cristian se acercó al pódium para intervenir y sus palabras fueron muy halagadoras. Yo comencé a sentirme mal, sentía que me iba a desvanecer y decidí sentarme mientras él cerraba el

discurso.

Trataba de sonreír, pero mi estómago nuevamente estaba revuelto y comenzó a dolerme. Aguanté hasta el final, que hizo muy largo por la cantidad de personas que habían asistido al evento. Santiago y mi madre me veían con preocupación, pero no podía dejar todo ahí tirado y tenía que mantenerme como me describía en la novela, como una guerrera de la vida.

Cuando todos se estaban retirando, Cristian se acercó con otro señor que no conocía. Me traían un contrato directo con la editorial para ser editora. Santiago alcanzó a escuchar y se acercó. Se quedó mirándome y asintió con la cabeza para que aceptara.

A pesar de que me sentía tan mal, no podía dejar de sonreír de tanta felicidad. No sabía el alcance que tenía este sueño de ser escritora y de cómo Alberto me había abierto las puertas de alguna manera para lograrlo, porque fue a raíz de su muerte que me propuse hacerlo.

Estaba agradecida con la vida, acepté y firmé el contrato, pero no pude celebrar porque realmente estaba sintiendo muy mal. Nos fuimos del lugar y al llegar a la casa, fui al baño a vomitar y casi me caigo al suelo por la debilidad que sentía. Santiago estaba muy asustado, menos mal que mi madre estaba con nosotros y se hizo cargo de la situación.

Inmediatamente me preparó un caldo de gallina y vegetales, pero me insistió que si no mejoraba iba a ser necesario llevarme al médico.

Los dos estaban en la cama, mientras yo me quedé dormida, ellos conversaban de lo preocupado que se sentían por mi salud.

—Si no mejora, hay que llevarla al médico a como dé lugar, hijo —le decía mi madre a Santiago —así comenzó su tía Agustina y cuando la llevamos era muy tarde. Una terrible enfermedad la estaba consumiendo y murió —continuó mi madre y entró en llanto.

Santiago se alarmó ante semejante historia, ya por su mente pasaba lo peor. No se despegó de mí ni un solo instante, pero yo seguía durmiendo, me sentía tan débil que lo único que sentía era la necesidad de estar acostada y dormir.

Cuando desperté, el dolor de cabeza comenzaba a darme punzadas y repentinamente la nariz me comenzó a gotear agua. Mi madre dijo que era

gripa y los síntomas apuntaban a eso, aunque yo creía que mis defensas habían bajado mucho porque esos síntomas iban y venían.

—Seguramente la humedad le está haciendo daño, hijo —decía mi madre, mirando a Santiago —Sería bueno que pensarán en cambiar de casa en un futuro. Voy a prepararle a Victoria otro caldo, con eso va a mejorar —y se fue hacia la cocina.

—¿Cómo te sientes, mi vida? Me tienes preocupado —me decía Santiago, mientras me abrazaba con mucha sutileza y me daba un beso en la mejilla.

—Me siento mejor, entre el caldo mi linda madre y tus cuidados, ya pronto me voy a recuperar de esta gripe, mi vida. Solo queda el dolor de cabeza y un poco de debilidad —le dije, mientras me acurrucaba para que él me abrazaba.

Los días pasaron, mi madre no quiso irse para esperar si yo mejoraba, pero me cuidaba tan bien mientras Santiago trabajaba que pronto logré salir de la gripa. Así que se fue tranquila a la ciudad, aunque no dejaba de llamarnos para saber si había tenido alguna recaída.

Ya había comenzado mi trabajo en la editorial. Me habían asignado una gran oficina, pero casi siempre prefería trabajar en casa. Solo algunos casos los trataba por allá y era válido, estaba establecido en el contrato.

Cada día tenía mucho trabajo, me encanta ver cómo surgían nuevos escritores, de todas las edades y lo mejor es que sus historias eran realmente fascinantes. Podía pasar todo el día revisando cada borrador, pero logré conseguir el equilibrio necesario entre mi hogar y el trabajo.

Al día siguiente, la debilidad había vuelto, pero esta vez pensé que era porque no me estaba alimentando bien, prácticamente desayunaba cualquier cosa y cenaba porque Santiago llegaba a comer. Esa tarde, estuve pegada en la laptop, editando una novela que me parecía muy divertida, no me di cuenta de que había transcurrido tanto tiempo desde que había desayunado y quizás por eso me sentí muy mareada. Me levanté, tomé un poco de agua y me volví a sentar. Cuando miré a ver el reloj nuevamente, ya se acercaba la hora de que Santiago llegara y yo me levanté exaltada porque no había preparado la cena. Cuando apenas había dado algunos pasos, caí al piso, desmayada y no supe más de mí.

A los minutos, llegó Santiago y al verme tirada en el piso, corrió a auxiliarme. Gritaba de desesperación y yo no respondía. Inmediatamente llamó a urgencias, pero estos demoraron un poco en llegar, hasta que unos minutos después estaban llamando a la puerta. Durante esos minutos, yo había logrado reaccionar, pero cuando apenas entraron con la camilla, me volví a desmayar.

Rápidamente me llevaron al hospital. Santiago pretendió entrar a urgencias, pero no se lo permitieron, el doctor le pedía que mantuviera la calma, que tenía que esperar afuera mientras me evaluaban y trataban de volverme en sí.

Lo primero que pasó por su mente fue llamar a mi madre, ella se había convertido en un gran apoyo para nosotros, era como una segunda madre para él. Mi madre se preocupó mucho y pensó lo peor. Llamé a mis primas y todos en tan solo una hora estaban en el hospital. Pero aun Santiago no recibía noticias de mí.

El doctor salió de urgencias y le avisó a Santiago que yo había recuperado el conocimiento, pero me estaban haciendo unos análisis que iban a tomar algo de tiempo porque necesitaban descartar algunas cosas.

—Si algo le sucede a Victoria, yo me muero con ella, mamá Carmen —le decía Santiago a mi madre, mientras rompía en llanto sin importar que todos lo estaban mirando.

Mis primas se sentaron y os convocaron a todos para orar, pedían a Dios porque no permitiera que nada malo me sucediera. Santiago se tocaba el pecho y decía que le estaba doliendo, una de las enfermeras lo vio y le pidió que respirara y tratara de calmarse que se le podía subir la tensión.

Mi madre solo recordaba aquel día que le avisaron que yo estaba en el hospital agonizando por el accidente que había tenido con Alberto. Ella estaba viviendo nuevamente esa sensación de poder perderme en cualquier segundo y se derrumbó.

—Victoria esperó mucho tiempo, ella estaba muy mal con eso del estómago, solo le pido a Dios que no me la quite, que no me la quite por favor —decía mi madre llorando desconsolada.

Santiago se levantó y gritó en la recepción:

—¡Por qué se demoran tanto con mi esposa! ¿Qué está pasando? ¡Que alguien me diga por favor! —se ponía las manos en la cabeza como a manera de desesperación.

Al fin, el doctor salió a hablar con mi familia y pidió que lo acompañaran hasta la habitación donde me encontraba.

—¡Victoria! —gritaron todos al unísono.

Yo sonreí, como si nada hubiera sucedido. A pesar del mal rato que les había hecho pasar a mi familia, ellos se sentían muy felices de verme y yo no podía tener a una mejor familia.

Santiago me abrazó y mi madre lo siguió. Mis primas sonreían, hasta que el doctor entró para poner el toque de seriedad al momento.

—Pido un poco de atención, señores —entró muy serio el doctor y alzó un poco la voz para conseguir la atención de mi familia —Ya hemos analizados todos los exámenes de laboratorio de Victoria porque necesitábamos confirmar el diagnóstico —dijo el doctor.

—¿Qué tiene mi esposa doctor? Por favor deje los rodeos —le dijo Santiago un poco incómodo por lo que tardaba el doctor en informar qué sucedía.

—Cálmese, Santiago. Su esposa no está enferma. Está embarazada ¡Felicidades! —el doctor los abrazó a todos y sonrió al ver la cara de confusión que todos tenían —Ella no lo sabía y el bebé le estaba consumiendo todos los nutrientes, por eso sentía tanta debilidad. En cuanto a los dolores de cabeza y vómitos, son síntomas normales que irán desapareciendo con el tiempo —el doctor iba hablando y se dirigía principalmente a Santiago.

Cuando dio las indicaciones y las entregó a mi madre, el doctor se retiró y la habitación quedó en silencio. Todos se sorprendieron con la noticia, era realmente un milagro. Años, muchos años habían pasado desde que inicié la búsqueda de un embarazo, desde que estaba con Alberto, fueron momentos muy difíciles para mí, como mujer.

Mis primas comenzaron a aplaudir y brincaron a felicitar me. Mi madre abrazó a Santiago y luego se acercó a mí, me dijo unas palabras tan lindas y conmovedoras que jamás podré olvidarlas.



—Dios te ha bendecido con la dicha de tener a un hijo en tu vientre. Disfrútalo, hija, serás una excelente madre. yo estaré a tu lado para ayudarte en todo —me dijo mi madre y con lágrimas en los ojos me daba su bendición.

Santiago sonreía y se secaba las lágrimas. Mi madre les pidió a mis primas que nos dejaran a solas a él y a mí y en ese momento se sentó a mi lado, me tomó de la mano y me besó.

—Mi vida, hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo. Esta noticia de que estas embarazada de nuestro primer hijo, jamás la voy a olvidar. Este día, como muchos otros tantos que hemos tenido, quedara grabado en mi memoria por el resto de mi vida. Sentí tanto miedo de perderte que ya no podía respirar. Gracias por esto, preciosa. Te voy a cuidar cada día más, los voy a cuidar por siempre —me decía Santiago, mientras me ponía su mano sobre mi vientre y se acercaba cuidadosamente para darme un beso.

## Capítulo XII

Tuve que pasar algunos días en el hospital por mi estado de debilidad, necesitaba recibir algunas vitaminas y minerales que había perdido para poder mantenerme de pie. Cada día recibías flores de Santiago y muchos mimos y cuidados de la compañía de mi madre.

Un hijo en mi vientre, aun no había asimilado lo que me estaba sucediendo, desde que me enteré de mi estado, solo daba gracias a Dios, pero como no veía mi vientre nada abultado y no sentía nada más que malestar no podía sentirme embarazada. Apenas comenzaba el camino que debía recorrer.

Al fin, ya me pude ir del hospital a la casa. Santiago pretendía que me quedara en la cama las veinticuatro horas, pero yo quería continuar mi vida normal. Entendía su miedo por mí y el bebé. A pesar de que mi madre le había explicado que un embarazo no era una enfermedad, ella le había pedido que ante cualquier emergencia no dudara en llamarla y eso hacía. Por cualquier terquedad mía él se comunicaba con mi madre y nos reíamos de sus locuras. Hasta que logré convencerlo de que me sentía bien y que no había nada de qué preocuparse.

Cuando la temporada de lluvia llegó, Santiago comenzó a estresarse porque era la época en que ocurrían los accidentes aéreos. La venta de los boletos había bajado mucho a causa de la inseguridad de la gente en la aerolínea. Poco se había difundido en las redes sobre la nueva flota de aviones que se había adquirido, así que le propuse que contratara a alguien que se encargara de eso para tratar de subir las ventas y generar más confianza en los clientes.

Así sucedió, Santiago pidió a su empleado de recursos humanos que contratara a un publicista y le explicó lo que se pretendía lograr con ese nuevo personal. En tan solo unas semanas le presentaron tres candidatos que cumplían con los requisitos exigidos por él.

Cuando la persona que contrataron retomó la idea que teníamos, las ventas se dispararon. Hubo muchos comentarios positivos de los usuarios de la aerolínea y con el pasar de los meses, se fue posicionando hasta llegar a la número uno a nivel nacional.

Nada podía estar mejor, como decían la mayoría de los escritores en sus capítulos finales, si solo puedes respirar, ya tienes una vida perfecta.

Mi bebé estaba creciendo dentro de mí y aun así no me quitaba la idea de la cabeza que en principio teníamos Santiago y yo, de adoptar a un bebé. Pensaba que, si la vida nos había dado tantas oportunidades, por qué no pensar en darle una segunda oportunidad a un bebé de darle una nueva vida. Me emocioné mucho al pensarlo y quise compartirlo con Santiago para conocer su opinión.

Cuando llegó Santiago a la casa, nos sentamos a cenar. Después que nos fuimos a la habitación, conversamos sobre lo que había pensado de la adopción y me apoyo en todo momento. Sabía que podía contar con su aprobación.

En vista de que nuestras vidas eran muy parecidas y habíamos contado con muchas personas a lo largo de ese camino que habíamos recorrido, quisimos tomar algo de dinero de nuestra fortuna para crear una fundación, con el objeto de ayudar a todas las personas que cayeran en estado de coma y no les alcanzara el dinero para mantenerlo activado en un hospital. Queríamos darle un voto de confianza a su vida, porque confiábamos en que, si nosotros pudimos despertar, entonces ellos también lo podían lograr y en eso nos queríamos apoyar, sin importar el tiempo que demoraran y con el apoyo de sus familiares.

Dos planes a corto tiempo que habían surgido de momentos dolorosos, por eso nuestra idea principal es llevar al mayor número posible de familias un granito de alegría en medio de tanto sufrimiento.

Santiago se estaba encargando de toda la documentación necesaria para crear la fundación. Contrató a los mejores abogados de la capital para acelerar el proceso, por lo que, en tan solo dos meses, ya estábamos inaugurando la sede principal, aquí en el pueblo.

Contratamos a mucho personal y Santiago tuvo que viajar por casi todo el país y en cada hospital se instaló una oficina de la fundación para que ninguna familia quedara desasistida. Yo me quedaba en casa trabajando y mi bebé seguía su desarrollo normal dentro de mi vientre, no me daba ningún problema, se notaba que iba a ser un niño o niña muy tranquila.

Cuando Santiago llegó a la casa, trató de levantarme como siempre lo hacía, pero mi panza no dejaba y nos reíamos cada vez que sucedía. A pesar de que faltaban cuatro meses para ver la carita de nuestro hijo, mi pancita estaba un poco grande. Nunca quisimos conocer el sexo del bebé, preferimos que fuera una sorpresa y estuvimos siempre pendientes de que el doctor lo olvidara y en cualquier momento se le escapara. Para nosotros lo importante era que el embarazo estuviera muy bien y tratábamos de que así sucediera.

Salimos a caminar por la plaza, como siempre y esa vez nos sentamos a mirar a los niños que correteaban a las ardillas y todo en mí había cambiado. Ya no había tristeza, solo me provocaba salir corriendo a abrazarlos. Veía en cada uno de ellos a mi bebé ya crecido y la emoción me embargaba y las lágrimas se me salían por el sentimentalismo y por supuesto que mis hormonas entristecían y alegraban en cualquier momento.

—Vamos por un helado, mi vida —me dijo Santiago, mientras me ayudaba a levantar.

—Sí, mi vida. Me leíste el pensamiento —le dije.

—Ah, pero eso es muy bueno, mi vida. A ver si tenemos conexión ¿dime qué estoy pensando en este momento? —me preguntó Santiago poniendo esa mirada sexy y pícara que tanto me gustaba.

Le hacía señas con mi rostro, movía mi cabeza hacia los lados para decirle de alguna manera que no lo sabía y me reía de la locura que me iba a decir.

—Estoy pensando, en hacerte el amor, en que tengo unas ganas inmensas de desnudarte, mi vida y besarte todo —me decía Santiago logrando que sus palabras me ruborizaran y también me llenaran de deseo.

—¡Qué divino! Vamos por ese helado y luego me haces el amor rico, mi vida —le dije mientras me paraba frente a él.

Santiago me tomó la cara con sus manos, con mucha delicadeza. Besó cada uno de mis ojos, con tanta ternura y luego bajó sus labios hasta los míos para darme un cariñoso beso.

Las personas que estaban en la plaza nos miraban y sonreían. Nuestro amor era como una brisa que te envuelve y que toca todo lo que está a nuestro alrededor y eso lo podíamos notar en los rostros de ellos.

Nos tomamos de las manos y nos fuimos hasta la heladería. Mis antojos de embarazada no pararon en hacerse sentir. Pedí una gran copa, con mucha crema y chocolate, Santiago me veía y me preguntaba si en realidad me lo comería todo y así hice.

—¡Lo logré! —grité como una loca —Me lo comí todo —y miré a Santiago riéndome.

Pero el solo estaba pensando en otra cosa y lo relacionaba con el sexo y se reía mientras me miraba.

Nos fuimos a la casa y ahí dimos rienda suelta al deseo que nos embargaba y terminamos en la cama haciendo el amor de una manera muy bonita porque Santiago me cuidaba de con cada caricia y me hacía sentir la mujer más hermosa a pesar de que mi cuerpo había aumentado un poco de peso.

Santiago y yo habíamos pensado en comprar una casa nueva por la llegada del bebé. Pero nos debatíamos en mudarnos a la capital o quedarnos aquí. Mi trabajo con la editorial podía continuarlo desde cualquier parte y la oficina principal de la aerolínea estaba en la capital.

Recientemente nos habíamos enterado de que Raquel se estaba mudando al pueblo y ambos coincidimos en que, si nos íbamos a mudar, necesitábamos a alguien de confianza que se encargara de dirigir las oficinas de aquí, pero era necesario trasladar la principal a la capital. No había una mejor persona para eso que Raquel. Ella, sabía lo que era recibir una ayuda y conocía de primera mano nuestra historia, así que nos comunicamos con ella y su esposo para hacerles una propuesta.

En la misma semana, organizamos una reunión en la fundación y convocamos a Raquel y su esposo quienes no se negaron ante la invitación.

Después de actualizarnos un poco sobre nuestras vidas y de recibir las felicitaciones y bendiciones de ellos por mi embarazo, iniciamos el punto por el cual los habíamos citado ese día. Ellos no tenían idea, por sus mentes no pasaba por nada del mundo la idea de lo que íbamos a plantear por lo que fue una gran sorpresa para ellos.

Nos comentaban muy conmovidos que, al mudarse, ambos estaban pensando en conseguir un buen empleo y que se habían mudado aquí buscando una

tranquilidad para su hogar, por lo que terminaron aceptando felizmente.

Raquel tenía razón, este pueblo nos llenaba de paz y tranquilidad, así lo vivimos por mucho tiempo, pero los compromisos de las empresas nos obligaban a mudarnos a la capital. Además, que, al tener a nuestro hijo, iba a necesitar el apoyo de mi madre, la quería tener muy cerca de mí.

Nos fuimos a la capital, aprovechando de que no tenía ninguna contraindicación médica y visitamos algunas casas. Ninguna llamaba mi atención por completo, cuando a una le faltaban habitaciones, a la otra le sobraban. No lograba conseguir ese equilibrio y Santiago pensaba igual que yo. Hasta que, al fin, dimos con una hermosa casa, no podía ser mejor, tenía todo lo que buscaba, desde la cocina hasta el número de habitaciones y baños. Esa era la casa, sin dudas, se hizo la negociación y en corto tiempo, ya estábamos viviendo en la capital.

Aprovechamos la estadía para ir al centro de adopciones. Quise comenzar con los trámites porque no sabía cómo iba a quedar después del parto, por lo que decían era muy doloroso y pensaba lo peor, que terminaría exageradamente en una silla de ruedas. Me reía cada vez que llegaban a mí esos pensamientos.

Mientras nos atendían, Santiago y yo veíamos por la vidriera a los bebés que había sido abandonado y llorábamos de la tristeza. Por eso nuestra premura de llevarnos a uno de esos pequeñitos a nuestra casa muy pronto.

La cosa no era tan fácil como pensábamos. Cuando lograron atendernos, nos entregaron toda una carpeta y en cada hoja ellos exigían demasiados documentos, que prácticamente hacían que la adopción fuera totalmente imposible. Salimos del lugar cabizbajos, pero Santiago me había prometido que se lo iba a entregar a los abogados para que ellos se encargaran de todo.

Un mes más y ya no me quedaban muchas energías, entre terminar la decoración del cuarto del bebé y comprar todas sus cosas, aunque mi madre siempre estaba ahí para mí cuando Santiago estaba en la oficina.

Cada vez que nos llegaba la información de algún paciente que ingresaba en estado de coma a un hospital, Santiago y yo íbamos a conocerlo y a ver a su familia, cuando nos era imposible por la distancia, le enviábamos una carta de apoyo. A todos le hacíamos conocer nuestra historia y le dábamos la razón de ser de la fundación. No éramos unos ángeles, como muchos nos decían, solo

dos personas que habían vivido una situación similar y querían darle el apoyo y que se sintieran como en una gran familia.

Cuando estábamos en casa, descansando, Raquel nos llama con mucha desesperación para decirnos que Pedro, su esposo había sufrido un accidente cerebro vascular que lo había dejado en coma, pero su pronóstico no era el mejor. Sentimos la desesperación de Raquel y aunque yo no pude ir por mi embarazo avanzado, Santiago tomo uno de sus aviones privados y salió a socorrer a Raquel inmediatamente.

Al final del día, con la ayuda de la cruz roja, habían trasladado a Pedro hasta uno de los hospitales de la capital para conocer otro diagnóstico, pero no hubo nada más que hacer. En esta oportunidad, las cosas no salieron como esperábamos, Pedro tuvo dos paros cardíacos y no superó la prueba, murió. Raquel lloraba desconsolada mientras abrazaba a Santiago. Él tomó el móvil para avisarme, mientras yo dormía a la hija de Raquel que me la habían traído por la premura. Fue una dura noticia, pensaba en los designios de Dios, en ese juego de la muerte como si se tratase de una ruleta rusa, donde pocos son los ganadores.

Hoy le había tocado a Raquel lo que Santiago y yo habíamos vivido hace unos años, perder al amor de tu vida, pero ella queda con un hermoso recuerdo que no permitirá que jamás se borre su recuerdo y es su preciosa hija.

Los familiares estaban llegando al hospital y Santiago después que dio todo su apoyo a Raquel, se vino a la casa y nos sentamos a conversar y a analizar lo sucedido, pero pocos minutos después de su llegada vinieron a buscar a la niña.

Cuando nos quedamos solos, comenzó a dolerme la cabeza y Santiago llamó inmediatamente a la doctora que me estaba tratando en la capital y ella quiso que fuera a verla, que no era normal el dolor de cabeza después de una mala noticia.

Nos fuimos en el coche, pero mientras avanzábamos, comencé con un dolor muy fuerte en el vientre. Pero cuando la doctora me evaluó nos tranquilizó, todo estaba normal y necesitaba estar en cama por unos días.

Mientras estuve esperando la llegada de mi bebé, pensaba en la vida, en cada

una de las personas que se encuentran dormidas, porque para mí, estar en coma es como permanecer dormida en un sueño que por más que desees no puedes despertar. Así la brisa intente golpear tu rostro o el agua más fría pretenda intimidar tu tranquilidad, no puedes despertar, cuando ni el llanto de tu madre te puede hacer regresar de ese viaje en el que una está. Solo una intervención divina es la que dirá si debes o no regresar.

Eso nos paso a Santiago y a mí, nos dieron la oportunidad de regresar, pero Alberto e Isabel no tuvieron esa suerte. Quizás hayan coincidido en el cielo, desde donde nos deben estar mirando, mientras nosotros aquí en la tierra, continuamos trabajando.

Alberto fue un gran luchador que salvó muchas vidas e Isabel fue una gran mujer que lucho contra una terrible enfermedad y la venció, pero la muerte la alcanzó en aquel viaje.

Dos meses después, la fundación continuaba haciendo sus donaciones, nos entristecíamos ante la noticia de cada muerte y nos alegrábamos cuando alguien más despertaba de un coma. La aerolínea estaba en su mejor posición en el mercado, la editorial continuaba muy contenta con mi trabajo y yo realmente lo disfrutaba.

Santiago y yo, cada día estábamos más unidos y felices, construyendo un muro donde la felicidad no se pudiera escapar y logrando que todo lo que estuviera dentro de él no se marchitara.

—Mi vida, creo que llegó el día —le dije a Santiago, mientras me sostenía la panza por el dolor.

Santiago se levantó apurado de la cama. Entre el dolor que estaba sintiendo no podía dejar de reír al ver su reacción. Abrió el closet y tomó el bolso que estaba preparado y salió descalzo, con las llaves del coche. Se subió en él y se fue, sin mí. Moría de la risa, pero las contracciones cada vez eran más fuertes y no podía esperar que reaccionara y regresara por mí.

Tomé el móvil y llamé a mi madre. Ella también se aceleró al momento, pero le pedí que por favor lo tomara con calma y le conté como había reaccionado Santiago y no paraba de reír.

Estábamos relativamente cerca, por lo que mi madre llegó muy rápido. Me



subí a coche y yo continuaba alternando la risa con el dolor, mientras mi madre me pedía que respirara profundo.

Cuando llegamos al hospital, Santiago estaba estacionando, pobrecito, pensé porque de paso se había desviado de la ruta por la conmoción. Inmediatamente nos vio y al bajarse del coche se dio cuenta que estaba descalzo y lo peor es que no me había traído a mí.

—Discúlpame mi vida, me olvidé de traerte, discúlpame —me decía Santiago.

Realmente sentía mucho dolor, pero verlo descalzo me hacía mucha gracia y lo menos que le importaba a él era eso. Los camilleros me trajeron una silla de ruedas pensando que no podía caminar, pero entré como toda una guerrera. Solo pasaron minutos y el llanto de una niña se oía por todo el quirófano.

—¡Ya nació! —decía Santiago y se abrazó con mi madre.

Todo había salido normal, cuando entraron a la habitación, yo estaba con mi hija entre los brazos y Santiago al verla la cargó entre sus brazos y lloraba de alegría.

La llamamos Milagros, sí, porque eso representaba para nosotros el nacimiento, la propia vida y el que Santiago y yo estuviéramos vivos, disfrutando de este gran regalo de Dios, un verdadero milagro.

En pocos días, pudimos llevar a Milagros a la casa y nos contactaron de la agencia de adopción para informar que nos habían asignado a un niño de dos años. Apenas me recuperé fui con Santiago a terminar los recaudos. Y el niño estaba ahí, esperando su oportunidad de tener a una familia y esos éramos nosotros.

Teníamos a la familia completa, un hermoso niño llamado Jesús, una preciosa niña llamada Milagros y nosotros los dichosos padres.

A pesar de que la familia había crecido, Santiago y yo no habíamos cambiado nuestro amor. Siendo muy jóvenes, pudimos entender lo que era el amor. Cada uno se sentía orgulloso del otro y siempre manteníamos presente que, a pesar de los pesares, había que sonreír y amar.

